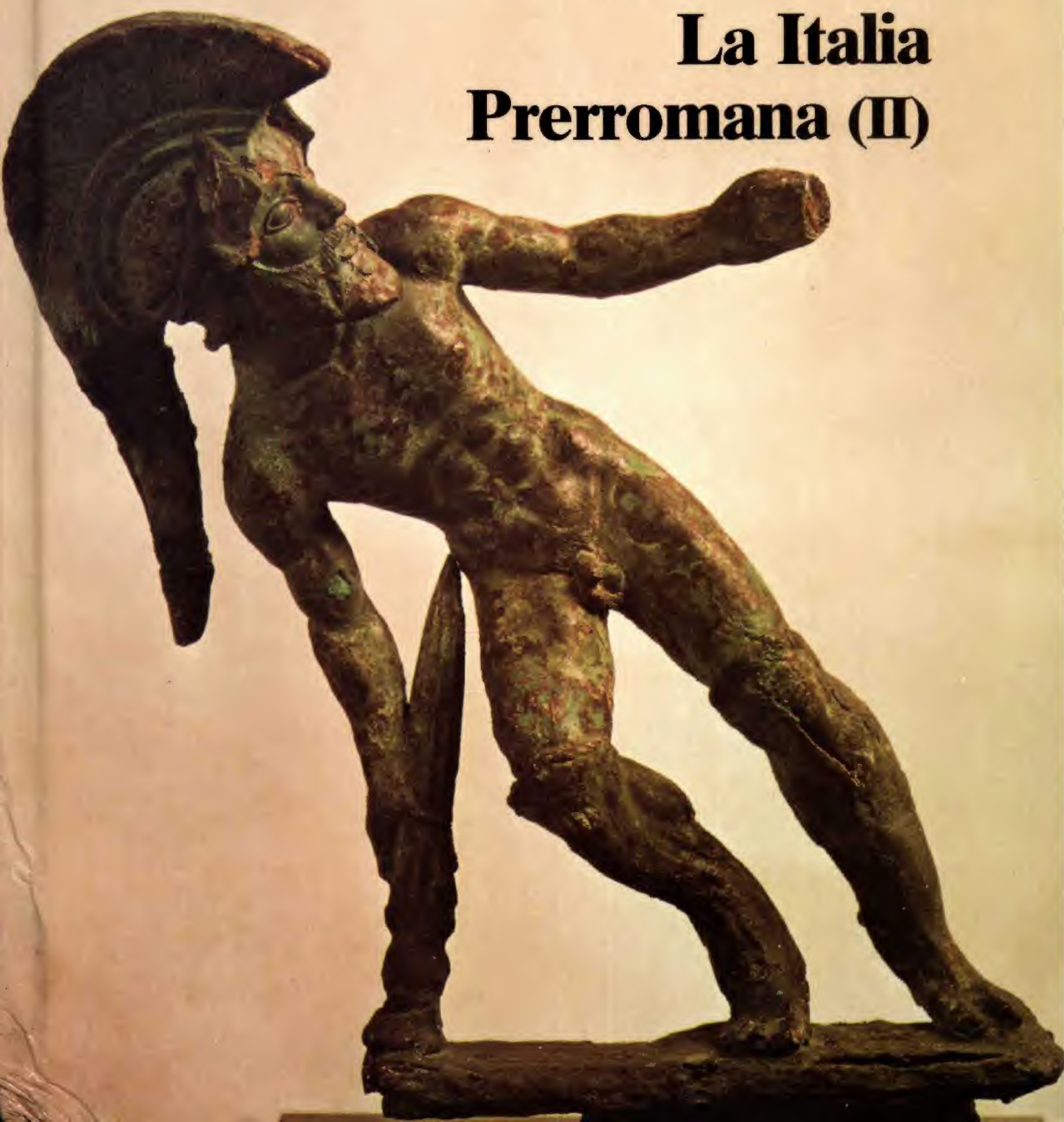


ORIGENES DEL HOMBRE

La Italia Prerromana (II)

54



folio

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

La Italia Prerromana (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Autor: John Reich

Supervisores científicos: John Boardman, Basil Gray y David Oates

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology, London)

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S. A.

Muntaner, 371-373

08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., (14-6-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-839-1 (volumen II)

Impresión:

Cayfosa, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-10694-94

Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:

Italia central. Los etruscos y sus vecinos 76

Las tumbas pintadas de Tarquinia 94

Capítulo quinto:

Al sur de Roma 98

El arte funerario de Paestum 118

Capítulo sexto:

El legado romano 122

Glosario 137

Capítulo cuarto: Italia central. Los etruscos y sus vecinos



Arriba: Centros etruscos en Italia.

Página opuesta: Estatua de terracota que representa a Apolo; proviene del santuario de Portonaccio, en Veii; en la actualidad se exhibe en el Museo de Villa Giulia, Roma. Fines del siglo VI o principios del V a. C. Altura: 180 cm. Descubierta en 1916 junto con otras estatuas de terracota y fragmentos; este Apolo de Veii tuvo un papel importante en el aumento del interés por el arte etrusco. Sus facciones muestran una característica versión etrusca de la sonrisa griega arcaica.

Se sabe más acerca de los etruscos que acerca de cualquier otro pueblo itálico prerromano, algo bastante paradójico, ya que se trata de una cultura a la que siempre se define por su carácter enigmático. Los comienzos de un interés académico en la etruscología pueden remontarse hasta el siglo XVIII; en años recientes, ese interés aumentó, gracias a una gran cantidad de descubrimientos nuevos muy importantes. Con todo, para muchos de sus admiradores modernos, el encanto de los etruscos parece basarse en el misterio aparente que rodea sus orígenes y su lengua, tanto como en el carácter directo de su arte o en las sutilezas de su cultura, un misterio que contrasta razonablemente con el cuadro mucho más claro que tenemos de los mundos griego y romano. Aun un escritor tan deliberadamente «intelectual» como Aldous Huxley subraya este aspecto romántico, misterioso, en su relato *After the Fireworks*, cuando los protagonistas visitan el museo romano de Villa Giulia:

«Una alta estatua se erguía a su lado. “El Apolo de Veii”, explicó él. “Y de verdad, sabes, es la estatua más bella del mundo. Cada vez que la veo, más me convenzo de esto.”

»Obediente, Pamela miró. El dios estaba allí, sobre su pedestal, un pie adelantado, erguido bajo su túnica. Había perdido los brazos, pero la cabeza estaba intacta y la extraña cara etrusca sonreía, sonreía enigmáticamente.»

El respeto por lo desconocido, en *Etruscan Places* de D. H. Lawrence, se convierte en una irritación apenas controlada ante los arqueólogos, que procuran explicar lo inexplicable y desvelar los misterios:

«¿Quién quiere lecciones objetivas acerca de razas desaparecidas? Lo que quieres es un contacto. Los etruscos no son una teoría ni una tesis. Si son algo, son una *experiencia...* y la experiencia siempre se malogra. ¡Museos, museos, museos, lecciones objetivas montadas para ilustrar las teorías débiles de los arqueólogos, intentos dementes de coordinar y meter dentro de un orden prefijado lo que no tiene un orden prefijado y no ha de coordinarse! Me enferma... lo que quieres es el verdadero toque vital. No quiero que me “instruyan”, y son muchos los que tampoco lo quieren.»

Esta obra, *Etruscan Places*, es una evocación magnífica de los propios lugares y de las reacciones de Lawrence ante ellos, pero no se puede decir que aporte mucho conocimiento. Con todo, la advertencia de Lawrence es saludable y el estudiante de etruscología que procure coordinar o al menos comprender, sólo ha de esperar que una percepción más amplia del campo de la cultura etrusca, y un conocimiento mayor de las relaciones de este pueblo con sus contemporáneos, contribuya a brindar ese «toque vital» que Lawrence pedía.

Orígenes de los etruscos. No hay muchas dudas acerca de que el atractivo aire de misterio de los etruscos se debe, en gran medida, al problema de sus orígenes y, aunque en nuestro caso estamos interesados sobre todo en el papel concreto que desempeñaron en el desarrollo de la Italia prerromana, es necesario echar una breve mirada a este tema. ¿Quiénes fueron los etruscos y de dónde venían? Pocos asuntos del mundo antiguo se debatieron con mayor acaloramiento, desde el tiempo de los romanos hasta el presente. En cierto sentido, el problema no es arqueológico. Un estudio de la cultura etrusca li-



mitado estrictamente a las ruinas materiales muestra una estructura cultural que parece el desarrollo lógico del período villanovense previo. El área máxima de la expansión etrusca, que incluye Veii, Tarquinia, Cerveteri y Vulci, abarca centros villanovenses anteriores, y muchos de los aspectos característicos de las etapas que preceden a la cultura etrusca, tal como se muestra hacia el 700 a. C., se encuentran también en los últimos años de los villanovenses: la introducción de la inhumación en reemplazo de la cremación o paralela a ella; el uso de tumbas de cámara, construidas o excavadas en la roca para albergar enterramientos, en lugar de los anteriores pozos (*pozzi*) o fosas; la importación de objetos extranjeros, como los escarabeos egipcios, que muestran los contactos crecientes con el mundo exterior: todas éstas son características de fines del período villanovense en Italia central, rasgos compartidos por los etruscos de la época arcaica. Es verdad que, en contraste con el arte villanovense, desde el 700 a. C. el arte etrusco muestra características orientalizantes muy pronunciadas, pero este elemento se encuentra al mismo tiempo en todo el Mediterráneo, muy especialmente en la propia Grecia. Sin duda, la llegada de los griegos a Italia, a mediados del siglo VIII a. C., debió incidir en la expansión de las ideas y estilos orientalizantes en el oeste. Por ejemplo, la escritura usada por los etruscos se basaba en el alfabeto griego, utilizado desde fines del siglo VIII a. C. en la recién fundada colonia de Cumas, sobre el golfo de Nápoles, el mismo alfabeto que, poco antes, los propios griegos adoptaron, tras modificar una escritura fenicia, y llevaron a Italia. Además, los etruscos no eran, por cierto, el único grupo de la península que practicaba un arte de estilo orientalizante: ya hemos visto algo sobre el uso que la cultura del Este hizo de los motivos orientales y, en el sur, los pueblos de Campania y de Sicilia mostraban una influencia clara de esos mismos estilos, introducidos por los griegos.

Por todas estas causas, algunos estudiosos argumentaron que la cultura etrusca no fue llevada a Italia por nuevos inmigrantes extranjeros, sino que fue una consecuencia y desarrollo natural de la cultura villanovense y afirmaron que los etruscos eran, en realidad, autóctonos (o indígenas) de Italia. Infortunadamente, aunque esta teoría del origen autóctono se sustenta en un amplio cuerpo de testimonios arqueológicos, no tiene en cuenta una cantidad de otros hechos que presentan dificultades cruciales. La primera de éstas, y por cierto nada insignificante, es que casi todos los escritores griegos o romanos que hablaron sobre los etruscos creían que este pueblo llegó a Italia desde el este —en la mayoría de los textos se dice que de la zona de Lidia, en el Asia Menor—, aportando su cultura. El relato más detallado de una migración etrusca lo proporciona el historiador griego Herodoto, del siglo V a. C., que describe la llegada de este grupo a Italia y explica cómo adquirió el nombre por el que fue conocido por los griegos: «Según se cuenta, en el reinado de Atis, hijo de Manes, hubo en la Lidia una gran penuria de víveres; por algún tiempo lo pasaron con mucho trabajo; pero, como no cesaba, buscaron remedios y cada cual discurría otra cosa. Entonces se inventaron los dados, la taba, la pelota y todas las otras especies de juegos, menos el de damas, pues la invención de este último no se la apropiaron los lidios. Como habían inventado los juegos contra el hambre hacían así: jugaban un día entero a fin de no pensar en comer, y al día siguiente se alimentaban descansando del juego, y de este modo vivieron hasta dieciocho años. Pero no cediendo el mal, antes bien agravándose cada vez más, el rey dividió en dos grupos a todos los lidios, y echó suertes para que el uno se quedase y para que el otro saliese del país. El mismo rey se puso al frente de la parte a la que tocó quedarse en su patria, y al frente de la parte que debía emigrar puso a su hijo; su nombre era Tirreno. Aquellos a quienes había tocado salir del país baja-



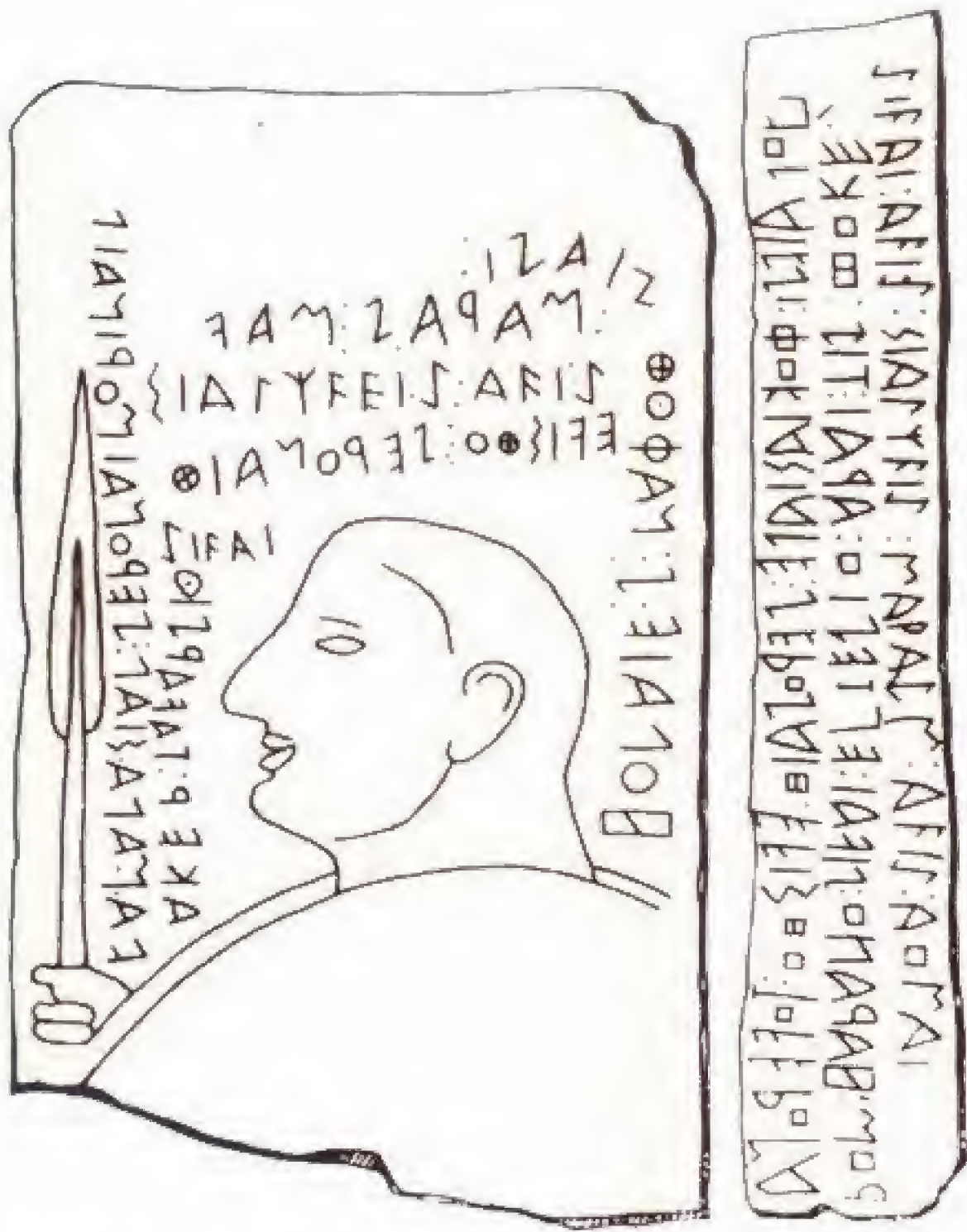
Skyphos de oro, copa que se usaba para beber, proveniente de la Tumba Bernardini de Praeneste; en la actualidad se exhibe en el Museo de Villa Giulia, Roma. Mide unos 48 cm de altura y data de mediados del siglo VII a.C. El modelo es el de la cerámica griega contemporánea, pero el agregado de ornamentaciones en forma de esfinge sobre las asas es típico de las piezas de elaboración etrusca.

ron a Esmirna, construyeron naves y embarcaron en ellas todos sus bienes muebles, navegaron en busca de sustento y morada hasta que pasando por muchos pueblos llegaron a los umbros; allí levantaron ciudades que pueblan hasta hoy. Cambiaron su nombre de lidios por el que tenía el hijo del rey que los condujo, llamándose por él tirrenos».

Es fácil desechar este relato, como una típica fábula de las que a menudo se encuentran en los historiadores antiguos, con gran cantidad de detalles vívidos pero poco significativas; en todo caso, algo no funciona en la cronología de Herodoto, que sitúa la migración a mediados del siglo XIII a. C. No obstante, subsiste el hecho de que la opinión común de los vecinos de los etruscos, a lo largo de su historia, fue que este pueblo provenía de Oriente y, después de todo, ellos conocían a los etruscos mejor que nosotros. En tiempos romanos, en la poesía latina los etruscos recibían habitualmente el nombre de lidios: en la *Eneida* Virgilio habla de «Caere (Cerveteri), construida en la antigua roca donde, hace tiempo, los lidios, raza distinguida en la guerra, se asentaron sobre las montañas toscanas». El único escritor del mundo antiguo que estaba en desacuerdo era Dionisio de Halicarnaso, historiador griego que escribió en la época de Augusto, y que afirmaba que los etruscos eran una raza aborigen de Italia, sobre todo porque no logró encontrar semejanzas entre la lengua, religión y costumbres de los etruscos con las de los lidios de aquellos años.

Por tanto, demuestre lo que demuestre la arqueología moderna, los autores antiguos concordaron, con la excepción de Dionisio, en que los etruscos provenían del este. Aunque los antiguos no siempre tuviesen conocimientos dignos de confianza —por ejemplo, nosotros sabemos más que ellos acerca de Micenas—, la lengua etrusca confirma, al parecer, una conexión con el exterior de Italia. Como veremos prontamente, el etrusco no es un idioma tan misterioso como cree la opinión popular y ha habido muchos progresos en la interpretación de sus textos. Todo esto sirvió para confirmar que el etrusco tiene poca relación con las otras lenguas itálicas, cuya gran mayoría pertenece a la familia indoeuropea; es verdad que no sabemos qué idioma hablaban los villanovenses, pero si la cultura etrusca era autóctona de la península, tendríamos que encontrar algunos paralelos con otros idiomas hablados allí durante el período etrusco. El problema se resolvería, por supuesto, si se encontrara en Lidia o en algún otro punto de Oriente un idioma semejante al etrusco, pero esto no ha ocurrido hasta hoy. De otra parte, se descubrieron inscripciones en la isla de Lemnos, al noroeste de la costa de Asia Menor, que señalan que una lengua muy semejante a la etrusca se habló allí hasta un momento tan tardío como el siglo VI a. C. ¿Se trata de un resto de un grupo migrante que emprendió viaje hacia el oeste, como el del relato de Herodoto, se detuvo en Lemnos y allí se quedó? Sin duda esto es un obstáculo importante para quienes niegan el origen oriental de los etruscos, aunque se ha dicho que tanto lemnios como etruscos representan una supervivencia de los tiempos preindoeuropeos en el Mediterráneo, casi avasallados, aunque no completamente, por la llegada de los hablantes indoeuropeos, ocurrida poco antes del 1000 a. C.

Desde los tiempos de Dionisio, se enardeció la discusión entre los que apoyan un origen oriental y los autoctonistas. A fines del siglo XVIII, una nueva teoría adjudicó a los etruscos un origen septentrional, pero ha tenido pocos seguidores. Casi se puede afirmar que, si la teoría oriental o la autóctona hubiesen sido capaces de brindar un cuerpo de testimonios convincente e irrefutable a su favor, la discusión habría terminado hace mucho tiempo. Sin embargo, es bastante significativo que ambas teorías tengan varios puntos fuertes: los autoctonistas alegan que hubo una línea general de desarrollo continuo en Italia central desde los protovillanovenses, a fines de la Edad del Bronce, hasta los etruscos del período orientalizante, sin testimonios arqueo-



Estela funeraria inscrita proveniente de Kaminia, en la isla de Lemnos; se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas. El idioma de la inscripción se relaciona con el etrusco, hecho que para muchos investigadores es la confirmación de la teoría de Herodoto acerca del origen oriental de este último pueblo.



Par de dados de marfil, hallados en 1848 en una tumba de Toscana. Biblioteca Nacional de París. Aunque la mayoría de los estudiosos concuerdan en que las palabras inscritas en las caras representan los números de uno a seis, hay grandes divergencias en cuanto a qué número representa cada palabra.

lógicos de una ruptura cultural importante; en cambio, los orientalistas se niegan a desechar la opinión de los contemporáneos de este pueblo y a dejar de lado la correspondencia entre los idiomas etrusco y lemnio. Si, tal como parece, ambas partes tienen razón, el origen de los etruscos es mucho más complejo de lo que unos y otros querrían admitir y, recientemente, los estudiosos comenzaron a examinar el problema desde un punto de vista diferente. Después de todo una respuesta a la pregunta «¿quiénes fueron los etruscos?» es simplemente que la cultura etrusca se encuentra por primera vez en Italia central hacia el 700 a. C., donde se desarrolló, a la vez que ejercía una influencia política y artística enorme sobre Roma misma, hasta su declinación y absorción gradual en el mundo romano, producida unos 600 años más tarde. Está claro que intervinieron muchas influencias, la villanovense, la griega, la oriental: ya sabemos que son muchas las culturas surgidas de una amplia variedad de influjos exteriores. Pero es importante recordar que la cultura etrusca, tal como la conocemos, existió tan sólo en Italia: nunca se ha encontrado fuera de esa área geográfica. Unos pocos aceptan hoy literalmente el relato de Herodoto, en el que se produce una invasión masiva de colonizadores extranjeros, que llegan a la por entonces desierta Italia central, aportando sus costumbres y dioses, de modo que el problema no es tanto identificar el lugar del que provenían los etruscos, sino más bien definir las fuerzas que se suman en su cultura; y aunque el elemento más visible sea el orientalizante, podremos encontrar muchos puntos en común entre los etruscos y sus vecinos itálicos.

La lengua etrusca. Sin embargo, la lengua etrusca tenía poco en común con las de sus vecinos o cualquier otra, exceptuado el idioma de los lemnios. De otra parte, la idea habitual de que el etrusco es un idioma enigmático e indescifrable hace poca justicia al lento pero positivo progreso de la investigación del último siglo, cuya dificultad ha aumentado por el tipo de inscripciones que se conservan. A diferencia de otras lenguas del mundo antiguo, ningún texto etrusco nos ha llegado en manuscrito: no tenemos historia ni literatura etruscas, en realidad, sólo alrededor de una docena de inscripciones de más de veinte palabras. Todo el *corpus* de escritos etruscos conservados proviene de hallazgos hechos en las excavaciones, que en su mayoría sólo tienen unas pocas palabras, pues son epitafios o dedicaciones a una divinidad. Estas inscripciones estaban incisas o pintadas sobre urnas funerarias, paredes, vasos, pequeños objetos de bronce y otros hallados en las tumbas; esos textos repiten breves frases hechas. En el caso de los epitafios, el nombre, linaje, edad y rango del muerto; las dedicaciones presentan el nombre del oferente y la divinidad a la que se hace la dedicación. No puede sorprendernos que el etrusco ofrezca más problemas que el griego o el latín; en términos modernos, es como si un investigador, sin conocimientos de inglés, procurara comprender la gramática o el vocabulario de este idioma estudiando las lápidas que hay en una iglesia rural corriente. De hecho, todas las inscripciones etruscas conservadas se pueden leer (están escritas con una forma del alfabeto griego) y muchas se han interpretado; lo que sigue siendo incierto es la estructura gramatical del idioma y la familia lingüística a la que pertenece, y en estos temas se concentra la investigación.

El avance es lento. Los eruditos del siglo XIX procuraron encontrar una correspondencia entre el etrusco y otras lenguas; esto produjo una cantidad de teorías contradictorias y muy poca cosa de valor. Se comparó el etrusco con el latín, griego y hebreo, con el árabe y el chino, con el etíope, el vascuence, el egipcio y el celta, sin resultados pero con mucha confusión; en 1842 un viajero alemán que atravesaba los Alpes se convenció a sí mismo de que el

etrusco era en realidad una lengua teutónica, al hallar allí topónimos etruscos: Vollgröss derivaba de Velacarasa, aseguró, y Schleiss de Calusa.

Por lo tanto, la técnica comparativa no fue de gran ayuda y el estudio y el análisis de la estructura de las propias inscripciones, ayudados por la brevedad y naturaleza repetitiva del material, han demostrado mucha mayor eficacia. Dado que tantos de esos textos son epitafios, su significado general está claro y, comparándolos, ha sido posible identificar algunas palabras. Muchos de los términos de parentesco ya son conocidos —*clan* (hijo), *ati* (madre) y otros— y también palabras como *avils* (años), aunque este método no ha proporcionado pautas para la comprensión de la gramática etrusca. Pero con ese vocabulario básico, los expertos tuvieron la posibilidad de acercarse a textos mayores, con resultados auspiciosos. El más largo de todos, el llamado texto de la momia de Zagreb, tiene unas 1.300 palabras de extensión y originalmente era un libro de tela (*Liber Linteus*), que durante la ocupación romana de Egipto fue convertido en hilas y usado para vendar el cuerpo momificado de una mujer. Un viajero compró esa momia en Egipto (el lugar del descubrimiento se desconoce) y la regaló al Museo Nacional de Zagreb, donde la inscripción de las vendas se identificó como etrusca. Como tantos otros tesoros, su conservación se debe a la sequedad del clima egipcio, pero probablemente jamás sabremos de qué modo un libro sagrado etrusco —el texto es un calendario religioso— llegó a Egipto ni por qué se usó de esta manera tan extraña. Es evidente que debe de haber habido muchos libros semejantes, y en las urnas etruscas a menudo las efigies de piedra o de terracota de sus dueños sostienen entre las manos un rollo, al parecer de lino o de cuero, o un par de tablillas de madera. Pero no se ha hallado ningún original (deben haberse podrido hace mucho tiempo); la otra inscripción larga conservada está incisa en piedra (incluido un hito de frontera proveniente de Perugia), en metal o en arcilla. En Capua se encontró una teja de arcilla que tiene inscrita una fórmula ritual funeraria.

Estos textos más largos permitieron que los investigadores llegaran a conocer parte de la estructura del etrusco y, mediante el análisis de esos trabajos, se hicieron progresos considerables. Aunque la lengua, como hemos visto, no está relacionada con las otras lenguas itálicas, el pueblo que las hablaba y escribía sostuvo un contacto habitual con los romanos, los umbros y otras tribus, cuyos textos religiosos y rituales nos son conocidos. Si se compara la estructura de estos últimos con la de los testimonios etruscos, se descubre que ciertas fórmulas sacras son iguales en etrusco y en otros idiomas, cosa que ha proporcionado una ayuda complementaria. No obstante, en el estadio presente, la mayor ayuda de todas sería el descubrimiento de un texto «bilingüe», con una inscripción etrusca y su traducción a una lengua conocida, un equivalente etrusco de la piedra de Rosetta. En 1964 se hizo un descubrimiento en Pyrgi, uno de los puertos de la antigua Cerveteri, que parecía ser exactamente eso. En ese importante centro se excavaron dos templos, desde el comienzo de los trabajos en 1957, y cerca del más antiguo, construido hacia el 500 a. C., se encontraron tres hojas de oro, prolijamente enrolladas, junto con clavos de bronce de cabeza de oro; como las hojas de oro tenían agujeros en los bordes, se dedujo que originalmente estarían clavadas a una pared de madera o a una puerta dentro del templo y que, en un momento posterior, se quitaron y fueron cuidadosamente enterradas en los alrededores, a fin de conservarlas. Para regocijo de los arqueólogos, mientras dos de estas tablillas llevaban inscripciones etruscas, la tercera estaba en fenicio (una lengua conocida) y era, al parecer, la traducción de la tablilla etrusca más extensa y, por tanto, quizá fuese la clave bilingüe buscada durante tanto tiempo. Por desdicha, la traducción no es tal sino más bien una paráfrasis y, en contra de lo que se esperó



Arriba: Una de las tres tablillas de oro halladas en Pyrgi, dos de las cuales están escritas en etrusco y la tercera en fenicio. Ésta tiene la inscripción más larga de las dos etruscas. Museo de Villa Giulia, Roma.

Arriba, derecha: El vaso Bocchoris. Altura: 23 cm. Museo Nacional de Tarquinia. Es de faenza y, según la inscripción que presenta, se fabricó durante el reinado del monarca egipcio Bocchoris, hacia el siglo VIII a. C. Se encontró en una tumba de Tarquinia que data de poco después del 700 a. C. y es importante tanto cronológicamente como por ser un testimonio de los contactos con el extranjero durante el período de transición de la cultura villanovense a la etrusca en Tarquinia.



en el primer momento, las tablillas de Pyrgi no han resuelto todos los problemas que aún presenta el etrusco. No obstante, se aprendió mucho de ellas, en cuanto al idioma y también en cuanto a los etruscos de Cerveteri y a sus vecinos cartagineses: la inscripción registra la dedicación de un templo a la diosa fenicia Astarté, dedicación hecha por el tirano de Cerveteri, tal vez para honrar una alianza entre etruscos y cartagineses concertada a mediados del siglo VI a. C. contra los griegos.

Los descubrimientos como este de las tablillas de Pyrgi amplían nuestro conocimiento de la lengua etrusca y, al mismo tiempo, brindan documentación escrita sobre el curso de la historia de Etruria. Uno de los resultados de un estudio de la propia lengua es, por supuesto, el de que haya mayor información sobre una amplia variedad de aspectos de la cultura etrusca.

El ascenso del poder etrusco. Los años inmediatamente previos a la alianza de Etruria con Cartago fueron descritos por un escritor como «los siglos de oro de la historia etrusca»; y éste parece un lugar apropiado para que analicemos la forma en que los etruscos llegaron a esa posición y cómo la perdieron.

Los comienzos de la cultura etrusca se remontan a fines del siglo VIII a. C., cuando algunas ciudades cercanas a la costa, entre las que estaban Tarquinia, Veii y Cerveteri, empezaron a disfrutar de una nueva prosperidad, precisamente hacia la época en que, al norte, el pueblo de Este establecía su cultura autónoma. Los efectos de este período «orientalizante» están ilustrados con fuerza

Pequeño vaso de *impasto*, con una inscripción etrusca arcaica dentro del cuerpo de una serpiente. Siglo VI a. C. Museo de Villa Giulia, Roma.



Brazaletes de oro provenientes de la Tumba Regolini Galassi. Cerveteri, siglo VII a. C. Museos Vaticanos. La decoración suntuosa está hecha combinando las técnicas de relieve y granulación, esta última probablemente de origen oriental, pero perfeccionada por los etruscos. Consistía en soldar gránulos de oro en una superficie plana.

por el contenido de las tumbas: tanto los objetos de oro y de plata de la tumba Regolini Galassi de Cerveteri, como los objetos egipcios y fenicios hallados en la tumba Bocchoris de Tarquinia indican la existencia de una nueva y repentina ola de desarrollo comercial, a la vez que el crecimiento de los contactos con el extranjero, que se produjo a fines del siglo VIII y principios del VII a. C. Gran parte de esto se puede atribuir a la llegada de los griegos a Italia, quienes traían nuevas ideas y abrían nuevos mercados; pero la prosperidad de los etruscos (y la urbanización creciente que ésta producía) se fundaba en una sólida base comercial, en el caso de las ciudades meridionales gracias a los recursos de las cercanas montañas de Tolfa, ricas en hierro y cobre. Como en tantos otros aspectos de la cultura etrusca, la continuidad con el pasado es notable; así lo prueban recientes excavaciones, por las que se demuestra que, en una fecha tan temprana como el 1400 a. C., los micenos ya habían establecido contacto con esta comarca de Italia central. Sobre la meseta de Luni, el Instituto Sueco de Roma excavó una aldea de la Edad del Bronce, donde las casas, en lugar de ser las cabañas o cuevas habituales, eran amplias moradas comunitarias (la mayor tiene 42 metros de longitud); en ellas se encontró cerámica micénica; la misma región posteriormente fue ocupada por villanovenses y por etruscos. En todos los períodos, los edificios eran notables por su tamaño y su construcción cuidadosa, aunque el valle del Mignone, donde está la meseta de Luni, es una región salvaje y desolada; es indudable que las riquezas minerales de las cercanas montañas Tolfa atrajeron a los colonos apeninos, villanovenses y etruscos. Del mismo modo, durante el siglo V a. C., el desarrollo de las ciudades etruscas más septentrionales se mantuvo estrechamente ligado a la explotación de los recursos del monte Amiata, de Elba y de las montañas metalíferas de Toscana meridional.

No obstante, serían las ciudades meridionales las primeras establecidas y, desde sus tiempos más antiguos, cada una desarrolló sus características propias. El proceso de desarrollo separado que, como hemos visto es típico de Italia durante la Edad del Hierro, hace que sea difícil generalizar sobre la cultura etrusca: cada ciudad tuvo sus propios rasgos y conservó su identidad en los estilos artísticos, en las costumbres de enterramiento y, probablemente, en la organización social. Afortunadamente para los romanos, esta insistencia en la individualidad se extendía también a las cuestiones políticas: la incapacidad de los etruscos para actuar en conjunto contra un enemigo común posibilitó la conquista romana sistemática de una ciudad tras otra, en los años que siguieron al 390 a. C. Sin embargo, en el siglo VII a. C., el poder etrusco estaba en ascenso y las naves de Etruria controlaban gran parte del Mediterráneo occidental: sus rivales más importantes, los griegos, los calificaban de piratas, por envidia de su éxito comercial, que llevó a Etruria hasta zonas tan occidentales como Provenza y España. Más cerca de la península, Elba, Córcega y Cerdeña, cayeron todas bajo el control etrusco y, hacia fines del siglo VII a.C., la misma Roma estaba sometida al poder etrusco; según la tradición romana, los reyes etruscos gobernaron en la ciudad del Tíber desde el 616 al 509 a. C.

Al sur de Roma, en Palestrina, la antigua ciudad de Praeneste fundada por los latinos, dominaron los príncipes etruscos en el siglo VII a. C., a juzgar por los contenidos de las tumbas de algunas de las familias más importantes, tumbas descubiertas en el siglo XIX. Aunque los «excavadores» del siglo pasado se preocupaban más por recoger tesoros que por la investigación científica, y por tanto se perdió mucha información valiosa, las tumbas de Praeneste tienen enorme importancia para estudiar el período orientalizante. Dos de ellas, las tumbas Bernardini y Barberini, contenían objetos fúnebres de riqueza sorprendente, entre otros, joyas de oro y vasos bañados de plata que presentan un gran parecido con piezas halladas en Cerveteri. Tanto en Praeneste como en Cer-

Plato con recubrimiento de plata, proveniente de la Tumba Bernardini, Praeneste, siglo VII a. C. Museo de Roma, Roma. Los motivos pertenecen al tipo llamado orientalizante, en este caso de estilo egipcio.



Hydria ceretana, muestra el episodio en que se ciega a Polifemo. Hacia el 530 a. C. Museo de Villa Giulia, Roma. Altura: 42 cm. Probablemente fue pintada por un artista griego oriental que trabajaba en Cerveteri.



veteri, muchos de los objetos muestran la influencia de Egipto y del Oriente Próximo, pero vistos con ojos locales; la presencia de piezas orientalizantes tan elaboradas al sur de Roma se explica, generalmente, como resultado del dominio etrusco en esa zona. No obstante, los descubrimientos recientes, de naturaleza similar, hechos en otros puntos del Lacio, pueden sugerir que Praeneste no representa una isla de influencia etrusca rodeada por centros latinos independientes sino que, en realidad, es tan sólo el ejemplo más notable de los efectos del estilo orientalizante entre los latinos, tomado directamente de los griegos más que importado por los dominadores etruscos. En la actualidad se piensa, por cierto, que las ideas de este tipo no estaban limitadas a los etruscos y, quizá, las excavaciones futuras contribuyan a aclarar la historia del Lacio en el siglo VII a. C. y el papel exacto que en ella desempeñaron los etruscos. La fecha de las tumbas de Praeneste se ha discutido con amplitud, pero es probable que la mayor parte de ese material date de 675-650 a. C.

En los años que siguieron al auge etrusco del siglo VII, las ciudades individuales continuarían desarrollando sus propios estilos artísticos. Al parecer, Cerveteri era la más «cosmopolita» de todas. La tablillas de Pyrgi revelan nexos culturales y también políticos con los cartagineses y, a pesar de las rivalidades comerciales, las ideas griegas eran populares. Cerveteri era la única ciudad etrusca que tenía un tesoro en el santuario delfico de Apolo, y durante el siglo VI a. C. las *hydriai* (hidrias) ceretanas, un tipo de recipiente griego, destinado al transporte de agua y pintado, se encontraban sólo en Cerveteri, donde las fabricaban los artesanos griegos inmigrantes; su nombre se deriva de Caere,



nombre latino de Cerveteri. Los escultores de esta ciudad mantuvieron un contacto estrecho con los desarrollos de Jonia y los famosos sarcófagos dobles, para marido y mujer, versiones de los cuales se encuentran en los museos de Villa Giulia y del Louvre, muestran la influencia de las ideas griegas en el tratamiento de las caras y las telas. El sentido directo y vivaz es etrusco, sin embargo, y también lo es el contraste entre las partes superiores de las figuras, perfectamente modeladas junto con las manos de magnífica expresividad, y el tratamiento esquemático de las piernas, que apenas se distinguen. A diferencia de su contemporáneo griego, el artista etrusco tenía poco interés intelectual en la forma en que se mueve el cuerpo o en la unidad de la expresión estética.

Una combinación similar de sutileza griega y sentido directo etrusco se puede ver en la notable serie de estatuas proveniente de Veii, que decoraban en esta ciudad el tejado de un templo, a fines del siglo VI a. C. Aunque la figura de Apolo deriva de modelos áticos, el poder casi brutal de la sonrisa del dios y la tensión de su pose evocan la naturaleza «primitiva» del arte itálico arcaico.

Cerveteri y Veii fueron notables por su escultura; a su vez, Tarquinia desarrolló una escuela de pintura que, en los frescos de las tumbas fechadas entre los siglos VI a II a. C., nos dejó una de las grandes colecciones del arte antiguo. Como otras pinturas halladas en distintos puntos de Italia y pertenecientes a este período, entre las que se incluyen las de las tumbas de Paestum que se analizarán en un capítulo posterior, las pinturas de las tumbas etruscas derivan, tanto estilística como temáticamente, de modelos griegos, pero más aún que en el caso de las esculturas, estos modelos estaban adaptados al gusto etrusco. La más antigua de todas esas pinturas, la de la Tumba de los Toros, datada hacia el 550 a. C., incluye una escena de la mitología griega —la emboscada que Aquiles tiende a Troilo— pero las dos figuras heroicas están abrumadas por su entorno, perdidas en un mundo de árboles y plantas; sobre este panel central, están los toros que dan nombre a la tumba, y dos escenas eróticas, que son un genuino enigma etrusco, aún a la espera de una explicación satisfactoria. Pocos años más tarde, hacia 530-520 a. C., el tema del mundo



Arriba: Las placas Boccanera, tres losas de terracota pintada provenientes de Cerveteri. Hacia el 550 a. C. Museo Británico. Altura: 73 cm. El lado izquierdo representa el juicio de Paris: Atenea, vestida con una pesada túnica roja de lana, avanza seguida por Hera y Afrodita. A la derecha, una procesión de plañideras.

Izquierda: «Le Balze», Volterra, donde la erosión y los deslizamientos de tierra destruyeron la ladera de la montaña en la que probablemente hubo una necrópolis arcaica.





natural y el lugar del hombre en él se desarrolló más aún en la Tumba de la Caza y de la Pesca, una de las obras maestras antiguas más magníficas, donde el brillo de los colores se corresponde con la agudeza de la observación.

Tarquinia, como Cerveteri, obtenía su riqueza del comercio e incluso superó a su rival en importancia religiosa y política. Los reyes etruscos de Roma eran oriundos de Tarquinia y el arte de predecir el futuro, tan importante en la religión etrusca, se reveló allí por primera vez. Según un relato que Cicerón cita, un labriego tarquinio araba su tierra cuando una criatura divina, Tages, emergió de uno de los surcos y enseñó a los etruscos que prontamente se habían agolpado el arte de la adivinación por medio de la lectura del vuelo de las aves y de las entrañas de los animales; incluso en tiempos romanos, los sacerdotes que decían ser etruscos recibían muchos pedidos de ejercer su condición de videntes.

Entre tanto, al norte, Chiusi y las ciudades septentrionales, Volterra, Vetulonia, Arezzo y otras, también comenzaban a expandirse. Por varios motivos, sabemos menos acerca de las etapas iniciales de su crecimiento que acerca del de las ciudades meridionales. Por ejemplo, en Volterra las tumbas del siglo VI a. C. quedaron destruidas por un deslizamiento de tierras, que dejó tras sí sólo el precipicio conocido en el lugar como «Le Balze», mientras que al parecer Vetulonia fue abandonada por completo entre los siglos VI y III. Otras ciudades, como Arezzo y Cortona, no comienzan a desarrollarse antes del siglo V a. C. No obstante, la propia Chiusi, aunque más aislada que las ciudades costeras y con



Sarcófago doble de la necrópolis de Banditaccia, Cerveteri. Longitud: 200 cm; altura: 140 cm. Fines del siglo VI a. C. Museo de Villa Giulia, Roma. El modelado hecho, de cintura arriba, con detalle y gran vivacidad contrasta con fuerza con el tratamiento esquemático de la parte inferior de los cuerpos.



una prosperidad dependiente de la agricultura más que del comercio, en un período bastante temprano se vio afectada por el influjo extranjero. Se importaba una gran cantidad de vasos griegos, entre ellos el famoso vaso François, y en la ciudad misma se producía un buen número de bajo relieves en piedra que denotaban influencias orientales. Las tumbas pintadas más antiguas (hoy desaparecidas, por desdicha) eran aun más antiguas que las de Tarquinia. Los productos más característicos de Chiusi y de las ciudades de su territorio son las llamadas «canopes», urnas cinerarias coronadas con la efigie de una cabeza humana y con cuerpos que, a menudo, tienen rasgos humanos, lo que parece ser una derivación natural de las urnas yelmo villanovenses. Mucho se discutió acerca de si las cabezas representan retratos de los difuntos y, por tanto, anticipan la tradición romana de los bustos de los antepasados, o son simples modelos griegos estilizados. A favor de la primera de estas teorías está la individualidad pronunciada que muchas urnas sugieren, a pesar de su simplicidad evidente y de la torpeza de la manufactura.

Hacia fines del siglo VI a. C., el poder etrusco había llegado a su cúspide. Los etruscos habían cruzado los Alpes y se habían adueñado de Bolonia, como hemos visto, y desde el valle del Po hasta Campania la península estaba bajo su influencia. Sólo permaneció independiente la costa oriental y el Tíber formaba una barrera natural que protegía a los umbros y a otras tribus itálicas asentadas en esa comarca. Fuera de Italia, los etruscos comerciaban en todo el Mediterráneo y, en 540 a. C., se aliaron con los cartagineses para arrojar a los griegos de Córcega. Pero el precio que tuvo la victoria sobre los griegos fue el de la presencia cartaginesa en Cerdeña, lo que constituyó una limitación severa de las posibilidades de expansión etrusca; poco después Etruria perdería el control del Lacio y la Campania: en el 509 a. C. los reyes etruscos fueron expulsados de Roma; en el 474 los siracusanos destruyeron una flota etrusca frente a Cumas y, tras establecer una guarnición en Ischia, apartaron a los etruscos de Italia meridional y de Sicilia. Uno de los efectos de esto fue que Campania quedara





Arriba: Canope de Chiusi, siglo VI a. C. Museo Cívico de Chiusi. El elemento retratístico de esta pieza es muy rudimentario, pero el artesano tuvo el cuidado de indicar el sexo de la figura y, posiblemente, de la ocupante de la urna.

Arriba, izquierda: Vaso François. Detalle que muestra la caza de un jabalí de Calidonia y, debajo, el carro de carrera de los juegos fúnebres de Patroclo. Véanse las inscripciones que sirven para identificar a las figuras.

Izquierda: Canope de Chiusi, siglos VII-VI a. C. Museo Etrusco de Chiusi. La urna de terracota se asienta en un «trono» de bronce. Véase el peinado, muy similar al de las esculturas griegas contemporáneas.

abierta a los samnitas, a quienes encontraremos en el capítulo siguiente. Por lo tanto, el siglo V a. C. fue de repliegue y los etruscos jamás recuperaron los territorios perdidos. Aunque fueron adversarios extranjeros —griegos y cartagineses— los que causaron la retirada inicial, en Italia germinaba una amenaza mucho más ominosa: el poder creciente de Roma. El peligro se agravó a causa de la incapacidad de las ciudades etruscas independientes para unirse, o su falta de interés en ello. Aunque existía una débil federación de las doce principales ciudades de Etruria, la «dodecápolis» citada por los escritores antiguos, el objetivo primordial de esta liga consistía en organizar y realizar festivales religiosos y juegos. Estos encuentros «panetruscos» se llevaban a cabo una vez al año en el santuario llamado Fanum Voltumnae, en territorio volsinio, junto al lago Volsena; el santuario mismo nunca se ha descubierto e incluso la localización de la ciudad de los volsinios es incierta; algunos investigadores la identifican con Orvieto y otros, con el centro etrusco excavado recientemente en Volsena. No es probable que esas reuniones produjesen alguna unidad política; por el contrario, las ciudades principales mantuvieron su independencia para actuar según lo que creyesen que era su propio interés. Por tanto, cuando en 396 a. C. los romanos pusieron término al asedio de Veii, tras diez años, con la destrucción total de la ciudad, estaban seguros de que no habría interferencias de las otras ciudades etruscas, incluida Cerveteri, la vecina más cercana de Veii. En el 390 a. C., la invasión gala a Italia postergó un destino similar para las otras ciudades meridionales y, aunque Roma misma sufrió el saqueo, su recuperación y reconstrucción inmediatas se continuaron en ataques posteriores a los etruscos. Tarquinia fue sometida hacia el 351 a. C.; dos años después, Cerveteri firmaba un tratado de paz que la salvó de la destrucción pero la puso sin alternativas del lado romano; los ceretanos siempre habían sido amigos de Roma y el tratado (y su consiguiente no intervención) dejó a Roma en libertad para entendérselas con Tarquinia.

La caída del mundo etrusco. La debilidad creciente del poder etrusco y el futuro sombrío que esperaba a las ciudades que aún se mantenían libres se expresaron con vigor en los frescos de la tumba François de Vulci. Aunque la conquista final de esta ciudad no se produjo hasta el 280 a. C., estas pinturas, encargadas a mediados del siglo IV a. C. por una de las familias más importantes, expresan con plenitud la violencia y ansiedad de aquellos tiempos. En la antecámara vemos el retrato del dueño de la tumba, Vel Saties; se trata de una de las obras de arte etruscas más conmovedoras que conocemos: acompañado de su esclava Arnza (hay inscripciones con los nombres de las figuras), Vel Saties se mueve con solemnidad y aire de profunda reflexión hacia la otra vida. La cámara interior está decorada con escenas bélicas: los etruscos luchan con los romanos y, cosa muy significativa, con otros etruscos. En una de las paredes se halla la más abrumadora de todas las visiones de la caída del mundo etrusco. La escena se tomó de la mitología griega: se trata del sacrificio de los prisioneros troyanos y su mensaje es inmediato. Uno de los prisioneros está de pie, con las manos atadas a la espalda, obligado a observar la decapitación de su compañero y, a ambos lados de la escena central de la ejecución, están las dos divinidades etruscas de la muerte. El demonio Charun, armado con un martillo, representa el horror y la violencia de la muerte; su cara, de carnes putrefactas, se deteriora ante nuestros ojos; de pie, su acompañante, la diosa Vanth, símbolo del hado implacable, observa la escena con una indiferencia fría, que parece más aterradora aún que la brutalidad de Charun. Mientras su mundo se desplomaba en torno a ellos, poco alivio habrán encontrado los etruscos en estas visiones al enfrentarse con la muerte; por entonces, su idea del otro mundo les pintaba un lugar sin esperanza, gobernado por demonios y monstruos, donde a los problemas de esta vida se sucedían las torturas de la otra.

En Tarquinia, la bien elaborada Tumba de Orco, se pintó en etapas distintas a lo largo del siglo IV a. C., con escenas de la vida de ultratumba, en las que se mezclan héroes y demonios envueltos en tinieblas.

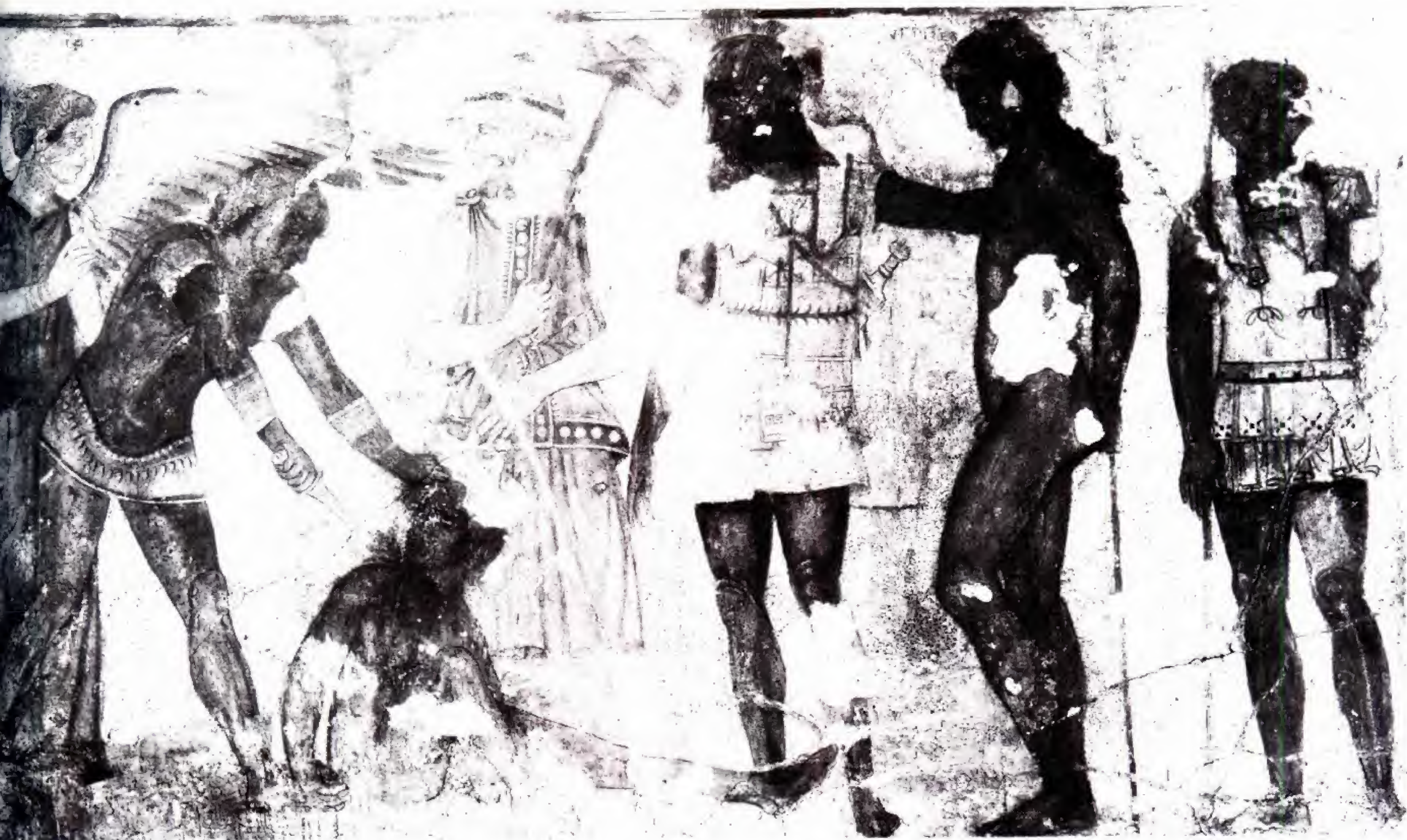
Los grandes centros etruscos de Toscana meridional y del Lacio eran, como rivales naturales de Roma, los que antes debían conquistarse inevitablemente, pero durante los siglos III y II a. C., las ciudades septentrionales continuaron prosperando, y en algunos casos también expandiéndose, aunque se pagara el precio de la cooperación con Roma. En el 205 a. C., cuando Escipión dirigió el ataque contra Cartago, Volterra contribuyó con avíos para las naves, madera para las quillas y una gran cantidad de cereal, mientras Populonia proporcionaba hierro y Arezzo, yelmos y armas. Con todo, Volterra fue la única que conservó su independencia y continuó acuñando su propia moneda. La ciudad se expandió y se construyeron nuevos edificios; al mismo tiempo, por el este gran parte del valle del río Elsa caía bajo su control. En medio de una prosperidad debida a la agricultura más que al comercio, florecieron las artes: los bronce, los vasos pintados y las urnas fúnebres de alabastro tallado de Volterra se produjeron en grandes cantidades, tanto para su uso interno como para la exportación. También Arezzo desarrolló una tradición artística: la famosa Quimera probablemente se hizo a fines del siglo V a. C.; además se ha encontrado una serie de bellas terracotas arquitectónicas, todas ellas datadas entre los siglos III y II.

En general, la influencia artística prevaleciente en los últimos siglos de la historia etrusca seguía siendo la griega y, aunque las ciudades independientes mantuvieron sus intereses y carácter específicos, las diferencias locales son menos notorias. El último gran logro etrusco, ese lenguaje artístico común, se encuentra no sólo en Italia central sino también, como veremos, en Italia meridional: no es extraño, pues, que influyese en el desarrollo del arte de Roma. La relación entre el arte romano y el etrusco es compleja, ya que implica intercambios culturales en ambas direcciones, pero sin duda obras como la estatua de Aulo Metello, conocida bajo el nombre de «Arengador», preanuncia en el gesto y en el retrato gran parte de la escultura imperial romana. Esta última obra maestra del arte etrusco data de comienzos del siglo I a. C., y es inmediatamente anterior a la caída definitiva de la cultura etrusca, porque aquí el magistrado aún se identifica con una inscripción en etrusco. Mientras Roma controlaba la península y ejercía su dominio político sobre los pueblos itálicos y los vecinos etruscos, quizá en vida de aquel Aulo Metello, se produjo un último desafío a la autoridad romana, en el 91 a. C.: etruscos, samnitas y otras tribus se unieron en lo que se llamó la guerra de los aliados (la guerra fue iniciada por los aliados o *socii* de Roma), un intento de obtener la libertad. Pero era demasiado tarde y, hacia el 88 a. C., las ciudades que se habían rebelado quedaron reducidas a la condición de *coloniae* romanas y fueron ocupadas por veteranos de Roma. En los siglos siguientes, algunas familias podían presumir de algún antepasado etrusco e incluso asegurar que hablaban la lengua, pero la cultura etrusca ya estaba muerta.

Descubrimientos recientes. Casi no hay aspecto de la cultura etrusca en el que no se haya hecho algún nuevo progreso en los últimos años. Hemos visto algo en cuanto a la comprensión de las inscripciones etruscas y también en otros campos —religión, arquitectura, política, historia— se descubre nueva información y se vuelve a examinar la ya existente. La mayor parte de este adelanto es resultado de nuevas excavaciones, pero en algunos casos se trata de una pintura más acabada de la vida etrusca, surgida de la formulación de preguntas sobre temas que no son el origen de los etruscos ni el de su lengua. Por ejemplo: ¿cómo se vestían los etruscos? Recientemente, la profesora Larissa Bon-



Fresco de la tumba François, Vulci, siglo III a. C. Actualmente en la colección Torlonia, Villa Albani, Roma. El episodio aquí reproducido es la ejecución de prisioneros troyanos.



fante proporcionó varias respuestas en un libro que examina el testimonio del arte y compara las ropas etruscas con las griegas. En términos generales, el gusto etrusco es más minucioso y, a la vez, más realista que el griego; el cuadro resultante es el de un pueblo que gusta de la decoración elaborada y una clase dominante con tiempo para gastar en su propio acicalamiento.

Por supuesto, las nuevas excavaciones son la forma más estimulante de adquirir información, y esto es especialmente cierto en el caso de los etruscos. Su obsesión por la muerte y la construcción de tumbas y la obsesión de sus descubridores decimonónicos y de principios del siglo xx por los tesoros hallados en las tumbas significó, hasta hace poco, que se supiera sobre las costumbres funerarias de los etruscos mucho más que sobre su modo de vivir. La mayoría de los hallazgos aún provienen de las tumbas, pero el desequilibrio se está corrigiendo. El Instituto Sueco de Roma excavó una ciudad etrusca en Acquarossa, cerca de Viterbo, primeramente colonizada a principios del siglo vii a. C., destruida hacia el 500 a. C. y después abandonada. La mayoría de las ciudades etruscas, como Fiésole y Perugia, fueron reconstruidas por los romanos, o completamente destruidas por ellos, como Veii. En Acquarossa, lugar intacto desde el siglo v a. C., los excavadores encontraron testimonios de gran valor acerca de la arquitectura etrusca y el trazado urbano durante su época dorada: además de los cimientos, se conservaron gran número de placas y decoraciones de terracota, la más reciente de las cuales se fecha en los años previos a la destrucción de la ciudad.

Poco se sabe de los templos o santuarios etruscos y en la excavación de un complejo edilicio del siglo vi, lo que parece haber sido un santuario situado en Murlo, al sur de Siena, es quizá el más importante de todos los descubrimientos recientes, tanto por la información que brinda acerca de la religión etrusca como por la calidad excelente de los propios hallazgos. Las excavaciones, bajo la dirección de Kyle M. Phillips jr., desenterraron una serie de estructuras



Estatuilla de bronce que representa a un guerrero que marcha armado con una lanza. Museo Arqueológico de Perusa.

construidas hacia el 575 a. C. sobre un edificio anterior, destruido por el fuego poco después del 600 a. C. De momento, el aspecto más intrigante del santuario es el hecho de que, en torno al 525 a. C., fuera arrasado, al parecer deliberadamente, y jamás se volviera a usar. Es posible que la desaparición de los centros de Murlo y Acquarossa esté relacionada con las perturbaciones que afectaron al mundo etrusco en su conjunto a fines del siglo VI, aunque bien pueden ser el resultado de la expansión de centros cercanos: en el caso de Murlo, se expandió el de Chiusi. Los hallazgos más espectaculares provienen del edificio mismo del santuario. Como el templo de Apolo en Veii, el tejado estaba cubierto con figuras de terracota de tamaño natural; partes de trece de ellas se conservaron. Estas estatuas y numerosas placas de terracota en relieve, con escenas de banquetes, procesiones y carreras de caballos, sugieren un nivel artístico muy alto para esta comarca relativamente inaccesible, bastante apartada de cualquiera de los grandes centros, y muestran con vigor que la cultura etrusca, lejos de estar aislada, mantuvo contacto con todas las regiones itálicas durante el siglo VI. Los sombreros de ala ancha y el calzado en punta de las figuras de Murlo se encuentran al norte, en las sítulas del pueblo de Este; por la zona oriental, los picenos, tribu trastiberina relacionada con los umbros, muestran un paralelo en el borde ancho del yelmo del famoso guerrero de Capestrano. Pasará mucho tiempo antes de que el significado de los descubrimientos de Murlo se absorba por fin, pero ya han dejado una marca profunda en el estudio de los etruscos, en gran parte por la rapidez y cuidado ejemplar con que se publicaron y se pusieron a disposición de la comunidad académica. Como resultado, los eruditos tienen la posibilidad de hacer sus propias apreciaciones sobre los descubrimientos y, por cierto, sobre la naturaleza del centro mismo. Por ejemplo, hace poco se sugirió que Murlo era un complejo edificio secular antes que sacro, quizá la residencia de un tirano local; y aunque este punto de vista es el de una minoría, el debate continuará, sin duda.

No menos estimulante e informativo fue el descubrimiento de Tarquinia, en Gravisca. Cerca de las modernas instalaciones de Porto Clementino, aunque no se veía nada en la superficie, la fotografía aérea reveló el trazado urbano de una colonia romana; en 1969, comenzaron las excavaciones. Pronto se advirtió que allí estaban enterradas las ruinas de una ciudad romana y también las de otra anterior, etrusca, cuyos orígenes se remontan a principios del siglo VI a. C. Una cantidad de edificios quedaron al descubierto, pero el hallazgo más notable fue el de una colonia griega junto a la ciudad etrusca, fundada hacia el 600 a. C. y abandonada alrededor del 480 a. C. Se desenterraron fuentes, casas y un santuario, dedicado a Hera y Afrodita, además de una cantidad de vasos con inscripciones griegas de las dedicatesiones a estas diosas. Por tanto, por primera vez se tuvo la prueba de que una comunidad griega había vivido junto a una etrusca, ejerciendo su influencia en el arte autóctono y comerciando con los lugareños —presumiblemente se trataba de una colonia de mercaderes y navegantes—, mientras seguían adorando a sus propios dioses. Incluso podemos identificar con precisión a uno de los comerciantes griegos, gracias a la dedicatoria inscrita en una piedra de ancla, la primera inscripción griega en piedra que se haya encontrado en un contexto etrusco. El nombre del donante es Sóstrato de Egina y Herodoto nos habla en un pasaje de cierto Sóstrato de Egina, hijo de Laodamas, y dice de él que su éxito como mercader en el comercio con España no era igualado por ningún rival. Al parecer Sóstrato usó el puerto de Tarquinia como un lugar de escala en sus viajes hacia el oeste.

Por lo expuesto, se ve que los últimos diez años, por sí solos, brindaron una gran cantidad de descubrimientos nuevos, y aún continúa el trabajo en éste

Página opuesta: Estatuilla de bronce proveniente de Populonia. Representa el suicidio de Áyax, hacia el 490 a. C. Museo Arqueológico de Florencia. Altura: 8,5 cm. Esta pieza, uno de los más bellos bronce etruscos, originalmente formó parte de un objeto mayor, perdido en la actualidad.



y en otros lugares. A medida que se encuentran nuevos testimonios de la cultura etrusca en todos sus aspectos, emerge lentamente el cuadro de una sociedad diferenciada y característica, por una parte, pero al mismo tiempo ligada íntimamente a las culturas que la rodeaban. Como hemos visto, aunque la influencia primordial es griega, a la vez, también los etruscos se pusieron en contacto con sus vecinos locales, y podemos estudiar algunos de los efectos de esta circunstancia echando una breve mirada a las tribus itálicas orientales.

Los umbros y los piconos. Hacia fines del siglo VII a. C., mientras los etruscos estaban en la cima de su poderío, muchos pueblos itálicos se habían establecido en la zona central y meridional de la península. Algunos de ellos, como los faliscos del norte de Roma, desarrollaron una cultura muy semejante a la de los etruscos y, obviamente, su proximidad geográfica respecto de los grandes centros etruscos facilitó el intercambio cultural. Sin embargo, en las comarcas más apartadas, se desarrollaba un estilo de vida más independiente y, aunque la mayoría de estas tribus itálicas hablaba lenguas pertenecientes a un grupo general conocido por la denominación de umbrosabélico, encontramos variantes regionales en sus culturas. Los umbros, que dieron su nombre a la actual provincia italiana de Umbría, se asentaron en la comarca que se tiende entre Gubbio y Todi. A lo largo del siglo VI a. C., mientras sus contactos con los etruscos eran más o menos eventuales, vivieron en centros pequeños, conservando su estilo de vida y costumbres de un siglo antes. Aun cuando la expansión etrusca los llevó a un contacto estrecho con sus vecinos occidentales más civilizados, los umbros no perdieron su independencia cultural; sólo



Cabeza de Hermes, terracota; proviene del santuario de Portonaccio, Veii. Fines del siglo VI a. C. o principios del V. Museo de Villa Giulia, Roma. Altura: 34 cm. Es parte de una estatua de cuerpo entero del dios que, junto con la de Apolo y otras, decoraba el caballete del tejado del santuario.

cuando Roma impuso su dominio en toda la península, se vieron arrastrados a la corriente principal de la vida italiana. En una fecha tardía, fines del siglo III a. C., todavía usaban su propia lengua, el umbro, como lo demuestran siete tablillas de bronce incisas, llamadas Tablas Eugubinas, halladas en Gubbio en 1444, cerca del teatro romano que allí se conserva. Las tablas demuestran que los umbros tenían mucho en común tanto con los etruscos como con los latinos: cinco de ellas están escritas con caracteres etruscos y dos con caracteres latinos; las inscripciones parecen ser fórmulas religiosas semejantes a las del texto de la momia de Zagreb y a textos romanos sagrados, algunos de los cuales nos han llegado a través de escritores romanos como Catón. De otra parte, a pesar de las muchas similitudes con el latín, la lengua umbra es distinta del etrusco y también de otras lenguas umbrosabélicas con las que se relaciona, lo bastante como para que no podamos comprender esos textos.

Las mismas influencias mixtas se encuentran en la escultura más famosa de cuantas provienen de la antigua Umbría: el «Marte de Todi», hallado en esta localidad y hoy en el Museo Vaticano. El acabado técnico de la pieza es etrusco por su calidad pero el estilo muestra un típico conservadurismo itálico: aunque la estatua fue esculpida a fines del siglo IV o comienzos del III a. C., el modelo es la escultura griega de un siglo antes. Probablemente la hiciera un artesano local, discípulo de un maestro etrusco; aunque su manufactura es etrusca sin duda, estaba destinada a un comprador local y el pectoral de la armadura lleva inscrito en umbro el nombre de su dueño, Ahal Trutitis.

Los umbros son el único pueblo itálico que, aunque influenciado por los etruscos, no resultó absorbido por ellos. Hacia el este estaban los picenos, no sólo afectados por el ascendiente de los etruscos y de los griegos sino también por el de los atestinos, a pesar de lo cual mantuvieron sus características propias; era ésta una tribu guerrera y conservadora, cuyas artes, aunque menos sutiles que las etruscas, son capaces de considerable expresividad. El asa —que representa una figura humana— de un vaso de arcilla, hallada en las excavaciones recientes de Campovalano, pertenece a la misma tradición de abstracción geométrica que encontramos en el arte villanovense, aunque es algo posterior a los ejemplares de esta cultura, y llama la atención por su innegable belleza y su elegancia formal. Menos elegante pero más potente es la cabeza de piedra de un guerrero de Numana y, más notable que todas, la gran estatua de un guerrero proveniente de Capecstrano. Originalmente la pieza estuvo colocada sobre una tumba; es probable que sea la imagen del difunto: de pie, apoyado en dos puntales y con su armadura completa, custodia su tumba y sus tierras. Nos evoca el relato de Polibio, el historiador griego, quien cuenta que los cuerpos de algunos nobles romanos se colocaban erguidos, tras su muerte, en el Foro Romano, para recordar a los ciudadanos sus gloriosas hazañas. El contraste entre la robustez de la figura y la cabeza pequeña, el cuerpo flexible, casi grácil, y las armas que lleva, junto con el aire monumental de la figura, producen un conjunto asombroso y bien distinto de las piezas de la corriente principal del arte itálico inspirado en Etruria. Como los umbros, aun en medio de la profusión cultural de la Italia del siglo VI, los picenos fueron capaces de conservar su independencia.



Marte de Todi. Bronce umbro de comienzos del siglo IV a. C. Museos Vaticanos. Altura: 123 cm. Tanto la lanza, que originalmente estaba en la mano derecha, como el yelmo se han perdido. Una inscripción umbra está incisa en el peto.

Las tumbas pintadas de Tarquinia

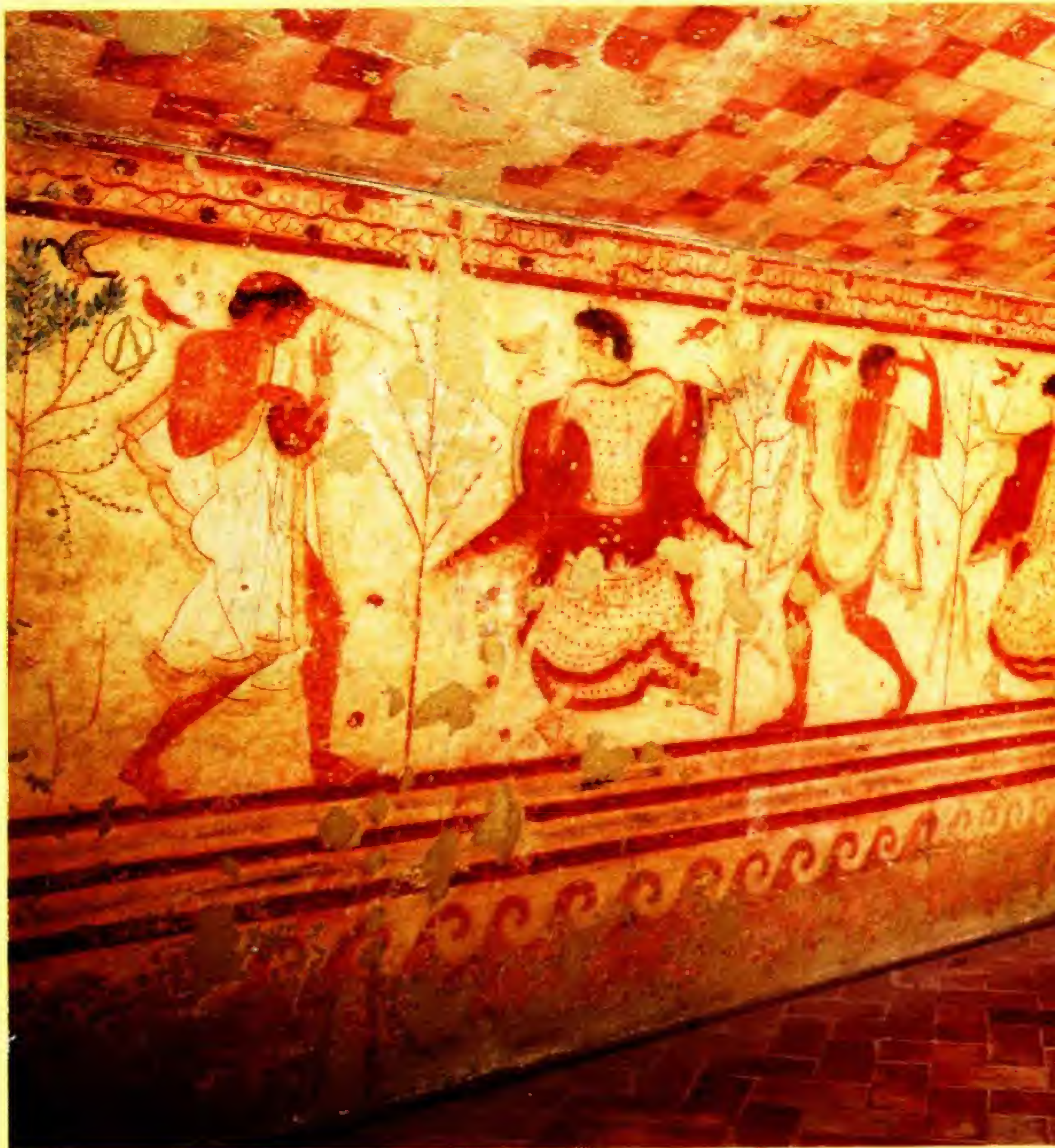
Las aproximadamente 150 tumbas pintadas descubiertas hasta hoy en Tarquinia proporcionan una información invaluable sobre la vida y la religión etruscas, además de echar luz sobre la historia de la pintura antigua. La mayoría de ellas está hecha con la misma técnica: se aplicaba a las paredes de la tumba un revestimiento de escayola y muchas veces se hacía un boceto rápido con un objeto punzante, a fin de que el pintor tuviese una guía. Los colores se preparaban con materias vegetales y minerales y se aplicaban mientras el revestimiento estaba húmedo aún, para que se fijaran. La mayoría de las tumbas constan de una única cámara (la Tumba de los Toros es una excepción) y datan de mediados del siglo VI a mediados del siglo V a. C. Las más recientes, como la Tumba de Orco, son mayores y de planta más compleja.

1 Tumba de los Leopardos, mediados del siglo V a. C. Muchas de las tumbas de este período muestran escenas de los banquetes que formaban parte de las ceremonias fúnebres. Durante estas celebraciones, los comensales se entretenían con música y danzas; la pared derecha de esta tumba presenta a dos músicos, un tañedor de lira y un flautista que toca una flauta doble. Véase la copa que lleva en la mano la figura de la izquierda: es una versión pintada del tipo de pieza negra etrusca conocida como *bucchero*.



1

2 Tumba del Triclinio, hacia 470 a. C. El tema de estas pinturas es muy semejante al de la Tumba de los Leopardos. En la pared del fondo (aquí, a la derecha) vemos a los comensales reclinados sobre triclinios y atendidos por siervas; por encima, unas guirnaladas pintadas dan la impresión de colgar de las paredes. En el muro lateral mayor, se ven muchas figuras de danzantes y músicos; el techo, como el de la Tumba de los Leopardos, está decorado con un diseño de damero. Sin embargo, la finura de las líneas y el colorido delicado hacen pensar en un artista más familiarizado con los modelos griegos.



2

3, 4 y 5 Tumba de la caza y de la pesca, hacia 520 a. C. Aunque muy dañada en algunos puntos, la pintura nos muestra un sentido magnífico de luminosidad y espacio: la tonalidad azul parece evocar todas las sensaciones del mar y del rocío de las olas. Tanto hombres como animales están representados de un modo naturalista, con algunos elementos de aguda observación: véase el ave que flota sobre las olas a la izquierda de la barca. La amplia paleta de colores y la variedad de los movimientos realzan el efecto general. En el resto de la tumba se muestran los preparativos para el banquete fúnebre. Mientras la sierva de la izquierda prepara las guirnaladas (algunas de las cuales están pintadas como si colgasen de la pared), la pareja central está oyendo música. Véase el peinado complejo y los pendientes de la mujer y la posición bastante ambigua de las piernas de su compañero.



3



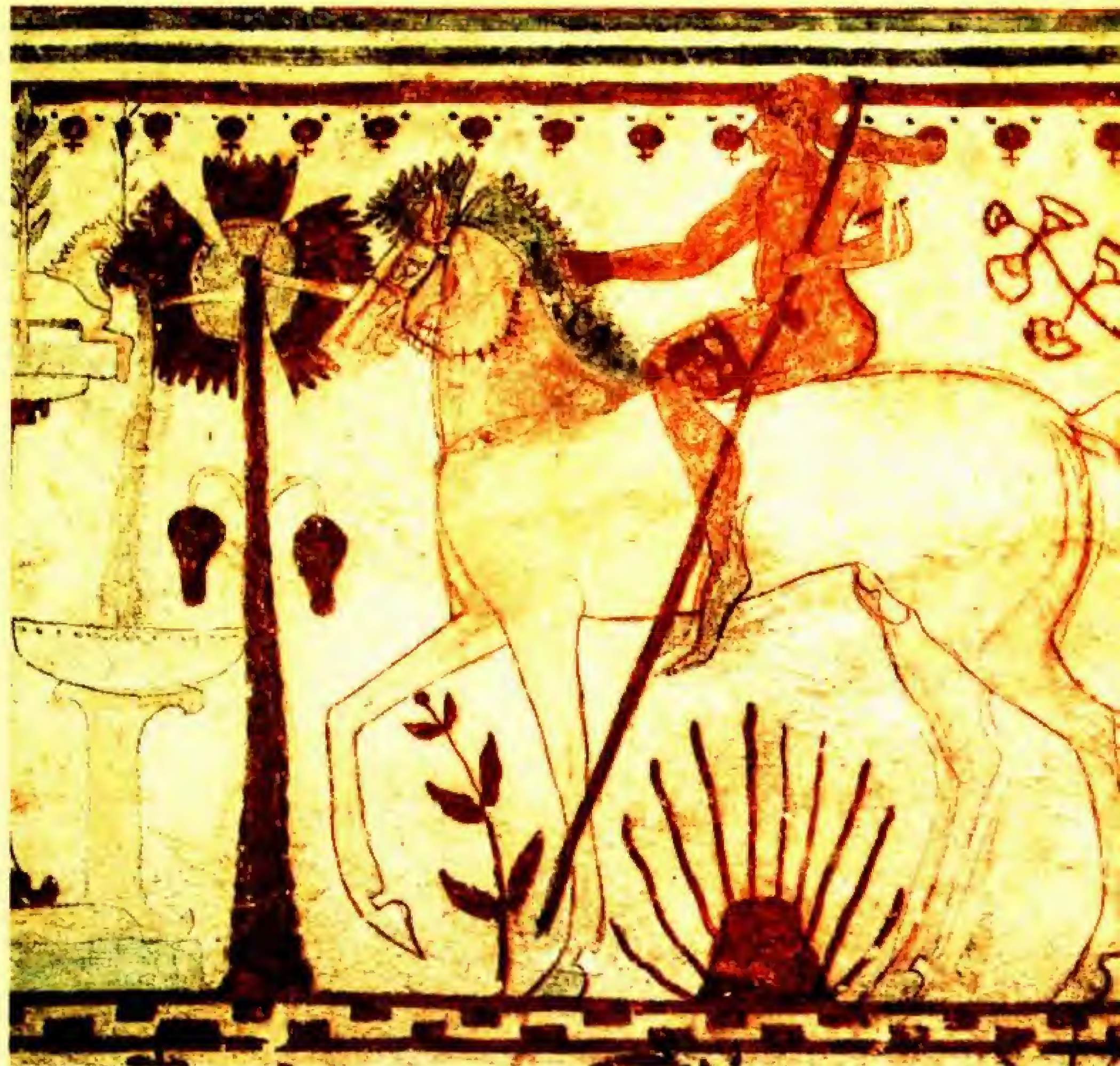
4



5



6



7



8

6 Caballos alados de terracota, provenientes del templo de Tarquinia conocido como Ara della Regina. Siglos IV-III a. C. Altura: 115 cm. La losa sobre la que se modelaron en relieve estos caballos cubrió, originalmente, el lado izquierdo del extremo de la viga central del tejado. A la derecha vemos el carro que arrastraban los caballos, con una diosa en pie sobre él. Tal vez se tratara de la divinidad a la que estaba dedicado el templo, aunque no se ha conservado lo bastante de la figura como para permitir una identificación. Los caballos, en su mezcla de naturalismo y fantasía, son una de las maravillas del arte etrusco.

7, 8 y 11 Tumba de los Toros, segunda mitad del siglo VI a. C. Es la única tumba decorada con un tema mitológico, la emboscada que Aquiles tendió a Troilo durante la guerra de Troya. El tema es griego, pero el tratamiento es etrusco, con figuras casi perdidas entre árboles y plantas y una fuente que fluye con dulzura. La figura de Troilo, montado en un caballo brioso, está característicamente alargada y lleva el calzado en punta típico de los etruscos. Pero la tumba recibe su nombre de los dos extraños episodios del friso superior. A la izquierda se ve un toro sentado de espaldas a una escena erótica en la que intervienen dos hombres y una joven. A la derecha, un toro barbado, pintado con un falo erecto, carga contra un hombre que lleva una peluca rubia y mantiene contacto sexual con un joven. Nos preguntamos si estos grupos implican una condena de la homosexualidad, con ese toro que ataca a las dos figuras masculinas mientras el otro ignora a la pareja «normal». ¿Estarían relacionados con un culto de fertilidad? ¿Se pintaron al mismo tiempo que el resto de la tumba? Hasta hoy los estudiosos no se han puesto de acuerdo.

9 y 10 La Tumba de Orco fue la primera construida a mediados del siglo IV y posteriormente ampliada. Sus temas reflejan el pesimismo creciente, que se convertía en una característica del arte etrusco durante los siglos de la derrota gradual ante los romanos, en contraste con la actitud de tranquila confianza típica de períodos anteriores. El perfil de un hombre barbado representa al propio Hades, como nos lo dice la inscripción; se trata del dios del mundo subterráneo. La otra figura es la de una noble dama etrusca llamada Velia. Tiene la mirada fija en la oscuridad, sombría pero digna, enjoyada ricamente con pendientes y collares de trabajo muy elaborado. La realización realista del ojo, enfocado lateral y no frontalmente como en el período anterior, es una clara indicación de que el artista conocía los modelos griegos de fines del siglo IV.



9



10



11

Capítulo quinto: Al sur de Roma

En contraste con los esquemas culturales relativamente homogéneos de Italia central y septentrional, donde en general se puede reconocer una cultura dominante en cada región geográfica, la pintura que presenta Italia meridional es mucho más confusa. No sólo el número de los distintos grupos culturales es mayor, y difícil de seguir su historia y desarrollo, sino que también resulta complejo, a veces, saber con certeza si estamos ante culturas distintas de verdad o ante simples ramas de un mismo grupo. Los efectos de la colonización griega en estas comarcas tampoco simplifican las cosas. Como hemos visto, la llegada de los griegos en el siglo VIII a. C. señaló una etapa importantísima en el desarrollo de la Italia arcaica, cuyos resultados se percibieron en toda la península: el centro griego descubierto hace poco en Gravisca, cerca de Tarquinia, descrito en el capítulo anterior, es un ejemplo de interpenetración social y económica griega de una sociedad preexistente. En el caso de los etruscos, que ya tenían una cultura compleja y evolucionada, también tuvo bastante importancia el contacto con los recién llegados; por tanto, no es sorprendente que las nuevas colonias del sur de Italia, la zona principal de la expansión griega, fuesen tan poderosas, ya que la población autóctona era tecnológica y culturalmente mucho menos desarrollada. Los efectos de las ideas provenientes de la Hélade, desde la religión a los estilos artísticos y el alfabeto, a menudo nos impiden captar los rasgos específicos de los pueblos que, a gusto o por fuerza, sucumbieron a la influencia foránea, sobre todo desde que los etruscos, además de los griegos, pensaron en concretar el dominio político y económico del mediodía peninsular, un plan que sólo Roma llevaría a cabo en los siglos posteriores. Sin duda, las ciudades griegas de Italia y Sicilia tienen enorme importancia en la historia del mundo antiguo y en el desarrollo de la civilización occidental, y por esto les echaremos una mirada al final de este capítulo. Sin embargo, de momento procuraremos ver, por debajo de la pátina de cultura extranjera, los orígenes itálicos de los grupos que los griegos, a su llegada, ya encontraron asentados en la península. Los testimonios nos llegan de fuentes diversas: además del material arqueológico, buena parte del cual se descubrió recientemente, unas pocas inscripciones conservadas nos dan algunas indicaciones sobre esquemas lingüísticos y étnicos y las tradiciones y relatos transmitidos por historiadores romanos posteriores a veces ayudan, aunque estén deformados a favor de los romanos, como es natural.

En general, y aun a riesgo de incurrir en una simplificación, estableceremos una distribución esquemática de las tribus itálicas principales y de sus zonas de influencia. Al norte y al este de Roma se extendía el territorio de los umbros, de quienes ya hemos dicho algo, con sus centros de Gubbio y Todi, entre otros. Más cerca de Roma, en el Lacio propiamente dicho, estaban los volscos y los sabinos —ambas tribus fueron enemigas acérrimas de los romanos—, mientras que al sur del Lacio estaban asentados varios pueblos menores pero igualmente beligerantes, entre los que se contaban los ecuos, los marsos y los vestinos. En Campania la situación era más compleja; el primer pueblo itálico que se estableció en esta comarca fue el osco, que vivieron en relativa paz con los recién llegados griegos durante los siglos VII y VI a. C., aunque a lo largo de este último se produjeron las incursiones de los mercaderes y colonos etruscos que llegaban



desde el norte. Hacia fines del siglo V a. C., la tribu itálica de los samnitas descendió de sus territorios montañosos del centro de la península hacia el sur, conquistando y ocupando las ciudades fundadas por oscos, griegos y etruscos. Sus posesiones de Campania sirvieron a los samnitas como base de operaciones contra Roma y hasta el siglo I a. C. continuaron comandando los ataques que protagonizaron los «aliados» itálicos de la ciudad tiberina en la guerra de los aliados (90-88 a. C.). El control samnita se expandió más aún hacia el sur, y los lucanos y los brutios, pueblos autóctonos que se habían establecido en las comarcas de las actuales Basilicata y Calabria, cayeron bajo su influencia durante el siglo IV a. C.

Es importante recordar que todos estos pueblos, a pesar de sus características comunes, se consideraban distintos entre sí: no existen testimonios de un sentimiento de unidad itálica entre las diversas tribus ni hubo entre ellas ningún atisbo de formar una confederación. Es sabido que sus tratos casi siempre se reducían a actos hostiles y sólo ante la amenaza de la dominación romana

Guerrero samnita. Pintura de una tumba de Paestum. Siglo IV a. C.



Distribución de los distintos grupos culturales en Italia.

intentaron actuar unidas. Sin embargo, no fueron más que intentos parciales y, por supuesto, fracasados: si los romanos hubieran tenido que enfrentar una oposición itálica unificada durante su expansión, la historia de los dos mil años siguientes podría haber sido diferente. Pero a pesar de su individualidad aparente, estas tribus han de haber tenido un origen común. Aunque sus lenguas presentan variantes locales, todas pertenecen a una familia única, conocida por los nombres de oscoumbra u oscosabélica. (La terminología es confusa y poco afortunada: se denomina sabélica a la propia familia lingüística y se aplican los adjetivos osco o umbro para las variantes regionales. Pero estos tres vocablos, sabélico, osco y umbro, se pueden usar también para tribus individuales, en tanto que las voces oscoumbro o umbrosabélico se aplican al grupo lingüístico. Para que todo resulte más desconcertante aún, el sustantivo sabélico —referido al pueblo más que al idioma— se usa, a veces, como denominación colectiva de varias tribus itálicas y otras, como forma alternativa de samnita, lengua con la que, según los filólogos, se relaciona el idioma sabélico.) Si bien el origen de toda

esta familia lingüística es el indoeuropeo, son grandes sus diferencias con el latín, otra lengua indoeuropea. Además del nexo lingüístico, los pueblos itálicos tenían costumbres y tradiciones comunes, de las que la más conocida es el *ver sacrum*, la primavera sagrada: en determinados años, los niños nacidos durante la primavera se dedicaban a una divinidad y, cuando llegaban a una edad determinada, debían abandonar su patria y fundar un nuevo poblado en otro sitio. No sabemos si estas migraciones masivas fueron un medio de evitar la sobrepoblación —o, mejor dicho, la sobreexplotación de recursos agrícolas pobres— o si eran una forma deliberada de colonización. Pero lo significativo es que se trata de una característica de muchos pueblos itálicos que, gracias a esta costumbre, esparcieron su cultura por casi todas las regiones del centro y del sur de la península.

¿Cuáles eran los orígenes de esta unidad cultural básica, al parecer desconocida para las distintas tribus? Como casi todos los temas referidos a la época arcaica italiana, también éste ha suscitado discusiones acaloradas, pero sin duda no es una coincidencia que el área geográfica ocupada por la civilización itálica coincida, notoriamente, con la de la cultura apenina de mediados y fines de la Edad del Bronce, en sí misma muy uniforme. Los pueblos itálicos pueden haber sido descendientes directos de los grupos apeninos, a salvo de muchos de los efectos de las corrientes inmigratorias porque sus poblados se alzaban en zonas remotas; otra posibilidad es que los recién llegados a las regiones peninsulares oriental y meridional hayan heredado la estabilidad cultural del período apenino, a la vez que imponían su propia lengua y sus costumbres. Como es habitual, la dificultad está en determinar si una lengua indoeuropea se introdujo en Italia, y quiénes fueron los portadores; aunque tanto las familias lingüísticas umbrosabélicas como las latinas sean, ambas, de origen indoeuropeo y tengan muchos elementos comunes, no son idénticas y esto hace más difícil esa determinación. Ya se elija una u otra de las dos posibilidades, lo indiscutible es que existió una cultura itálica raigal y que incluso ni la falta de unidad política ni la influencia de las ideas griegas, etruscas o romanas lograron borrarla.

Además de las tribus itálicas del centro y del sur de la península, conocemos algunos pueblos de Italia oriental, que en general parecen emparentados con sus vecinos peninsulares, pero cuyas culturas tienen rasgos específicos: entre ellos están los piconos, de quienes ya hablamos, los daunios, los peucetios y los mesapios de Apulia. Antes de tratar de las comunidades de Apulia, examinaremos con algún detalle al más temible de esos grupos itálicos: los samnitas. Lo haremos así porque a través de ellos veremos a muchas otras tribus asentadas en el sur de Italia.

Los samnitas. Si es verdad que el medio ambiente es una fuerza primordial para la definición del carácter de un pueblo, se podrá decir que los duros y austeros samnitas se formaron según su tierra, la montañas salvajes de Italia central. Aún sabemos muy poco de las primeras etapas de su historia, pero desde sus orígenes parecen haber tenido actividades militares, como lo prueban magníficas armaduras de bronce halladas en el poblado samnita de Aufidena, la actual Alfedena. En su búsqueda de nuevos territorios para la conquista y ocupación, esta tribu guerrera se enfrentaría, inevitablemente, con otros pueblos, a menudo más evolucionados y mejor equipados que ella. Así fue cómo, a lo largo de los siglos VII y VI a. C., los etruscos mantuvieron un dominio férreo de gran parte del centro peninsular e incluso establecieron centros en Campania, donde fundaron la ciudad de Capua.

A pesar de todo, Campania atraía la atención de los samnitas por sus ricas

tierras y costas de gran valor estratégico, cuya conquista les resultaría posible —por ironía del destino— gracias a un tercer grupo de colonizadores, los griegos: el primer pueblo extranjero que se asentó en esa comarca, cuando en el siglo VIII a. C. los eubeos fundaron las colonias de Pithecoussae y Cumas. A lo largo del lapso siguiente, continuó la expansión de la influencia griega y los colonizadores, al parecer, establecieron una coexistencia pacífica con el grupo autóctono de los oscos. La tranquilidad y el intercambio cultural de esta época se ilustran de un modo evidente en la historia de los primeros tiempos de Pompeya, una ciudad que nos brindó mucha información sobre la etapa tardía de la cultura romana y que, probablemente, fuera fundada por los oscos a comienzos del siglo VII a. C. Los mercaderes y colonos griegos de estos años, aunque se interesaban sobre todo en el desarrollo de buenas relaciones comerciales con sus vecinos, no podían menos que ejercer al mismo tiempo un fuerte impacto en la cultura menos evolucionada de las comunidades itálicas. Así lo demuestra el descubrimiento de dos santuarios pompeyanos, del siglo VI a. C., uno dedicado a Apolo y otro a Heracles. Ese influjo es tan pronunciado que algunos estudiosos sugirieron que Pompeya pudo ser, en realidad, una colonia griega desde su fundación y que, aunque sus orígenes fuesen oscos, la ciudad pronto se integró en una zona que se helenizaba con rapidez, paralelamente a la fundación de otros poblados griegos en todo el sur de la península.

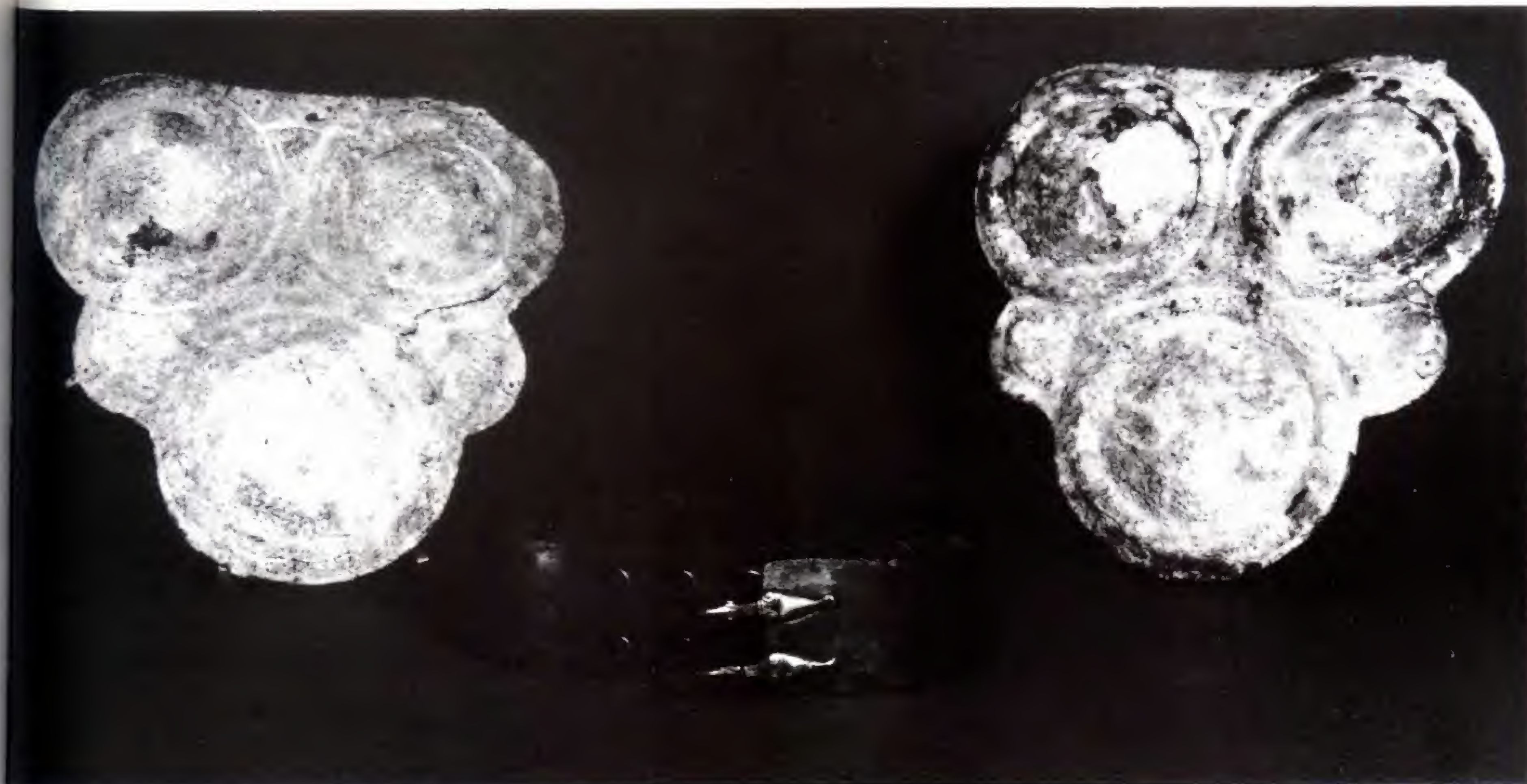
Entretanto, al norte, Etruria extendía su dominio hasta Roma misma y, hacia el siglo VI, si no antes, su comercio con las ciudades griegas y oscas de Campania daba lugar a la conquista y ocupación de estos centros meridionales. Los etruscos fundaron nuevas ciudades, Capua entre ellas, y durante cierto tiempo establecieron un predominio comercial indiscutible, a pesar de la oposición enérgica de los griegos; sin embargo, en el 524 a. C. fracasaron en su ataque contra Cumas, que aún era una de las ciudades griegas más potentes, y pocos años más tarde, cuando los romanos expulsaron a los reyes etruscos, las escasas comunicaciones con la metrópoli perjudicaron al enclave de Campania que, hacia fines del siglo VI a. C., quedaba atrapado entre los latinos, por el norte, y los griegos, por el sur y el oeste; sus antiguos enemigos de Cumas, aliados con las tropas de la ciudad griega de Siracusa, que acababan de rechazar en Sicilia un intento de invasión cartaginesa, terminaron por derrotarlos, el 474 a. C., en la decisiva batalla naval de Cumas. A continuación, los griegos restablecieron el control del sur de Italia y de Sicilia y entraron en una etapa pacífica, o así lo creyeron. La actitud de esperanza está bien mostrada en una oda de Píndaro, el gran poeta lírico griego: «Zeus, hijo de Cronos, te lo suplico, concédenos que cartagineses y etruscos, con sus gritos de guerra, permanezcan tranquilos en su tierra, después del sino desastroso que su orgullo abatió sobre los barcos de Cumas y sus castigo a manos del jefe de Siracusa». Ni por asomo se le habría ocurrido a Píndaro ni a sus contemporáneos que el siguiente desafío al poder griego en Italia meridional, esta vez con éxito, provendría de una incivilizada tribu itálica montañesa.

Pero, civilizados o no, los samnitas fueron capaces de comprender que la derrota de los etruscos dejaba un vacío temporal y se apresuraron a aprovechar la oportunidad. El único reducto etrusco, Capua, quedó conquistada en una fecha temprana, 438 a. C., y hacia el 421 a. C. también Cumas había caído. A fines del siglo V a. C. casi toda la costa, desde Cumas hasta Paestum, y gran parte del interior de Campania estaban en manos de los samnitas. También al respecto Pompeya nos muestra testimonios importantes para la historia de este período. Tal como sus vecinos, había pasado por una etapa de influjo y quizá de dominio etruscos; posteriormente se produjeron el ataque y ocupación de los samnitas, cuyas huellas se advierten en la reconstrucción de los edificios: tras

Derecha: Armadura samnita de bronce (pectoral y cinturón) proveniente de la tumba de un guerrero. Cementerio de Alfedena, en la zona central de los Abruzzos. Museo Nacional de Gales, Colección Howard de Walden (en préstamo en el Ashmolean Museum de Oxford).

Abajo: Capitel samnita de Pompeya, siglo III a. C. Aunque el capitel figurativo es de origen helenístico, en este caso el tratamiento está muy lejos del griego. La fuerza de la ornamentación, con sus texturas y transiciones abruptas, ocultan la forma del propio capitel.





la fundación original de los oscos, por primera vez Pompeya volvía a ser una ciudad itálica. Se conservan varias casas del período samnita, además de una palestra o gimnasio. Pero aunque esta tribu demostró su superioridad militar, no pudo sustraerse al ascendiente de las culturas a las que había derrotado. Livio, el historiador romano, al describir la proyección de las ideas griegas entre los conquistadores romanos, subrayaba que los derrotados se apoderaron de sus captores por la influencia cultural que siguieron ejerciendo y otro tanto puede decirse, a la vista de sus marcados rasgos griegos, de los centros samnitas desarrollados en Italia meridional. No obstante, tal vez sea más justo decir que romanos y samnitas tuvieron la sensatez de adoptar los aspectos más atractivos de la cultura de aquellos a quienes dominaron, al tiempo que conservaban sus propios rasgos esenciales.

Algo de esa mezcla cultural se puede advertir en un pequeño santuario descubierto, en 1947, junto a las murallas de Pompeya, sobre el monte Sant'Abbondio. El templo estaba dedicado a Dioniso y se mantuvo en uso desde su construcción, que data del período de ocupación samnita, hasta que la ciudad resultó destruida por la erupción del Vesubio en el 79 de nuestra era, es decir, en tiempos romanos. El culto de Dioniso era de origen griego, como es sabido, y las figuras representadas en el frontón son las de personajes mitológicos también griegos—Dioniso mismo, Ariadna, Eros, un Sileno—, pero el estilo de las esculturas es itálico y la inscripción del altar, en osco, nos dice que lo dedicó Maras Atiniis, el edil samnita de la ciudad. Es decir que los conquistadores adoptaron las ideas y temas de los conquistados, pero asimilándolos a las formas y gustos locales. El de este santuario no es un ejemplo aislado, como lo prueba una metopa esculpida que se halló dentro de Pompeya y que muestra el episodio de la mitología griega en que Hefesto clava a Ixión sobre una rueda, en presencia de Atenea; pues bien, una vez más las figuras están tratadas a la manera itálica y hasta la diosa, la virgen guerrera de la tradición griega, sujeta abiertamente las herramientas con las que clavarán a Ixión en la



Figuras que se zambullen, provenientes de la Tumba del Buzo, Paestum (*arriba*), hacia el 470 a. C., y de la Tumba de la Caza y de la Pesca (*página opuesta*), hacia el 520 a. C. La pintura de Paestum es más estilizada, menos exuberante (véanse las palmas de la derecha), pero ambas muestran la misma sensación de espacio y luminosidad.

rueda, como si fuese un carpintero de Campania: aunque el concepto sea griego, la ejecución es itálica.

Pero la mejor ilustración de las relaciones que iban a desarrollarse entre los griegos y la cultura autóctona proviene de un punto más meridional de Campania, la colonia griega de Poseidonia, más conocida por Paestum, su nombre romano; hacia el 400 a. C., conquistaron este centro los lucanos, una tribu itálica que cayó progresivamente bajo el dominio samnita. La fundadora de Poseidonia fue, a fines del siglo VII a. C., otra ciudad griega del sur, Síbaris, punto terminal de una ruta terrestre de la costa oriental a la occidental. Esta fundación hizo posible que las mercancías embarcadas en Grecia y en Asia Menor hacia Síbaris, sobre la costa oriental, se transportaran por tierra hasta Poseidonia, en la costa oeste, lo que evitaba una prolongada navegación alrededor del extremo de la península y la peligrosa travesía del estrecho de Mesina; una vez en Poseidonia, los clientes etruscos o itálicos compraban esas mercancías. Todo funcionó lo bastante bien como para que el centro recién fundado dispusiera de una economía floreciente: tanto, que soportó la destrucción de Síbaris, la ciudad madre, tras el ataque de Crotona en el 510 a. C. Entre los siglos VI y V a. C., se construyeron en Poseidonia tres grandes templos dóricos, definidos como verdaderas glorias de la arquitectura griega. No hay motivos para pensar que durante este período las relaciones fueran hostiles entre los griegos y los nativos, pues ambos grupos convivían estrechamente. Pero hacia fines del siglo V a. C. la expansión itálica en la zona septentrional animó a los lucanos, bajo la jefatura o inspiración samnita, a atacar Poseidonia y expulsar a los griegos. Desde este momento hasta el 273 a. C., fecha en que se convirtió en colonia de Roma, la ciudad estuvo en manos de los samnitas. De este período datan las tumbas pintadas que mencionamos en el capítulo 2, pero antes de examinar estos ejemplos de arte itálico fechados en el siglo IV a. C.,



debemos echar un vistazo a una obra anterior, la Tumba del Buzo, pintada en torno al 470 a. C. Las pinturas de esta tumba se hicieron en los tiempos del dominio griego en Poseidonia, lo que indujo a los excavadores a afirmar, como vimos en el capítulo 2, que eran griegas. Sin duda muestran la influencia de la cerámica griega pintada, que se importaba de Grecia al por mayor y sería muy conocida por los artesanos locales que se ocupaban de la decoración de las tumbas, pero también hay testimonios de una fuerte influencia etrusca. También en este caso el artista de Campania trabaja con ideas y estilos importados, pero los trata a su manera. La escena que dio su nombre a la tumba estaba pintada en la parte interna del cierre y muestra la figura de un joven desnudo que se zambulle desde una plataforma en una charca de agua verde azulada. Se discutió si la escena muestra un acontecimiento deportivo o tiene algún valor simbólico y representa, por decirlo así, una zambullida en el más allá. Ante la falta de todo testimonio literario sobre el tema, lo más seguro será limitar nuestras observaciones al estilo y contenido de la pintura que, aunque sin duda tiene un parentesco con los métodos griegos contemporáneos de representación de la figura humana, denota su paralelo cercano con las tumbas etruscas de la generación anterior. En la Tumba de la Caza y de la Pesca (Tarquinia), pintada entre el 530 y el 520 a. C., hay una figura muy similar que se zambulle en el agua, en un entorno natural semejante. En ambos casos, la composición no tiene la rigidez de diseño de las escenas griegas de atletas y el aura general de realismo —por ejemplo, el sentido de aire y espacio y el interés por la vegetación— no nos recuerda el arte griego arcaico o clásico, sino más bien los frescos minoicos de la Grecia de la Edad del Bronce; hay una semejanza sorprendente entre el buceador de Paestum y la estatuilla de marfil de un acróbata hallada en Cnoso; además, muchos frescos de esta última ciudad, y otros de distintos centros minoicos, también exhiben ese interés por la vida vegetal. Esto no significa, por supuesto, que haya una conexión directa entre los



Fragmento de una decoración esculpida de un edificio del período samnita de Pompeya. El motivo, del tipo gorgónico, es griego pero el tratamiento es itálico.

minoicos y los artistas de Poseidonia, separados por un lapso de mil años; sin embargo, da muestras de que los artistas itálicos y también los etruscos habían recuperado el gusto por el mundo de la naturaleza, siempre presente en el arte minoico pero nunca muy importante para los griegos, para quienes el hombre era el centro de la existencia.

El mismo tipo de variaciones locales sobre temas griegos y etruscos aparece en las pinturas laterales de la tumba. Las escenas son similares a las de las tumbas etruscas: el banquete y los músicos que intervienen en las ceremonias fúnebres. El dibujo de las figuras —en especial el de una escena en que un joven de labios rojos rechaza (sin demasiada convicción) las insinuaciones de un hombre mayor y barbado— hace un uso de la línea que nos recuerda una vez más la pintura griega de vasos de esa época, pero el descuido en el detalle anatómico, la pesadez de las figuras y el espíritu general de las pinturas están más cerca de los modelos etruscos que de los griegos. Si las pinturas de esta tumba se diferencian en calidad y temática de otras halladas en Paestum y otros puntos de Italia meridional, quizá sea porque el artista no conocía el trabajo de sus contemporáneos, fuesen locales o extranjeros, y su propio interés es lo que refleja su obra.

Las otras tumbas pintadas descubiertas en Paestum, todas fechadas hacia el siglo IV a. C., en comparación son mucho más provincianas. Resulta evidente que sus pintores se preocupaban por reproducir escenas religiosas o rituales que eran importantes y significativas para ellos, sin cuidarse de los últimos desarrollos en materia de estilos artísticos y no pensaron en un dibujo figurativo minucioso ni en la perspectiva. Sin embargo, como es común en el arte itálico, la falta de sutilezas no implica falta de efecto y las procesiones fúnebres y las escenas de la vida de ultratumba a menudo tienen un poder único y extraño. En una de estas obras, una procesión de plañideras avanza hacia la parte baja del fresco, mientras se muestra a la difunta en otra escena, pintada más arriba, mientras va en un bote de remos conducido por una divinidad femenina alada, representación de la Muerte, que parece una suma de Gorgona, del barquero griego Caronte y de la diosa etrusca Vanth. Muchas otras imágenes de dioses y monstruos de estas pinturas parecen muy cercanas a las de Etruria, pero los samnitas y otros pueblos meridionales de la península no compartieron, al parecer, la obsesión religiosa de los etruscos; aunque los testimonios son escasos, las pinturas no ostentan esa preocupación casi morbosa por el ritual ni el interés abrumador por interpretar los designios de los dioses, un rasgo que hizo famosos a los etruscos hasta la época de los romanos; incluso en las escenas de dolor o lamentación se advierte el elemento autorrepresivo y basto de un pueblo de origen rústico. En Ruvo, sobre la costa este de Italia, hay una tumba en uno de cuyos frisos se ve una procesión de mujeres que baila una danza fúnebre; la falta de emoción visible en esos rostros hace más emotiva la escena. En otras tumbas de Paestum, encontramos escenas de combates de gladiadores, desfiles de guerreros y pinturas de armas y armaduras, que nos recuerdan la índole belicista de los difuntos: ni siquiera los romanos osaban acusar a los samnitas de indolentes, de amantes del placer.

En términos generales, se diría que esta tribu y sus vecinos itálicos fueron dignos enemigos del poder creciente de Roma. No tenían la conciencia política de los etruscos y, sin embargo, fueron capaces de darse una organización cívica, como lo demuestran las inscripciones pompeyanas. Durante la dominación samnita, el gobierno de Pompeya estuvo en manos de una serie de magistrados locales, el principal de los cuales tenía el título de *meddix pumpaianis*; otros fueron el *kvaisstor* y el *aidilis*, quizá tomados del modelo romano del *quaestor* y del *aedilis*. Como este hecho lo sugiere, las relaciones entre romanos y samnitas fueron bastante amistosas durante la mayor parte del siglo IV a. C. Ambos

Templo de Hera II, Paestum, hacia el 460 a. C. Anteriormente se lo llamó Templo de Poseidón, pero se ha identificado como el más tardío de los dos templos de Paestum dedicados a Hera.



pueblos se vieron amenazados por un enemigo común cuando los galos atravesaron los Alpes, a fines del siglo V a. C., para saquear Roma en el 390 a. C. Los romanos estaban constantemente presionados por otras tribus latinas; a su vez, los samnitas tuvieron sus propios problemas a lo largo de una serie de guerras con la ciudad griega de Tarento. Como consecuencia de estos peligros, ambos pueblos firmaron un tratado de paz y amistad en el 354 a. C. Pero la posesión del *Ager Campanus*, las ricas tierras de labranza de Campania, que atrajo a griegos, etruscos y samnitas, en este orden, resultó ser una tentación excesiva para Roma y en los siguientes sesenta años se escalonaron una serie de duros enfrentamientos entre ambos grupos; esta situación llegó a su fin con la derrota final de los samnitas en el 290 a. C. Nuestro conocimiento de las guerras llamadas samnitas proviene, sobre todo, del relato de Livio y, por tanto, es muy favorable a los romanos; no obstante, el historiador no intenta ocultar el hecho de que los samnitas infligieron algunas derrotas aplastantes a las fuerzas enemigas. Una de ellas llegó a ser casi legendaria: en el 321 a. C. todo el ejército romano fue inducido a invadir el centro de Campania, donde quedó atrapado cerca de Benevento, en un paso de montaña llamado Horcas Caudinas; allí tuvo que rendirse y pasar bajo el yugo. Siglos más tarde, el poeta Lucano, que escribió en tiempos de Nerón, recordaría la humillación de esta victoria de los samnitas, sufrida porque las tropas romanas, habituadas a luchar en campo llano y abierto, no podían enfrentarse con un enemigo cuya tierra era la montaña. Pero a los samnitas les faltaba la capacidad de rematar sus victorias o, para ser más exactos, de continuar la conquista territorial, un impulso muy vivo en los romanos. Así fue cómo, en lugar de tomar la ofensiva, firmaron un tratado de defensa que garantizaba las fronteras existentes. Pocos años después los romanos volvían a emprender la ofensiva, anulaban el intento samnita de formar una gran coalición antirromana con los galos, umbros y etruscos y, hacia el 290 a. C., conseguían aniquilar a la oposición samnita, cuyas ciudades principales fueron ocupadas y convertidas en colonias de Roma; en el 273 a. C. se colonizó Poseidonia y se cambió su nombre por el de Paestum.

En el caso de otros pueblos conquistados, los romanos establecieron relaciones amistosas, incluso después de luchas sangrientas. Pero en esta ocasión ambas partes conservaron un recuerdo duradero y amargo de sus enfrentamientos. Al mirirlas con perspectiva, para la mayoría de los romanos las guerras samnitas representaron uno de los más duros desafíos a su misión de gobernar el mundo, tanto más perturbador porque provenía de un pueblo que, a diferencia de sus enemigos siguientes —griegos y cartagineses—, tenía mucho en común con ellos. Por su parte, doscientos años más tarde los samnitas iban a ser los jefes del último intento itálico de independizarse de Roma: en el 91 a. C., las tribus del centro y del sur peninsular se segregaron para formar su propia confederación. Establecieron su capital en Corfinium, ciudad de los Abruzzos y, sin duda con intención simbólica, cambiaron el nombre de la ciudad por el de Itálica. Allí eligieron su propio senado y sus magistrados, además de acuñar monedas con inscripciones en latín y en osco e ilustradas con la loba romana pisoteada por el toro itálico. Pero, gracias a una serie de concesiones políticas y otras tantas victorias militares, los romanos lograron dividir a los secesionistas y, hacia el 88 a. C., sólo los samnitas mantenían su oposición implacable ante el dominio romano. Seis años después (82 a. C.) los romanos los aplastaron en una batalla librada junto a las murallas mismas de la ciudad, en Porta Colina, bajo el mando de Sila quien, como era costumbre, culminó su victoria ordenando que se degollara a todos los prisioneros samnitas. Por tanto, los últimos representantes de la independencia itálica quedaron eliminados y la República romana pudo continuar su penosa transición hacia el Imperio.



Pintura de una tumba de Ruvo, en Apulia. Siglos V-IV a. C. Museo Nacional de Nápoles. Aunque muestra la influencia de los trabajos griegos y etruscos contemporáneos, esta procesión de plañideras que danzan refleja, en su simplicidad, sus orígenes itálicos.



Los apulios. Aunque sea incompleto y confuso, nuestro conocimiento de los samnitas parece un modelo de claridad y precisión cuando se lo compara con el cuadro que tenemos de las culturas autóctonas de Apulia y Calabria. En gran medida, las responsables de esta situación son las fuentes romanas, que apenas si cambian al pasar algún nombre por otro en sus referencias escritas de los habitantes prerromanos del sur distante. Por ejemplo, con respecto a Calabria, los escritores antiguos se refieren a italianos, enotrios, ausonios, opicianos y otros, sin mencionar si los distintos nombres representan pueblos distintos o son simples variantes de una sola etnia. Con todo, quizá sea injusto esperar de cualquiera de ellos una coherencia verdadera al tratar lo que, en tiempos antiguos, habrá sido una masa informe de leyenda, tradición y recuerdos apenas supervivientes. En conjunto, la única conclusión segura que se puede extraer de los testimonios literarios es que los romanos aplicaban esos términos, sin discriminación, a los pueblos que les habían precedido en Italia y cuya cultura era sin duda distinta de la griega y de la de otros forasteros. En el libro inicial de la *Eneida*, Ilioneo, lugarteniente de Eneas, muestra una incomodidad inocultable por su propia ignorancia, cuando explica a la reina cartaginesa Dido hacia dónde se dirigen los exiliados troyanos: «Existe un país al que los griegos llaman Hesperia, tierra antigua, poderosa por sus armas y por la fertilidad del suelo; los enotrios la habitaron y cuenta la fama que sus descendientes la llamaron Italia por el nombre de su jefe». El término «enotrios» aparece a menudo, en los escritores antiguos, para nombrar a distintos moradores arcaicos de Italia, pero sin mucha consistencia. Al comentar este mismo pasaje, el gramático Servio (siglo IV de nuestra era) nos ilustra adecuadamente sobre el



Arriba: Vaso daunio con dibujos geométricos y una elaborada decoración tridimensional. Siglo VI a. C. La forma fantástica y el diseño abstracto representa un rechazo deliberado de los estilos griegos contemporáneos. Museo Arqueológico de Bari.

Debajo: Frasco de doble pitorro, finales siglo V y principios del siglo IV a. C. Aunque pertenece a la misma tradición que los tempranos ejemplos de la cerámica dauniana, la más comedida decoración y el uso de motivos como la espiral indican una creciente influencia griega. Museo Arqueológico de Bari.

enfoque impreciso de los problemas arqueológicos o antropológicos en el mundo antiguo en una explicación que es toda una obra maestra de improbabilidad y conceptos confusos: «El nombre Enotria deriva de las palabras *vino ottimo* (vino excelente), que se produce en Italia, o de *Oenotrus*, rey de los sabinos, o bien de otro de este mismo nombre, el hermano de Ítalo, que vino a Italia desde Grecia junto con los pelasgos». Con testimonios como éste, nadie se sorprenderá de que los arqueólogos modernos tuvieran problemas arduos para relacionar sus descubrimientos con la tradición histórica, en especial porque el superestrato cultural griego es muy rico en Calabria y, por tanto, contribuye a que se genere una confusión mayor.

A pesar de todo, al menos en Apulia comienza a surgir un cuadro. Al norte, en torno a la actual ciudad de Foggia, estaba el territorio de los daunios; en Apulia central, cerca de la moderna Bari, se asentaban los peucetios y en el sur, los mesapios. Estos últimos también recibieron el nombre de yapigios entre los antiguos, aunque este nombre también se aplicaba a todos los moradores de Apulia —es decir, a los tres grupos nombrados—, que además recibieron el nombre de salentinos o, simplemente, apulios. En cualquier caso, se llamaran como se llamasen, estos grupos compartían una cultura básicamente similar y una lengua conectada con las de los pueblos itálicos occidentales, aunque también tuvieron rasgos individuales. Es evidente que la posición geográfica de Apulia, la comarca italiana más accesible desde oriente, determinó muchos aspectos del desarrollo de estas tribus. En la Edad del Bronce los micenos ya habían llegado a esas tierras y habían fundado un emporio comercial cerca del punto en que se alzaría la ciudad de Tarento. A comienzos de la Edad del Hierro, Apulia mantuvo contactos con Grecia y el Adriático oriental y, a fines del siglo VIII a. C., los colonos griegos llegados de Esparta fundaron la citada Tarento. Dicho sea al pasar, el motivo por el que abandonaron su patria era curioso, y pone de manifiesto algunas de las causas que estimularon la colonización griega antigua. Muy lejos de estar deseosos de expandir en el extranjero las glorias de una cultura que consideraban superior, a la manera de un Cecil Rhodes, los futuros tarentinos eran un grupo de hijos ilegítimos concebidos y nacidos en Esparta durante una guerra, cuando el ejército estaba fuera de su tierra y sólo unos pocos jóvenes quedaban allí o habían regresado de los campos de batalla. A medida que crecían, esos niños fueron encontrando intolerable su condición de bastardos y, para evitar problemas, se les pidió que dejaran su tierra y se estableciesen en otro lugar.

Por tanto, se diría que Apulia debía ser, entre todas las regiones de Italia, la más expuesta a la influencia griega y la que más fácilmente podía helenizarse pero, paradójicamente, no sucedió así. La continuidad de la cultura desde la Edad del Bronce hasta los comienzos de la del Hierro había creado un pueblo que tenía independencia cultural suficiente como para sobrevivir al impacto de las ideas foráneas y, de hecho, mantuvo esa independencia hasta la época romana. En Sicilia la decadencia de fines de la Edad del Bronce debilitó a los pueblos autóctonos y la llegada de los griegos los encontró en una situación favorable para la adopción total de un nuevo estilo de vida; por el contrario, los habitantes de Apulia estaban en condiciones de aceptar las ideas griegas a la vez que mantenían su propia identidad. No sabemos si esta circunstancia produjo algún conflicto concreto entre griegos y apulios, pero es significativo que Tarento fuera la única colonia extranjera fundada allí. Además, al menos en algunos casos, los emigrantes griegos posteriores fueron absorbidos por sus compatriotas ya establecidos en el lugar, por lo que de ningún modo impusieron su propia cultura. Un vaso de Bari, pintado al estilo local, muestra un animal lanzado a la carrera y, por debajo, una palabra escrita en griego: es probable que

se trate de una pieza hecha por un artista griego completamente influido por el estilo autóctono.

Este estilo autóctono, de tan asombrosa falta de influencia griega, apareció a fines del siglo IX a. C. y parece derivado sobre todo de la cerámica de fines de la Edad del Bronce itálica. Los vasos son grandes, con cuerpo ancho y pintados con colores brillantes. Su característica más notoria es la llamada *trozzella*, que en el dialecto de la actual Pulla significa ruedecilla; estas piezas tienen un cuerpo redondo y asas largas y estrechas decoradas con pequeños discos que parecen ruedas. Sin embargo, su rasgo más llamativo, en contraste absoluto con la cerámica griega contemporánea, es el uso de decoraciones tridimensionales, agregadas a las asas o a cualquier punto del cuerpo; a veces se trata de motivos abstractos y otras, naturalistas, pero a menudo ponen una nota grotesca que parecería relacionar a los apulios con las otras culturas itálicas de comienzos de la Edad del Hierro. Las decoraciones pintadas en su mayoría son de gran rigidez geométrica y, aunque hay algunas variantes locales entre los estilos daunio, peucetio y mesapio, todos participan de una misma personalidad. Estas vasijas no se producían sólo para uso local, sino que se exportaban a otras tribus de Italia, por ejemplo los picanos, e incluso al otro lado del Adriático, a las costas de Iliria, lo que nos hace pensar que sus fabricantes habían aprendido algo de la capacidad comercial de los griegos.

En estos últimos años, se han encontrado muchas losas de piedra incisas y pintadas, con las que se ha enriquecido nuestro conocimiento de la cultura apulia. La mayoría de esas piezas proviene de centros daunios de Apulia septentrional, sobre todo de la ciudad de Siponto. Como las estelas ligures que vimos en el capítulo 3, tienen forma de representaciones esquemáticas de figuras humanas y a menudo tienen joyas y armas, pero el detalle está mucho más elaborado que en las piezas ligures. Las ropas de las figuras que están de pie llevan complejos diseños decorativos, con frecuencia geométricos, pero también de formas humanas y animales. Al parecer estas piedras se usaron para señalar tumbas, aunque por desdicha no se encontraron en sus sitios originales, ya que las quitaron de ellos y las usaron como material de construcción; en algunas, las escenas de procesiones y caza tienen una calidad narrativa que evoca el arte sítulo del pueblo de Este y esto nos hace recordar que los apulios, los picanos y los atestinos deben haber estado sometidos a una misma y poderosa influencia, por su posición en la costa oriental, y separados geográfica y psicológicamente del resto de Italia, por los Apeninos. Hasta hoy, lo que sabemos de los apulios se limita sobre todo a sus vasos y a las losas fúnebres, pero en los últimos años se han encontrado muchos objetos de otros tipos. Las excavaciones hechas en las tumbas mesapias nos descubrieron pinturas y fibulas de bronce y los arqueólogos ya empezaron a desenterrar las ruinas de poblados de Apulia; en Gravina se descubrió un poblado peucetio y tumbas con vasos griegos. Dos importantes ciudades mesapias están en la actualidad en proceso de excavación; en la primera de ellas, Ugento, y en su puerto contiguo, además de tumbas, de un santuario dedicado a Ártemis y fechado en el siglo VI a. C., de fortificaciones y casas de períodos posteriores, se descubrió una espléndida estatua de bronce que representa a Poseidón y es de clara manufactura griega. La otra ciudad, Cavallino, remonta su origen a la Edad del Bronce y allí mismo existió un poblado entre los siglos VIII y VI a. C., cuando el influjo griego empezaba a aumentar. Estos centros y otros revelan poco a poco más información sobre los orígenes, la cultura y las relaciones con los griegos de sus moradores; aunque muchas cosas todavía continúan siendo confusas, al menos existe la esperanza de que un día nuestro conocimiento de uno de los pueblos más fascinantes de Italia antigua será más satisfactorio.

Estela de piedra de Siponto, Apulia septentrional. Siglo VII a. C. La figura humana tallada está casi oculta por la abundancia de detalles decorativos: algunos de los dibujos geométricos se asemejan a los de la cerámica contemporánea.





Derecha: Los vasos del sur de Italia a menudo están decorados, como en este caso, con escenas de la mitología griega, pero el estilo es mucho más opulento que el de las piezas áticas. Aquí el tema es la muerte de Casandra a manos de Áyax, en presencia de Apolo. Museo Británico, Londres.

Página opuesta: Cratera en forma de campana proveniente de Paestum, pintada por Asteas. Mediados del siglo IV a. C. Museos Vaticanos. Muestra una escena de una obra de *phlyax* en la que intervienen Zeus y Hermes, ambos representados con una comicidad grotesca.

Extranjeros en Italia. Aunque los griegos fueron los forasteros más influyentes de la península, no fueron los únicos. Hacia el fin del siglo VIII a. C., cuando los colonizadores griegos llegaban a Sicilia oriental, los fenicios arribaban a la parte occidental de la isla; Tucídides creía que los fenicios ya estaban establecidos en la isla a la llegada de los griegos, quienes los hicieron retroceder hacia el oeste, aunque no hay testimonios arqueológicos que lo prueben. En realidad, lo más probable es que los fenicios se dirigiesen a Sicilia alertados por la presencia de los griegos, sus competidores comerciales, y porque pensaban que una colonia fenicia sería una forma de limitar la expansión griega en la isla, en tanto ellos desarrollaban una ruta comercial hacia el oeste que los llevara desde el occidente siciliano, a través de su colonia norafricana de Cartago hasta el sur de España, donde había plata y otros recursos minerales. Durante el siglo siguiente se establecieron varios centros fenicios sobre la costa oeste siciliana o cerca de ella, incluidas Motya y Panormus, la actual Palermo, en la actualidad capital de la isla. Los griegos y los etruscos establecidos entre ambas impedirían, tal vez, que los fenicios fundaran colonias independientes en la península itálica, aunque éstos instalaron sus centros en las costas de Cerdeña y de Córcega y tal vez algunos mercaderes fenicios vivían en calidad de extranjeros en varias ciudades etruscas y griegas. Como vimos en el capítulo anterior, entre los descubrimientos recientes realizados en el centro etrusco de Pyrgi están el templo dedicado a la diosa fenicia Astarté y las famosas inscripciones en etrusco y en fenicio. Además, algunos estudiosos creen que, en el siglo VII a. C., hubo en Roma una comunidad fenicia que estaba dedicada al comercio y que adoraba a su dios Melqart en el Foro Boario. Por amplia o escasa que fuera la presencia fenicia en tierras itálicas, no hay duda de que las naves fenicias desempeñaron un papel importante en las complejas rutas comerciales que unían a griegos, etruscos y





Templo de Concordia, Agrigento. Hacia el 440 a. C. El templo, construido con piedra del lugar, es aproximadamente contemporáneo del Partenón. Su buen estado de conservación se debe al hecho de que se lo convirtió en iglesia.

cartagineses; por otra parte, las distintas alianzas establecidas entre las tres potencias más fuertes del Mediterráneo occidental condicionaron gran parte de la historia de Italia a lo largo de los siglos VI y V a. C. En general, estas alianzas se caracterizaban por el desagrado y la desconfianza mutuos y las impulsaban las condiciones del momento. Nuestro conocimiento de la literatura fenicia también es escaso para darnos una idea de los sentimientos de este pueblo hacia los griegos o los etruscos, pero en fecha tan temprana como la de la composición de la *Odisea*, los griegos ya tenían muy claras sus opiniones acerca de los fenicios, cuando Ulises describe a un mercader fenicio como «un hombre que conoce todas las trampas, siempre traga todo lo que puede: un verdadero creador de problemas». No es difícil suponer que esos sentimientos eran mutuos. Resulta irónico que fuesen los romanos los más beneficiados, a fin de cuentas: después de que las naves de los etruscos y los cartagineses derrotaran a los colonos griegos de Focea en el 540 a. C., la flota etrusca sufrió el revés catastrófico de Cumas en el 474 a. C., lo que dejó solos a los cartagineses para enfrentarse con Roma en las guerras púnicas, en las que fueron vencidos, como era de suponer.

Pero si la influencia de los fenicios en Italia fue sobre todo económica y militar, la de los griegos se proyectó en todos los campos. Desde su llegada, en el siglo VIII a. C., el ascendiente que tuvieron sobre Sicilia, Etruria, los pueblos itálicos y la propia Roma fue enorme y duradero. Los primeros colonos griegos que arribaron a Ischia iniciaron una tradición helenizante y filohelénica en Italia; al respecto y mucho tiempo después (siglo II de nuestra era), en una de sus sátiras, el poeta romano Juvenal diría a Roma: «No puedo soportar que esta ciudad se vuelva griega... estos griegos piensan con tanta rapidez, no tienen ningún escrúpulo, hablan a toda velocidad... ¿tú qué crees que es ese tipo de allí? Puede ser lo que tú quieras: gramático erudito, rétor, geómetra, pintor, entrenador de lucha, augur, equilibrista, médico, mago; estos griegos hambrientos lo saben todo. Dile a uno que vaya al cielo y saldrá volando». La retórica de la xenofobia se reconoce con claridad; sin embargo, por desagradable que resulte, revela que ni la caída de las ciudades griegas del sur de Italia y de Sicilia

en los siglos IV y III a. C., ni la conquista de Grecia, primero por Alejandro el Magno y después por Roma, evitaron la difusión de la cultura griega. No es éste el lugar adecuado para analizar en detalle esa cultura ni su efecto sobre los romanos, pero ningún cuadro de la Italia arcaica estaría completo sin una breve mirada a los colonos helenos en estas tierras.

Como hemos visto en el caso de los espartanos que fundaron Tarento, los griegos que emigraron hacia occidente para establecerse en otras tierras a menudo lo hacían impulsados por la necesidad y no por el idealismo. La sobrepoblación o las condiciones políticas desfavorables en su propia patria, la búsqueda de nuevos mercados o de lugares de abastecimiento de materias primas fueron, al parecer, las razones más comunes de la emigración. Bajo presiones de esta clase, muchos griegos se dirigieron hacia el este (Asia Menor) o hacia el sur (Egipto), pero Italia y Sicilia también ofrecían posibilidades atractivas para los primeros colonos y las ciudades que fundaron allí se convirtieron en las más ricas de todo el mundo griego. Sus templos y edificios eran imponentes y su arte, tan elaborado, a veces tiene aires ostentosos. La prosperidad que el comercio activo les llevó también les dio la reputación de ser amantes del lujo y pródigos: el nombre de una de sus ciudades mayores, Síbaris, ha llegado a nuestra lengua con un significado no muy favorable. Esta Grecia nueva y mayor a veces se compara con aquel Nuevo Mundo colonizado por quienes iban hacia el oeste, donde todo es más grande, mejor, más rico y más extravagante que en la tierra madre. Es cierto que la mezcla de admiración y envidia con que la Grecia peninsular miraba a la Italia griega tiene sus paralelos modernos, como lo tiene la forma en que la Magna Grecia atrajo, más y más, a algunas de las figuras culturales más importantes de la madre patria. Esquilo visitó Sicilia dos veces y murió en la isla en el 456 a. C.; incluso llegó a escribir una obra (hoy perdida), titulada *Las mujeres de Etna*, en honor del tirano de Siracusa Hierón I, el mismo que ayudó a los habitantes de Cumas para que derrotaran a los etruscos en el 474 a. C., y despierta bastante curiosidad la pintura que muestra a Esquilo caminando por la playa de Gela pocos años antes de que los samnitas ocupasen Pompeya. Poco tiempo después, fue Herodoto quien estuvo entre los atenienses que fundaron la colonia de Thurii, cerca de Síbaris, sobre el golfo de Tarento, ciudad en la que el historiador murió en el 420 a. C.; en el siglo siguiente Platón hizo varias visitas a Italia y Sicilia. Después de un primer viaje al oeste, en el 386 a. C. recibió una invitación para ir a Siracusa, en calidad de «experto visitante», por decirlo así, para llevar a la práctica sus teorías y convertir al nuevo soberano de Siracusa, Dionisio II, en un «rey filósofo»; la empresa fue un fracaso total, pero eso no le impidió intentarlo otra vez en el 362 a. C., con idéntico resultado. A pesar de todo esto, el filósofo siguió interesado en la política siciliana hasta la muerte de su protector Dión, asesinado en el 354 a. C.

Sin embargo, aunque siempre se daba la bienvenida a los visitantes distinguidos, el arte griego de Sicilia y del sur de Italia con frecuencia seguía su propio camino. Por ejemplo, en el campo de la cerámica, hacia fines del siglo V a. C. las ciudades griegas habían empezado a pintar sus propios vasos, en lugar de importarlos de Atenas. Las escuelas locales se desarrollaron con rapidez, primero en la comarca oriental de Lucania y alrededor de Tarento y después en Sicilia. Los acontecimientos políticos, por supuesto, propiciaron este súbito estallido de la manufactura local: por una parte, la guerra del Peloponeso dificultó, si no imposibilitó, el comercio; por otra, el ataque ateniense contra Siracusa, que terminó con la derrota griega en el 413 a. C., implicó que, si querían cerámica pintada, los sicilianos tenían que fabricársela ellos mismos. Hacia comienzos del siglo IV a. C., los artistas sicilianos habían pasado a



Arriba: Cabeza de mujer, quizá Ártemis o Afrodita. Fines del siglo IV o principios del III a. C. Museo Arqueológico de Tarento. La pieza es de mármol de Paros y, por su estilo, muy semejante al trabajo de Praxíteles, aunque algunos expertos piensan que se trata de una copia de una obra griega perdida.

Abajo: Cabeza de terracota de una diosa de Medma, sobre la costa oeste de Calabria (una colonia fundada por los locrios). Principios del siglo V a. C. Museo Nacional de Reggio Calabria. Altura: unos 25 cm. La cabeza tal vez represente a Atenea y provenga de un grupo que decoraba un templo.



Espejo de bronce decorado. Principios del siglo V a. C. Museo Nacional de Reggio Calabria.

Campania, donde establecieron sus talleres y desarrollaron otra serie de estilos.

Esos vasos del sur de Italia, de los que se encontraron más de 10.000, son mucho menos austeros que sus semejantes áticos. Quienes los pintaron han dejado una muestra de su gusto casi barroco por la ornamentación elaborada y extravagante, el uso atrevido de la perspectiva y los tamaños grandes. La temática también abarca un campo muy amplio: son comunes las escenas de tragedias, así como episodios de piezas llamadas *phlyax*, una especie de farsa que parodiaba temas heroicos, que son especialmente útiles como testimonio de la actividad teatral griega y, además, dan un cuadro amplio del gusto itálico meridional. Otros vasos representan funerales o bodas. La cerámica itálica meridional pocas veces alcanza el acabado técnico y la perfección de los vasos importados de Grecia, pero a menudo transmite algo del espíritu aventurero de sus pintores.

También atrajo a escultores y arquitectos la posibilidad de encargos de obras nuevas, estimulantes y de gran importancia. El diseño del templo griego adquirió aspectos diversos, porque debía contar con un paisaje distinto: los templos de Poseidonia y de otras ciudades surgieron de proyectos llenos de fuerza y de grandes recursos imaginativos, rasgos quizá igualados pero no superados en la propia Grecia. En Sicilia, el problema de proyectar templos que no se edificarían en sitios abiertos —como los de Sunium o de Bassae—, sino en puntos de grandes ciudades como Akragas (la actual Agrigento) generó soluciones notables. En esta ciudad, el templo de Zeus Olímpico, datado hacia fines del siglo VI a. C., suscita asombro tanto por su mole como por la novedad de su diseño: sus cimientos medían más de 51 x 108 m; la fachada se decoró con una serie de columnas dóricas pseudoperípteras (es decir, que tienen parte del fuste empotrado en un muro) de casi 1 m de diámetro; incorporado en el edificio había un conjunto de estatuas gigantescas de colosos, llamadas *telamones*, cada una de más de 7,5 m de altura. Los cartagineses saquearon Akragas en el 405 a. C., antes de que el templo estuviera acabado y después jamás se reanudaron las obras, por lo cual no conocemos totalmente las características del templo. Los hechos posteriores aumentaron los daños: en 1401 un seísmo abatió las columnas que aún se mantenían en pie y, en el siglo XVIII, muchas de las piedras se usaron para construir los muelles del cercano Porto Empedocle. Sin embargo, todavía hoy las ruinas de este edificio monumental son sobrecogedoras y, de haber sido terminado, se habría convertido en el símbolo preciso de la riqueza, la audacia intelectual y la ambición artística de la Sicilia griega.

Pero el hecho de que el templo no se terminara es, en sí mismo, simbólico. Los logros de ciudades como Tarento, Siracusa, Locri y otras se obtuvieron en un mundo que estaba muy lejos de la paz. Ya hemos visto los efectos de las tensiones continuas entre griegos, cartagineses, etruscos y otros pueblos; añadido a esto estaba la constante incapacidad griega de establecer relaciones pacíficas entre sí. Los colonos llevaron consigo las antiguas disputas de sus ciudades de origen o bien se produjeron nuevos agravios en las colonias. Tampoco eran capaces los griegos de unirse —salvo en los casos de una amenaza exterior terrible, como las guerras médicas—, un rasgo suicida que también tendría efectos en el oeste. No hubo ciudad más rica que Síbaris, fundada a fines del siglo VIII a. C., con sus tierras de labranza, su vino famoso y su legendaria extravagancia: pues bien, su vecina y rival, la Crotona griega la destruyó por completo en el 510 a. C. No contentos con la derrota de Síbaris, los crotoniats decidieron borrar hasta las trazas de la ciudad conquistada y para ello desviaron un río cercano, el Crathis, y lo sepultaron todo bajo toneladas de fango; hace muy pocos años, los arqueólogos empezaron a deshacer ese daño, causado sin misericordia y deliberadamente, e iniciaron las exploraciones en la zona de la



ciudad enterrada, un proyecto que se conoce con el nombre de «Búsqueda de Síbaris». Entre 1960 y 1965, en una serie de campañas conjuntas del Museo de la Universidad de Pensilvania y de la Fundación Lerice (de cuya investigación sobre tumbas etruscas hablamos en el capítulo 2), se utilizaron sondas electrónicas para localizar elementos sumergidos y después se desecaron sectores determinados para realizar excavaciones: uno de los edificios descubiertos era un teatro. Desde 1969, en campañas posteriores, los arqueólogos italianos exploraron otros sectores, incluido lo que parece haber sido un astillero, pero el trabajo es lento, difícil y, sobre todo, muy caro. Es una curiosa ironía histórica que la exploración de una ciudad antigua, tan famosa por su riqueza, se vea entorpecida por la actual carencia de fondos. Sin embargo, hay un consuelo: las ciudades griegas, tal como las de otros pueblos itálicos, nos brindarán nuevos descubrimientos estimulantes durante mucho, mucho tiempo.

Placa de terracota de Locri, 470-460 a. C. Museo Nacional de Reggio Calabria. Altura: unos 27 cm. Es una de las tablillas votivas halladas en Locri, dentro de hoyos de almacenamiento, a principios de este siglo. Son piezas que se relacionaban con el culto misterioso de Deméter y Core y, al parecer, muestran escenas de la vida de Core.

El arte funerario de Paestum

Con la excepción de la Tumba del Buzo (hacia el 470 a. C.), todas las tumbas pintadas de Paestum datan de la segunda mitad del siglo IV a. C., época de la dominación itálica en la ciudad. Son de estilo poco sutil e incluso basto, pero aun así nos dan una visión de gran valor del mundo de sus creadores, no por la información sobre la vida cotidiana, sino sobre la actitud itálica ante la muerte. Se debe admitir que el cuadro general no es muy reconfortante: las escenas de dolor se alternan con luchas violentas y sanguinarias entre hombres y entre animales, en un clima melancólico y sombrío. Sin embargo, la simplicidad misma del estilo produce un aire de dignidad solemne y de autocontrol.



1

1 En esta escena de pugilato, de unos juegos fúnebres, la brecha entre estas pinturas y el arte griego contemporáneo se hace evidente. Se advierte cierto intento de volcar la anatomía de las dos figuras, pero el escorzo no siempre es afortunado y no hay mucho sentido del movimiento.

2 En la escena superior, la difunta está a punto de subir al bote que la llevará al más allá. Su barquero, la versión local del Caronte griego y del Charun etrusco, se vuelve hacia el observador con una sonrisa feroz, heredada de las cabezas de Gorgona del arte griego y etrusco antiguos. Debajo, un sacrificio propiciatorio y ofrendas.

3 *Prothesis* o exposición, segunda mitad del siglo IV a. C. La difunta está tendida sobre las andas funerarias, mientras dos amigas hacen los gestos de dolor y lamentación típicos de la cultura mediterránea de entonces: se arrancan el pelo y se golpean los pechos.

4 Dos soldados de infantería samnitas; uno de ellos lleva un estandarte. Los yelmos muy trabajados sugieren que la escena representada es una procesión ceremonial y no un combate verdadero. Esta pintura proviene de un descubrimiento bastante antiguo y hoy se conserva en el Museo Arqueológico de Nápoles.

5 Jinete que acompaña una procesión fúnebre, o bien el difunto en su viaje hacia el otro mundo. Su cabeza gacha y la mano derecha apoyada, a su espalda, sobre el lomo del caballo crean un aura de fatiga que tal vez apoye la segunda identificación.



2



3



4



5

6 Diagrama de la disposición de los bloques pintados que revisten la Tumba del Buzo. Los cuatro bloques verticales forman las paredes de la tumba y están casi totalmente enterrados; la escena que muestra al joven que se zambulle está pintada en la cara interna del bloque que sirve de cierre. Según Pallottino.

7 Escena de banquete de la Tumba del Buzo. A la derecha, un joven hace un gesto para resistirse a los avances amorosos de un compañero mayor, mientras que en el extremo izquierdo otro joven mira fija y pensativamente hacia delante. Los comensales del centro, al parecer, juegan al *kóttabos*, juego inventado en Sicilia y adoptado por los

griegos, que, se dice, consistía en echar gotas de vino a un punto predeterminado, aunque uno de los jugadores se muestra más interesado por la escena que se desarrolla a su izquierda.

8 Episodio de la Tumba del Buzo. La figura vestida de blanco puede ser un recién llegado al banquete que se representa en la otra pared, aunque para algunos expertos es el difunto que avanza, escoltado, hacia el otro mundo.

9 Carro de carreras, las que constituían parte de los juegos fúnebres. La costumbre de incluir estas actividades en los rituales funerarios ya se practicaba en tiempos

homéricos. El estilo de este ejemplo no es muy cuidado pero sí muy vivaz.

10 Escena de caza. Los perros que muerden al venado parecen inspirados en las pinturas griegas de la muerte de Acteón. Aunque no tenga perspectiva, el episodio tiene vigor y mucho movimiento.

11 Dos grifos atacan a una pantera. La agresión de las bestias mitológicas contra una criatura del mundo real tiene su paralelo en los frescos de la Tumba François de Vulci. Si no pretendía expresar el desasosiego que le inspiraba al pintor la otra vida, el sentido de la pintura puede ser apotropaico (protector, para mantener alejados a los malos espíritus).



6



8



7



9



10



11

Capítulo sexto: El legado romano

El impacto de Roma en el desarrollo de nuestra civilización ha sido inmenso y de largo alcance. En la lengua, las leyes, la política, la religión y muchos otros aspectos, el legado romano aún condiciona nuestra vida cotidiana. Por ejemplo, gran parte de Europa occidental todavía usa una red de caminos que se basa en la que proyectaron y construyeron los romanos. Parte de esta influencia se debe a la inventiva y a la naturaleza industriosa del carácter romano mismo pero, a la vez, a medida que la expansión del poder romano originó la difusión de la cultura de este pueblo, permitió que se esparcieran las ideas de otros pueblos en las que la cultura romana se había inspirado. Así es como a través de Roma, los estilos artísticos y literarios griegos alcanzaron su mayor divulgación y se incorporaron en la tradición occidental; asimismo, la rapidez de la extensión del cristianismo data de la época en que el Imperio romano lo adoptó como religión oficial.

Los citados son, quizá, los dos casos más significativos de ideas que, sin ser suyas, Roma nos transmitió; sin embargo, también en otros campos ese legado abarca elementos que los romanos, en ocasiones inconscientemente, a su vez habían recibido de otros. El papel desempeñado por los pueblos itálicos autóctonos en el desarrollo de la cultura romana es mucho menos evidente y espectacular que el que tuvieron los griegos, pero casi todos los grupos que hemos visto en este libro hicieron una contribución, a menudo involuntaria, al crecimiento de Roma y, por tanto, sus culturas están presentes en la formación de nuestro propio mundo. Ya hemos visto que los romanos, en una etapa tardía de su desarrollo, tuvieron contacto con los samnitas, los etruscos y otros grupos, pero las influencias tienen raíces muy profundas y, para establecer los efectos de estos pueblos sobre los romanos, debemos retroceder hasta las etapas más antiguas de la cultura romana y hasta la fundación de la ciudad.

La fundación de Roma. A fines del siglo VIII a. C., Italia vivía un período de gran actividad. Los griegos se habían asentado en el sur y en Sicilia. Los etruscos suplantaron gradualmente a la cultura villanovense de Italia central, aunque por el norte no avanzaron más allá de Bolonia, el gran centro de ese grupo, que aún estaba en la cumbre de su prosperidad. Por oriente, el pueblo de Este y los apulios ya habían empezado a desarrollar sus propios estilos peculiares, mientras en Cerdeña los nativos reconstruían las viejas nuragas y edificaban otras nuevas, tal vez como respuesta a la presencia creciente de los fenicios en el Mediterráneo occidental. Entre tanto, en el Lacio y en las montañas que lo rodean por el este, las tribus latinas e itálicas establecían sus propios centros poblados independientes. El carácter impredecible de la historia y del comportamiento humano determinaría que, de todo este fermento cultural, surgiese una pequeña aldea latina: la misma que, a lo largo de los siglos siguientes, obtendría el control no sólo de la península itálica y de sus pueblos, sino también de la mayor parte del mundo conocido; en tal proceso, ese villorrio iba a dejar su impronta en el desarrollo futuro de la civilización occidental. Los habitantes de Roma en sus tiempos de primacía vieron el crecimiento de su ciudad como algo inevitable, una prueba del favor de los dioses y del carácter único de sus ciudadanos. Aun cuando, gracias a la perspectiva histórica, podemos sumar a esos factores los



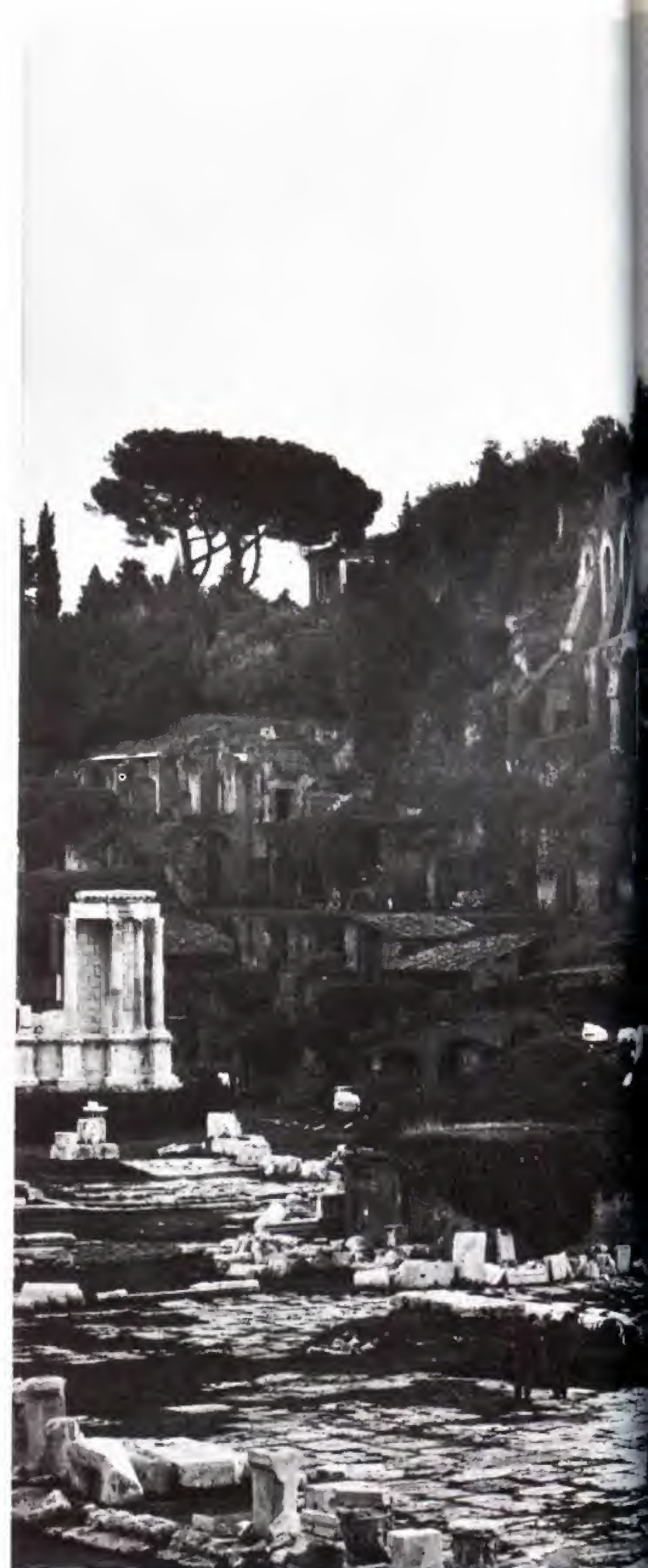
adicionales de la ocasión, la buena suerte, los errores y la incapacidad de cálculo de sus adversarios, en especial su incapacidad fatídica de unirse contra el enemigo común, las realizaciones de los romanos siguen siendo de un peso enorme. Los descubrimientos arqueológicos modernos le han dado mayor peso aún al descubrir los orígenes humildes y los primeros desarrollos inseguros de la futura dominadora del mundo: la idea grandiosa que tuvieron los romanos de la época monárquica antigua de su ciudad dejó paso a la pintura mucho más modesta de la Roma arcaica, lo que da más esplendor aún a su posterior ascenso al poder.

Sin embargo, en el campo de la historia antigua de Roma, como en tantos otros ámbitos tratados en este libro, la controversia erudita es áspera y la cantidad creciente de testimonios arqueológicos, producidos por las recientes excavaciones, es objeto de diversas interpretaciones. La dificultad constante ha sido la de relacionar los hallazgos arqueológicos con la tradición literaria que los romanos mismos nos dejaron. En el caso de los apulios, e incluso en el de los etruscos, debemos apoyarnos sólo en el testimonio arqueológico, sin historia escrita que nos auxilie. En cambio, en el de la Roma antigua, existe una

Lararium, o altar de los Lares, los dioses protectores del hogar; dos de ellos sostienen una cornucopia, símbolo de la abundancia. Esta pieza proviene de la Casa de los Vettii, Pompeya.



confusión de elementos ricos en los relatos detallados que nos dejaron los historiadores romanos de la época final, quienes nos hablan de acontecimientos que, en su mayor parte, se produjeron unos 500 años antes de su tiempo. Resulta lamentable que la minuciosidad misma de sus narraciones a menudo las haga sospechosas: la precisión de sus fuentes—si utilizaron alguna y cuando lo hacían—es incierta y los paralelismos entre los hechos de la historia romana y de la griega suscitan sospechas. (Por ejemplo, llama la atención que, en el relato de Livio sobre la forma en que los romanos conquistaron Veii, el asedio durara exactamente el mismo tiempo que el sitio de Troya.) Por tanto, es necesario examinar y valorar con cuidado todos los testimonios literarios, lo que por supuesto no significa que todas las pruebas arqueológicas o sus interpretaciones sean siempre claras como el agua clara. Gran parte de ese material está reunido en seis volúmenes bajo el título general de *Early Rome*, obra escrita por el gran arqueólogo sueco Einar Gjerstad, pero no se puede decir que sus conclusiones hayan tenido una aceptación universal. Por ejemplo, un problema muy espinoso es el de fechar la aparición de una comunidad individualizada en el lugar de la futura ciudad, hecho que Gjerstad sitúa en torno al 800 a. C. Una opinión más controvertida es la de H. Müller-Karpe, quien cree que la ciudad nació en el siglo X a. C. y que estuvo bajo la influencia del Mediterráneo oriental. En términos generales, se diría que es bastante posible que, aunque sobre la historia arcaica de la ciudad y la etapa etrusca siguiente sabemos mucho más de lo que sabían los romanos mismos, y aun cuando la sucesión general de los acontecimientos se vuelve cada día más clara, gran parte de la cronología sigue siendo incierta. Es cierto y lamentable que las





Arriba: El Foro Romano; a la derecha, las tres columnas conservadas del Templo de Cástor y Pólux; a la izquierda, el pequeño Templo de Vesta, parcialmente reconstruido.

Arriba, izquierda: Plano de la ciudad de Roma en el período republicano.

Izquierda: Cimientos de cabañas circulares de los antiguos habitantes del Palatino, datadas en torno al 900 a. C. y la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro. Sugieren una comunidad pastoril sencilla, cuyos rebaños pacerían, quizá, en las faldas del Palatino; tal vez enterrarán a sus muertos en los alrededores del valle cenagoso que se extendía al pie de la colina. Sin embargo, las tumbas arcaicas probablemente estaban en el Palatino mismo, donde se ha excavado una muy antigua.

narraciones simplificadas acerca de aquellos tiempos, como la que se esboza a continuación, corren el peligro de ocultar muchas de las dificultades que perduran y son peligrosamente engañosas: el lector está advertido.

Los hallazgos recientes de la cerámica de estilo apenino demostraron que es probable que sobre el Capitolio o cerca de él existiese una aldea ya a mediados de la Edad de Bronce y puede que Roma haya estado habitada a fines del neolítico, pero no existe el testimonio concreto de una ocupación continuada y los primeros centros de principios de la Edad de Hierro indican, al parecer, un comienzo nuevo. Como las otras tribus de latinos en el resto del Lacio, los primeros romanos habrán sido labriegos y pastores y los simples grupos de cabañas levantadas en las colinas que tan famosas serían en días posteriores —el Palatino, el Esquilino y las demás— no muestran una diferencia sustancial respecto de los de otros pueblos vecinos del sur y del este. En algunos sentidos, es verdad, los propios centros romanos muestran ciertas variaciones internas: los habitantes del Palatino cremaban a sus muertos, mientras que los demás prefirieron la inhumación y existe cierta variedad de estilos de cerámica. Pero aunque esto sugiere, quizá, que los primeros moradores provenían de dos o más grupos distintos de latinos, esos grupos mantenían una relación estrecha por sus orígenes y su cultura, tanto entre sí como con sus vecinos.

¿Por qué eligieron esos labriegos arcaicos aquel lugar para construir sus cabañas? Los escritores romanos posteriores tuvieron pronta una respuesta: «Los dioses y los hombres tenían buenas razones para elegir éste como el sitio para fundar una ciudad: terreno montañoso saludable, un río adecuado para traer abastecimientos de tierra adentro y para importar bienes por mar, un lugar lo bastante cerca del mar como para facilitar el comercio pero no demasiado cercano como para estar expuesto al ataque de flotas extranjeras, en el centro mismo de Italia. Ese emplazamiento reunía condiciones únicas para alimentar el crecimiento de la ciudad». La pintura optimista que del clima saludable de Roma hacía Livio es posible que no sea compartida por quienes han pasado el calor agobiante de un verano en Roma; tampoco la compartían muchos de sus contemporáneos de la época de Augusto, cuando los más ricos abandonaban la ciudad en cuanto podían, rumbo a villas de las montañas o incluso hasta mucho más al sur, hasta el golfo de Nápoles. Además, la conveniencia del Tíber está muy limitada, porque en su desembocadura siempre se acumuló el fango, lo que dificultaba el acceso al mar y, de otra parte, no es fácilmente navegable hacia tierra adentro. La posición geográfica de Roma impidió, también, dotarla de un puerto adecuado: los últimos emperadores romanos gastaron gran cantidad de tiempo, energías y dinero para construir las instalaciones de un puerto artificial y aun en nuestros días, aunque Roma está a menos de 50 km del mar, los que viajan por mar a Italia desembarcan en Nápoles o en Génova. En realidad, el golfo de Nápoles habría sido el sitio ideal, en muchos sentidos, para el nacimiento de una gran potencia mediterránea, con muchas ventajas que no favorecían al emplazamiento de Roma, cosa que comprenderían tanto griegos como etruscos y samnitas. Al sobrestimar la sabiduría de sus antepasados remotos, los romanos de los tiempos de Livio subestimaron sus propias realizaciones.

El sitio en que se alzó Roma era, en realidad, mucho más adecuado para una comunidad pastoril que para una futura potencia imperial. Los primeros habitantes construyeron sus chozas en las cumbres de las colinas que rodean el valle del Tíber y destinaron las tierras circundantes al pastoreo. A medida que crecían las aldeas, las faldas de las colinas, donde en tiempos antiguos se hicieron los enterramientos, comenzaron a poblarse y, hacia fines del siglo VII a. C., se desaguó y ocupó el amplio espacio abierto tendido al pie del Capitolio y del Palatino, lo que más tarde sería el Foro Romano. Durante este último período,



Estatua de Heracles, de terracota. Se reconoce al héroe por la piel de león anudada sobre el pecho. Data de fines del siglo VI a. C. Estaba en un santuario cercano a la iglesia de Sant'Omobono, donde otros santuarios se construyeron en el siglo VII y a comienzos del VI a. C. El edificio del que proviene esta obra fue destruido pocos años después de su construcción, quizá cuando se produjo la expulsión de los reyes etruscos, hacia el 510 a. C.

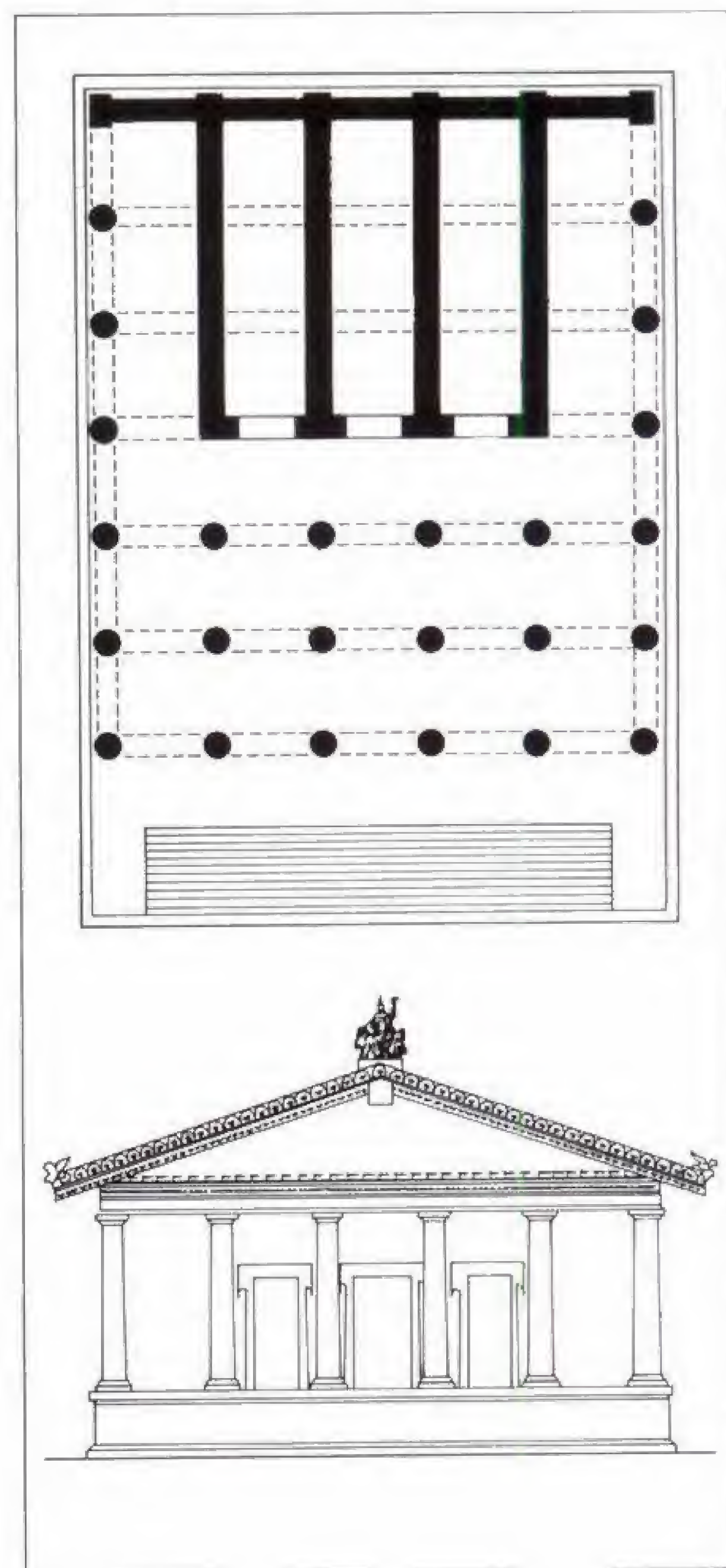
las simples comunidades aldeanas por primera vez establecieron ciertos contactos con el mundo circundante e importaron cerámica y objetos de metal de las cercanas ciudades etruscas de Veii y Cerveteri.

Hasta la llegada de los etruscos, pues, Roma fue sólo una más de las aldeas latinas e itálicas; quizá creciera más rápidamente pero siempre dentro de la tradición cultural latina. En el ámbito religioso, vemos una prueba de este hecho en la adoración del dios Marte, que no sólo era el padre divino de Rómulo, a quien la tradición señalaba como fundador de la ciudad, sino también la figura central de muchos de los ritos más sagrados, a lo largo de toda la historia romana. Aun cuando tardíamente se subyera uno de sus atributos y su asociación con el dios griego Ares significó que Marte pasara a ser considerado en general como dios de la guerra, en los orígenes también estuvo asociado con la fertilidad y la labranza. Por su carácter de dios de la fertilidad, se aplicó su nombre al primer mes de la primavera, marzo, que también era el primer mes del año romano. En la ceremonia anual de los *ambarvalia*, en la que se consagraban los campos, se suplicaba la protección de Marte y uno de los himnos latinos más antiguos invoca a este dios. Se trata del famoso canto de los Hermanos Arvales, una sociedad religiosa fundada, según se decía, por el propio Rómulo; algunas versiones de ese himno se conservaron incisas en unas tablillas de mármol, descubiertas mucho tiempo después en el lugar en que se reunían, en las afueras de Roma. Las inscripciones datan de un período muy posterior (14-241 de nuestra era), e incluyen un canto ritual cuyo original se remonta a la época más antigua de la historia romana. Aún se discute el significado de la invocación, que dice, aproximadamente: «Ayudadnos, Lares, y tú, Marte, no permitas que haya más destrucción; date por satisfecho, fiero Marte, transpón el umbral y quédate allí; llama a todos los espíritus de la siembra; ayúdanos, Marte, ¡danza!». Al insistir en los dos atributos de Marte, dios de la guerra y de la fertilidad, los antiguos romanos seguían las tradiciones religiosas de sus hermanos latinos e itálicos; las Tablas Eugubinas demuestran que Marte también fue una divinidad importante para los umbros, en tanto que sabinos y oscos lo adoraban con el nombre de Mamers. En una etapa posterior, mientras su horizonte se expandía, los romanos prefirieron verse relacionados con la corriente principal de la tradición mediterránea del este, antes que con la itálica, y su religión se desarrolló de acuerdo con ello. Pero aunque en el proceso compusieron una nueva versión sobre sus orígenes —por la que conectaban la fundación de Roma con el relato de la caída de Troya y de las peregrinaciones de Eneas—, aquella arcaica asociación con las ceremonias rústicas, que evoca el canto de los Hermanos Arvales, seguía profundamente arraigada. Hasta nada menos que el siglo V de nuestra era, el aniversario de Roma se celebraba anualmente el 21 de abril, el día del festival de Palilia, en el que vaqueros y pastores purificaban sus tierras y animales para el año recién iniciado con la sangre de un caballo sacrificado en honor de Marte el mes de octubre anterior, y toda la población de Roma y de la campiña cercana terminaba el día con una fiesta al aire libre. Como veremos, muchas de estas creencias antiguas sobrevivieron tras la introducción de las ideas mucho más elaboradas que aportaron los etruscos y otros pueblos.

Roma etrusca. Roma no tardaría en caer bajo el dominio político y cultural de los etruscos; sin embargo, es importante comprender que sus orígenes son itálicos, porque este hecho desempeñó un papel importante, si bien secundario en ciertas ocasiones, en su desarrollo. Aunque resulte paradójico, la llegada de los etruscos señaló el primer avance en el progreso de la ciudad. Las fechas del período etrusco son controvertidas: nuestras fuentes romanas declaran, con precisión característica, que la dominación etrusca se extendió desde el gobierno

de Tarquinio Prisco, iniciado en el 616 a. C., hasta la expulsión de los etruscos en el 510 a. C. y la mayoría de los arqueólogos aceptarían esto. Sin embargo, otros, incluido Gjerstad mismo, consideran que los etruscos llegaron en la segunda mitad del siglo VI a. C. y permanecieron en Roma hasta alrededor del 450 a. C. Es verdad que a lo largo de la primera parte del siglo V a. C. existen testimonios de influencia etrusca continuada en Roma, lo que no concuerda del todo con el relato tradicional de la expulsión del rey etrusco Lucio Tarquinio el Soberbio en el 510 a. C. y la posterior instauración de la República romana. No obstante, como argumentan otros, incluso con su nueva independencia política, los romanos siguieron dentro de un mundo en el que los etruscos constituían aún una fuerza importante y, por tanto, no es sorprendente que la cultura de este pueblo haya continuado ejerciendo su influencia. Durante el período real, quizá un soberano que no provenía de Etruria haya sido rey, sin que se debilitara la incidencia de la cultura etrusca. El sucesor de Tarquinio Prisco, primer rey etrusco de Roma, fue Servio Tulio quien, de acuerdo con una tradición romana aceptada por la mayoría de los estudiosos, era latino de nacimiento. El relato que explica su acceso al trono no es muy convincente, porque suma una concepción divina (la madre de Servio quedó embarazada de una llama) y una explicación etimológica de típica índole dudosa: el nombre del rey se relacionó con el hecho de que su madre fuera capturada por los etruscos que asediaban Corniculum, su ciudad natal, y convertida por ellos en esclava, es decir, *serva*. Pero aunque el primer etruscólogo, el emperador Claudio, tiempo después trató de identificar a Servio con un aventurero etrusco llamado Macstarna (una palabra latina relacionada con la voz *magister*), la creencia tradicional en sus orígenes latinos tal vez estaba justificada y demostraría que la influencia etrusca pudo continuar incluso bajo el poder de un rey latino. En cualquier caso, está claro que, durante alrededor de un siglo, los etruscos conservaron su importancia en Roma y que los inmensos cambios que produjeron en ella dejaron una marca permanente tanto en la ciudad como en sus habitantes.

Tal vez lo más preciso sea decir que la ciudad de Roma, bajo el poder etrusco, más que crecer llegó a ser, ya que es difícil asimilar con una ciudad los arcaicos grupos de cabañas de paja y barro esparcidos por las colinas. Toda la superficie del Foro romano se desaguó gracias a la especializada tecnología etrusca y esto permitió que ese punto se convirtiera en el centro de la nueva ciudad. Las tumbas y chozas de tiempos antiguos se sellaron y derruyeron y aquel espacio se pavimentó con piedras; se construyeron casas rectangulares con techos de tejas y las paredes de ladrillos de barro se revistieron de estuco. Se edificaron templos y santuarios, el más famoso de los cuales fue el templo dedicado a Júpiter Óptimo Máximo sobre el Capitolio, una construcción de esplendor imponente que, según narra la tradición, se inició en tiempos de Tarquinio Prisco, el primer rey etrusco de Roma, y quedó casi terminado durante el reinado de Tarquinio el Soberbio, último soberano etrusco, para ser dedicado por primera vez, finalmente, en el primer año de la República. Es evidente que para el amor propio de los romanos era importante que el mayor de sus templos no se hubiera inaugurado durante el dominio extranjero, pero todos los rasgos de ese edificio fueron de inspiración etrusca: la división de la cámara de culto en tres partes es característica de la arquitectura religiosa de Etruria y se contrató al famoso escultor Vulca, instalado en la ciudad de Veii, para que hiciera la estatua de Júpiter que se colocó en la *cella* central. Las restauraciones y reconstrucciones posteriores del templo conservaron poco de la estructura original, pero el descubrimiento de grandes cantidades de decoraciones de terracota, en el curso de excavaciones hechas pocos años atrás en los alrededores de la iglesia de Sant'Omobono en la zona del Foro Boario —probablemente se



Planta y reconstrucción del Templo de Júpiter Capitolino; según la tradición, Tarquinio Prisco empezó a construirlo y se dedicó poco después de la instauración de la República romana, en el 509 a. C. En esta reconstrucción, el templo mide 51×74 m y el diámetro de sus columnas es de 2 m. El edificio fue destruido y restaurado varias veces a lo largo de la historia romana.

trata de dos templos apenas más tardíos, los de Fortuna y de Mater Matuta—, contribuyó a la reconstrucción del templo capitolino. En riqueza y dimensiones, el templo de Júpiter se podía comparar con cualquier edificio de Etruria e incluso con los templos griegos contemporáneos. De otra parte, la construcción de una estructura tan elaborada en Roma permite medir los efectos de la ocupación etrusca.

A la vez que ilustra las nuevas habilidades arquitectónicas y de decoración que se habían importado a Roma, este templo señala una etapa nueva en el desarrollo del pensamiento de los romanos: la que los introdujo en la corriente principal de la cultura mediterránea. En el período etrusco, por lo que sabemos, los poderes religiosos venerados en Roma eran las fuerzas de la naturaleza y también dioses concebidos como individualidades, que en pocas o ninguna ocasión se representaban bajo la forma de imágenes. En la religión itálica antigua, cuando había una imagen de la divinidad por lo común se trataba de un objeto y no de una forma humana; por ejemplo, una espada representaba a Marte y el fuego a Vesta, la diosa del hogar, del que el fuego continuaría siendo símbolo en las épocas siguientes. Todo el complejo aparato de la tradición griega, con sus dioses del Olimpo, sus vidas, amores e injerencias personales en los asuntos de los hombres —todo ello enfocado en términos antropomórficos—, no tiene un equivalente en la religión itálica arcaica. Con la llegada de los etruscos, se introdujo en Roma, filtrada a través de la sensibilidad de estos forasteros, la tradición del Mediterráneo oriental que imaginaba y pintaba, literalmente, a los dioses como seres humanos individuales. Por tanto, la imagen de Júpiter esculpida por Vulca representaba, también literalmente, una forma nueva de mirar a un dios y, a la vez, en lugar de la figura rústica de la fertilidad que tenía Marte, instauraba como centro focal de la religión romana una versión del Zeus griego, un símbolo paternal del poder supremo. Este derrocamiento estuvo acompañado por un proceso en el cual Marte y los demás dioses latinos tradicionales empezaron a confundirse con las divinidades etruscas y griegas y a ser representados de igual modo. El significado de este cambio y sus efectos sobre la religión romana fueron enormes: a lo largo de los siglos siguientes, las antiguas deidades latinas, al principio a través de intermediarios etruscos, se identificaron más y más con los dioses griegos, a menudo con la pérdida de sus atributos originales bajo el nombre y la forma nuevos. A fines del siglo III a. C., cuando Roma estrechó el contacto con las ideas griegas, el grado de asimilación se hizo cada vez más marcado y el proceso de helenización es evidente, sobre todo, en el arte romano, para el que los siglos III y II a. C. significan arte llevado a Roma y producido en ella. Sin duda era sencillo crear figuras de rasgos humanos visibles, e identificarse con ellas; por ejemplo, Venus sería el modelo de belleza femenina sensual o se representaría a Vulcano como un hombre cojo pero fornido. Esto era más fácil que producir obras de arte utilizando el fuego o una espada como tema, y es difícil imaginarse que los romanos de fines de la República y comienzos del Imperio podrían haber adoptado los estilos y técnicas de los griegos sin adoptar sus temas y su iconografía.

Pero la tradición itálica de fe en conceptos abstractos relacionados con una etapa más simple de la vida no quedó abandonada y la literatura de Roma demuestra que la gente seguía venerando a divinidades que, aunque casi nunca aparecían en obras de arte públicas, estaban muy cerca del corazón de los ciudadanos comunes. Cada casa romana estaba protegida por sus propios Lares, o dioses del hogar, cuyas imágenes se colocaban en un pequeño altar o, a veces, en una pequeña habitación a la que se llamaba *Lararium*. Es probable que esta costumbre estuviera relacionada con el culto etrusco de Laran o Lalan, pero también podría tener un origen itálico y, como hemos visto, en el himno de los Hermanos Arvales hay una invocación a los Lares de la ciudad. Otros espíritus



Arriba: La introducción de los juegos en Roma se atribuye tradicionalmente a los etruscos, que a menudo representaron escenas de competiciones deportivas en las pinturas de sus tumbas. Aquí se reproduce una escena pintada en la Tumba del mono de Chiusi.



Arriba: En tiempos del Imperio, el gusto de los romanos por la violencia se satisfacía con espectáculos gladiatorios del tipo que representa este famoso mosaico, hoy conservado en Villa Borghese, Roma. Podemos ver las luchas entre hombres o entre hombres y animales. Esta pieza data de mediados del siglo III de nuestra era.

guardianes también velaban sobre el hogar: Cárdina, la diosa de los goznes; Limentino, el dios del umbral, y Fórculo, el dios de la puerta. Los labriegos adoraban a otras fuerzas: Epona era la diosa protectora de caballos y asnos y Bubona se ocupaba del ganado. En algunos casos la concepción que los romanos tenían de estos espíritus era tan vaga que podían adoptar forma femenina o masculina: por ejemplo, la divinidad que evitaba el tizón o mildiu se conocía como el dios *Robigus* o la diosa *Robigo*, cuyo festival de los Robigalia tenía su celebración anual el 25 de abril.

Estas ingenuas fuerzas irracionales están a gran distancia de la tradición griega de características humanas reconocibles racionalizadas bajo una forma divina; aquellas deidades no satisfacen ninguna exigencia intelectual y carecen por completo del refinamiento de los dioses griegos, cuyo comportamiento complejo brinda un comentario sobre la existencia humana, ya que no una explicación de ella. Pero no hay duda de que muchos romanos se tomaban en serio a aquellas potencias: el culto a ellas dedicado continuó hasta muy avanzada la etapa imperial y, en algunos casos, llegó a sobrevivir a la introducción del cristianismo como religión oficial, en el 324 de nuestra era. A menudo se ha dicho que la religión romana oficial tenía poco que ofrecer a sus ciudadanos en materia de consuelo espiritual o de respuestas a los problemas de la existencia; es probable que esto fuera así para los romanos cuyos intereses intelectuales o filosóficos, demasiado sutiles, no les dejaban obtener un alivio espiritual de dioses tan elementales; nos resulta difícil imaginar que Marco Aurelio, por ejemplo, desplegara algún entusiasmo por el dios del mildiu. A lo largo de su historia, los romanos mostraron una receptividad sorprendente ante ideas y religiones nuevas; por tanto, su muy escasa complacencia respecto a sus divinidades autóctonas es una explicación posible de su tolerancia —en realidad, entusiasmo— ante una gran variedad de cultos extranjeros, atrayentes todos ellos porque, además de sus rituales refinados, ofrecían la promesa de la felicidad en una vida futura. Pero aparte de los hombres de estado y de los pensadores, las

A	A
B	B
C	C
D	D
E	E
V	V
Z	Z
H	H
Th	Th
I	I
K	K
L	L
M	M
N	N
(S)	(S)
O	O
P	P
Š	Š
Q	Q
R	R
S	S
T	T
U	U
Š	Š
(Ph)	(Ph)
(Ch)	(Ch)

Alfabeto etrusco, con una transcripción de los valores fonéticos de las letras.

creencias antiguas conservaban su poder y los dioses personalizados, introducidos por los etruscos, en lugar de suplantarlos llegaron a representar un nivel de fe adicional que, tal vez, fuera estéticamente más fascinante, pero menos atractiva para el temperamento itálico.

Mientras tanto, además de una nueva manera de considerar a los dioses, los etruscos llevaban a Roma otras costumbres nuevas. Existía en Etruria la tradición de celebrar juegos, testimoniada en muchas pinturas sepulcrales, y a Roma la llevaron los reyes etruscos, de quienes se dijo que fueron los primeros en construir asientos de madera para los espectadores de los acontecimientos deportivos. Aunque el deporte de las carreras de carros se convertiría en uno de los pasatiempos romanos típicos y siglos después se llevó a Constantinopla —la Nueva Roma oriental de Constantino—, sus orígenes en la península itálica están, casi con certeza, en Etruria, pues el Circo romano tenía, como el etrusco, sus *metae*, metas, situadas en cada extremo de la pista para marcar el punto en que se giraba, y una *spina* central. Tal vez, al igual que los emperadores romanos posteriores, los reyes etruscos vieron en los juegos una forma de apartar al pueblo de los asuntos desagradables y de adquirir popularidad.

No obstante, el dominio etrusco tiene que haber ampliado, sobre todo, la forma en que los romanos se veían a sí mismos y al mundo que los rodeaba. De simples aldeanos que vivían en comunidades gobernadas por jefes tribales, pasaron a ser partícipes de una vasta unidad cultural con conexiones en toda Italia y fuera de ella. Las carreteras y los edificios nuevos, el nivel tecnológico superior de los etruscos, representado en obras como el drenaje del Foro, las ideas e imágenes provenientes del exterior e introducidas a través de las obras de arte griegas y fenicias que se importaban, todo esto, reveló posibilidades que los primeros romanos ni siquiera soñaron. Con la guía de los etruscos, se desarrollaron nuevas artesanías y se establecieron, entre otros, los gremios de artesanos del bronce, orfebres, carpinteros, tintoreros y ceramistas. Los símbolos de autoridad etruscos, el trono del magistrado y las *fascēs* (un haz de varas que rodean un hacha, por el que se representaba el poder de castigar o de ejecutar), se adoptaron tiempo después como insignia de Roma; incluso la toga romana es de origen etrusco. Otra contribución de Etruria, vital para el desarrollo de la civilización romana, fue la introducción del alfabeto: los caracteres con que está impreso este libro fueron tomados por los etruscos del alfabeto griego y, tras una modificación, llevados a Roma, que nos los dejó en herencia. Casi tan importante como esto, a la vista de la historia romana posterior, fue que los etruscos adoptaran las armas y las formas de batallar desarrolladas por los griegos y las dieran a conocer entre los romanos. El uso de un escudo redondo, de una armadura metálica para proteger el cuerpo y de una espada punzante en lugar de un arma arrojadiza era característico de un tipo de infantería griega, la de los hoplitas; hacia el siglo VI estos mismos pertrechos se hicieron corrientes en Etruria; un siglo más tarde, la formación cerrada de tropas equipadas con esos elementos dio a Roma una ventaja evidente en las guerras contra las tribus itálicas vecinas, libradas tras la expulsión de los etruscos.

Si se considera el largo alcance de los efectos de todas estas influencias, es sorprendente que Roma lograra conservar su propia identidad y surgir del contacto con la cultura etrusca más fuerte, cambiada pero todavía independiente. Un síntoma de la capacidad romana de mantener su individualidad cultural es el hecho de que, a lo largo del período etrusco, tanto el latín como el etrusco se hablaran y escribiesen en Roma y, no obstante, pocas palabras etruscas se incorporaran al vocabulario latino. Como los picenos, los umbros y otras tribus itálicas, los romanos consiguieron absorber técnicas nuevas y rasgos superficiales de las culturas foráneas, muchos más de los que tenían antes, a la vez que conservaban su carácter propio. Lo que los diferenciaba de sus vecinos era no



Arriba: Bronce de un guerrero etrusco. Museo Británico. La armadura es igual a la que llevaban los hoplitas griegos.

Figura superior: Mosaico proveniente de la villa de Piazza Armerina, Sicilia, principios del siglo IV de nuestra era. Estas «chicas en bikini» de fines del Imperio romano parecen muy apartadas del espíritu bélico del soldado casi un milenio anterior a ellas. Sin embargo, representan las etapas finales de la misma tradición.

sólo su deseo de mejorar su modo de vida, sino también los medios de imponer su control a los demás. Cuando ya todo está dicho y ya todo ha pasado, no hay más explicación satisfactoria de la causa por la que los romanos, a diferencia de otros grupos latinos, de los samnitas o de cualquier otra cultura contemporánea, a fin de cuentas, se sintieron impulsados (o inspirados, como dirían ellos) a emprender conquistas masivas, primero en Italia y más tarde en todo el Mediterráneo; nos vemos obligados a recurrir a expresiones como «temperamento» o «carácter nacional», que sólo expresan el problema de un modo distinto. Fuera cual fuese la causa, en cualquier caso el fin del dominio etrusco, y el debilitamiento posterior de la influencia cultural de este pueblo, dio paso al comienzo del predominio romano primero en las tierras limítrofes de los latinos y, hacia el siglo III a. C., en toda la península.

La República romana. La historia del ascenso gradual hacia el poder y de los conflictos exteriores e interiores que enfrentó la República de Roma en el proceso es demasiado compleja para describirla aquí porque, en realidad, nuestro interés primordial es el de hablar de los romanos como de uno de los muchos pueblos de la Italia arcaica, más que de su aspecto de futuros dueños del mundo. Con todo, puede merecer la pena echarles una mirada final en el momento en que se disponen a emprender la misión autoasignada de «gobernar el mundo, ser misericordiosos con el vencido y abatir al arrogante», como Virgilio dice, con mucha discreción. ¿Quiénes eran esos nuevos romanos, con su mezcla de rasgos de tenaces labriegos latinos y cultura urbana etrusca?

Para los romanos mismos, ambos aspectos de su desarrollo eran significativos y, aunque nunca perdieron su admiración por las virtudes simples y el estilo de vida sencillez de sus antepasados, también tenían conciencia de que, en adelante, tendrían que demostrar un cosmopolitismo creciente. Uno de los resultados de este conflicto de orientación cultural es la existencia de dos relatos distintos sobre la fundación de Roma y de dos padres fundadores: Rómulo y Eneas. La leyenda de Rómulo, a pesar de que desconocemos su origen, es casi seguramente la más antigua de las dos y, en su forma más simple, sin los añadidos de siglos posteriores, parece una trama adecuada para los primeros labriegos romanos. Muchos de los elementos del relato se dirían asociados con los primeros tiempos de la ciudad: Rómulo y Remo son hijos gemelos del dios Marte; su madre, Rea Silvia, muere asesinada por su celoso tío; los niños, milagrosamente, serán salvados y amamantados por una loba en una cueva del Palatino, donde los encontraría el pastor Fáustulo. Todo esto se convirtió después en tema de una elaboración considerable, sobre todo durante la guerra con los samnitas; sin embargo, en esencia, el relato establece una relación entre Roma y un sencillez pasado rural itálico.

Pero la Roma posterior al dominio etrusco exigía un linaje más noble y, a ser posible, conectado con el venerable mundo del Mediterráneo oriental: la solución perfecta era apelar a la leyenda griega de Eneas, el príncipe troyano que, en medio del incendio de su ciudad, huyó hacia el oeste, en busca de una tierra nueva. El tema de la huida de Eneas de Troya ya era conocido en Italia, pues estaba representado en vasos griegos importados de Atenas; al parecer se estableció un culto en honor del héroe en Veii a fines del siglo VI a. C. —según indica un grupo de estatuillas votivas de terracota, descubiertas en ese centro—, precisamente cuando los romanos se aprestaban a adoptarlo como padre fundador. No está claro si la leyenda de Eneas llegó a Italia directamente desde Grecia o la transmitieron las ciudades griegas del sur de la península y de Sicilia; en cualquier caso, al cabo de pocos años los griegos mismos estaban preparados para aceptar la nueva versión romana de los hechos. Hacia el 450 a. C., el historiador griego Helánico escribía que «Eneas llegó del país de los molosos y



Relieve del *Ara Pacis*, Roma, 13-9 a. C. La figura que está a la derecha del centro es la de Eneas, que ofrece un sacrificio poco después de su llegada a Italia: nótese el pequeño *Lararium* en el ángulo superior izquierdo. En la riqueza del sacrificio se subraya la abundancia del campo: un énfasis típicamente augusteo.

fundó Roma» y también daba una explicación, típicamente extravagante, del nombre de la ciudad: en su viaje, Eneas iba acompañado por una troyana llamada Rhome. De acuerdo con su propia cronología, los romanos tenían que resolver el problema de una brecha de unos quinientos años, existente entre la llegada de Eneas y la fecha tradicional de la fundación de la ciudad, pero se solucionó inventando una línea de reyes, uno de los cuales fue el padre de Rea Silvia, la madre de Rómulo y Remo.

De esta manera Roma ocupó su puesto entre las otras potencias mediterráneas con la explicación de sus orígenes, cuya adecuada grandeza la emparentaba con toda la tradición épica griega. Tenemos datos que nos permiten pensar que, desde los primeros tiempos de la República, el poderío romano ya se tomaba en serio tanto dentro como fuera de Italia. Si es fidedigno un documento citado por Polibio, el historiador griego del siglo II a. C., los cartagineses firmaron, con la nueva República durante su primer año de vida, un tratado en el que los romanos proclamaban su soberanía sobre varias ciudades vecinas y «los demás pueblos latinos sometidos a Roma». Si lo aceptamos como genuino, el tratado era una renovación de otro anterior, suscrito entre Cartago y la Roma etrusca; el nuevo poderío de la ciudad italiana habrá obligado a Cartago a establecer lazos de amistad con el joven estado y a aceptar el dominio romano sobre una gran parte del Lacio. Esta dominación se vería desafiada por los propios latinos en los años siguientes, pero en el 496 a. C. la decisiva batalla del lago Regillo devolvió

Abajo, derecha: La Loba Capitolina, bronce, fines del siglo VI o principios del V a. C. Palacio de los Conservadores, Roma. Altura: 75 cm; longitud: 114 cm. Los gemelos Rómulo y Remo son un agregado renacentista. Aunque esta pieza u otra muy semejante se convirtió en la mascota de Roma y fue dedicada en el Capitolio en el 296 a. C., su origen es etrusco. La tensión y el poderío del animal recuerdan a la Quimera de Arezzo, aunque su efecto se atenúa por la presencia de los niños regordetes.

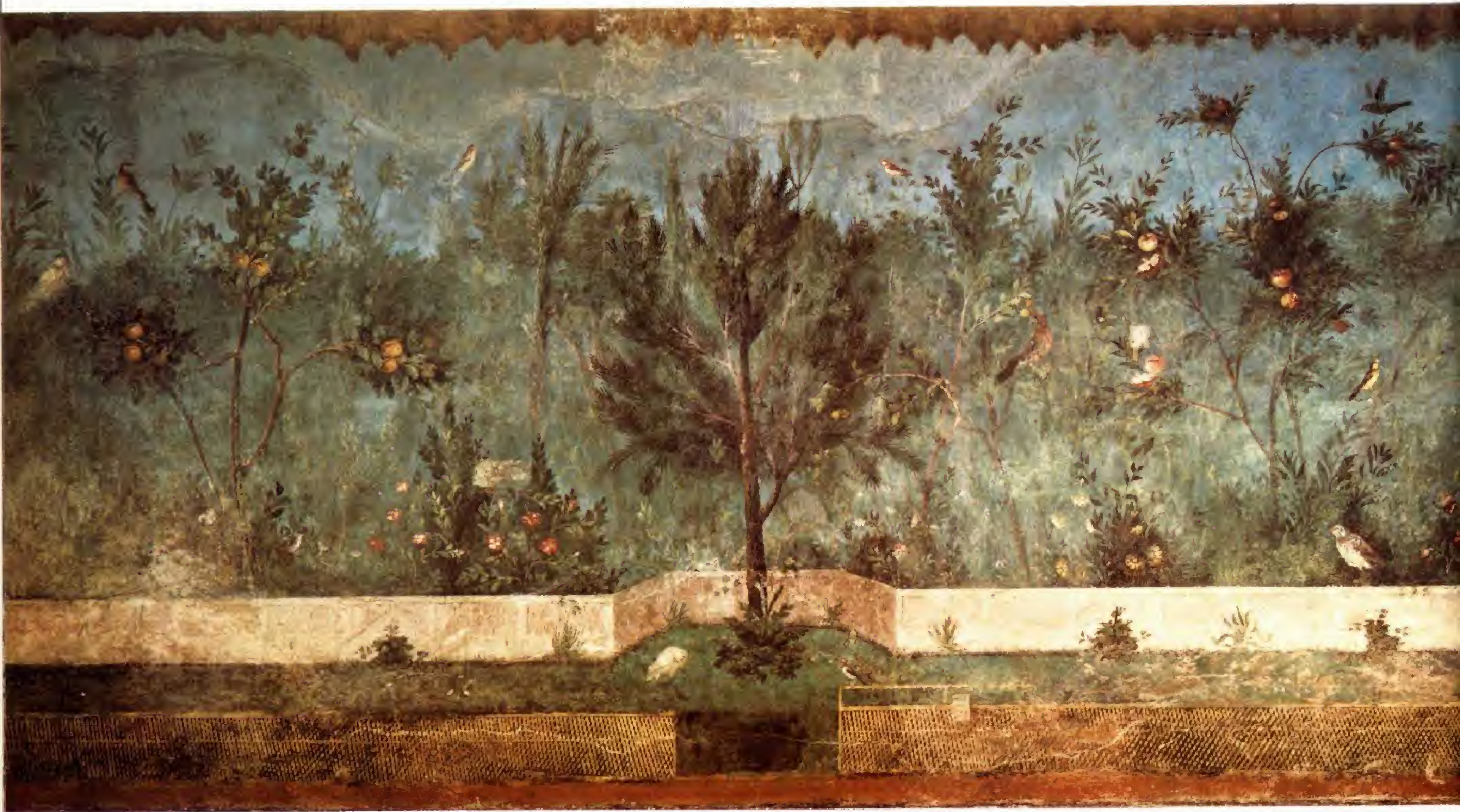
Abajo: Estatuilla de terracota, proveniente de Veii. Representa a Eneas que lleva a su padre Anquises sobre los hombros. Mediados del siglo V a. C. Museo de Villa Giulia, Roma.



a Roma su puesto de potencia principal del Lacio; esta categoría se consolidó con la firma de un tratado de paz entre romanos y latinos: una paz perdurable «mientras el cielo y la tierra sigan en su lugar». Por los acontecimientos precedentes, esta esperanza podía haber parecido demasiado optimista, pero la situación se mantuvo el tiempo suficiente como para que Roma siguiese apoyada por los latinos para enfrentarse con los ecuos, los volscos y los sabinos y prepararse para la lucha con Etruria.

En los siglos que siguieron creció el dominio romano en la península, mientras se sucedían las derrotas de los enemigos extranjeros; en ese proceso, los asuntos políticos y militares se impusieron a las artes plásticas y a la literatura y, cuando volvieron los tiempos pacíficos, Roma se vio invadida intelectual y artísticamente por los estadios tardíos de la cultura griega, es decir, por lo que conocemos como helenismo. Desde el siglo III a. C., la mayoría de las obras de arte romanas se plegaron a los modelos griegos en su forma y en su contenido: las obras de teatro romanas se basaban en originales griegos; los templos romanos imitaron, al menos en parte, a los edificios griegos y la escultura y la pintura romanas representaron episodios de la mitología griega. A pesar de lo profunda y perdurable que fue la influencia del pensamiento griego, por detrás de él, y a veces por debajo, subsistieron los elementos itálicos del pasado romano. La conciencia de sus orígenes, se reflejó en la nostalgia que sintieron algunos romanos por una vida de simplicidad rústica, tristemente perdida en el mundo complejo de las realidades imperiales. Virgilio, que en su *Eneida* nos dejó, quizá, la asimilación literaria más elaborada de la técnica y la forma épica griega, está a la vez en el grupo de los poetas más itálicos con su poema sobre la vida rural, las *Geórgicas*, en el que establece un contraste agudo entre la corrupción política del Foro y la vida en el campo: «Los más felices de los hombres son, si así lo comprendieran, los labriegos: lejos del ruido de las luchas, encuentran verdadera justicia en la tierra que con tanta libertad les brinda su riqueza. Ni casas abarrotadas de visitantes que se precipitan por todas las puertas, ni taraceas de carey que admirar, ni bordados de oro o vasos corintios... el labriego ara su tierra y con el laboreo anual sostiene su hogar y su familia, hatos y rebaños. Sin pausa, los meses le llevan su carga de manzanas, los corderos





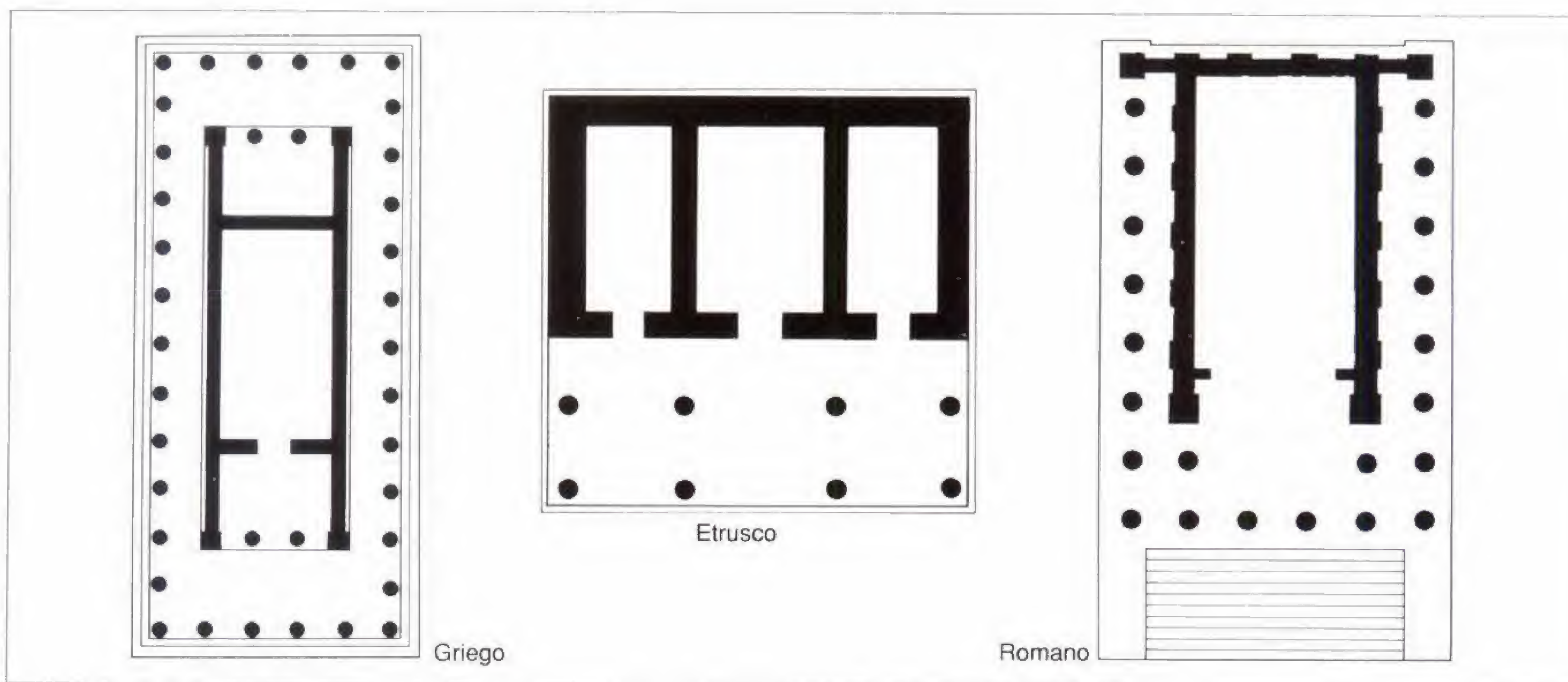
Arriba: Sector de la decoración mural de la cámara subterránea, una cueva, de la villa de Prima Porta, al norte de Roma, fechada hacia el 30-25 a. C. Museo Nacional de Roma. Altura del fresco: 3 m. Todo el recinto representa un jardín, con árboles plantados tras una valla baja, detrás de la cual hay rosales, granados y pájaros. El efecto de profundidad y el cuidado de los detalles son de una belleza notable.

Página opuesta: El interés romano por el paisaje y el amor por los exteriores se muestra en esta pintura de Pompeya, en la que Pan y las ninfas que le sirven están representados al aire libre.

recién nacidos, los campos llenos de trigo que colman los graneros. Llegó el invierno y, con él, el tiempo de prensar las olivas, mientras vuelven a la pocilga, felices, los cerdos atiborrados de bellotas. También el otoño trae su recompensa: reparadas, en lo alto de las laderas rocosas las viñas se asolean; en tanto, los niños del labrador, a porfía, le piden caricias y todo en su hogar es simple y puro, las vacas dan leche abundante y rica y él se tiende a descansar sobre la hierba... así vivieron, en los viejos tiempos, los sabinos, como Remo y su hermano; sin duda así se hizo fuerte Etruria y Roma se convirtió en la ciudad más bella del mundo, en los días en que una sola muralla podía rodear cada una de sus colinas». El tono de pesar es genuino y conmovedor, aun cuando fuese un tópico de la expresión literaria latina.

En las artes plásticas es mucho más difícil aislar los elementos itálicos dentro de la tradición romana posterior, en parte —como hemos visto— porque el arte que se produjo en Italia estuvo directamente influido por las ideas griegas y, en parte, porque su propio influjo se limitó a una etapa temprana en el desarrollo de los estilos y gustos romanos. A fines del siglo II a. C., los años de lucha contra la expansión del poder de Roma terminaron por desmoralizar a los etruscos y a las tribus itálicas y, con excepción del sur, las distintas comarcas producían pocas obras artísticas originales. Vemos los efectos de este pesimismo en las pinturas de las tumbas etruscas; en el resto de Italia, la sensación de desesperanza y la pérdida creciente de una identidad específica produjo obras que, con la rusticidad de su factura parecen rechazar toda tradición, ya sea griega, etrusca o propia. Las cabezas rudamente talladas que se encontraron en los cementerios de Benevento y Tarento hacen pensar en un reflejo lóbrego del mundo de sus creadores. Tampoco había en Roma una demanda de arte itálico, porque la conquista de Grecia había llenado la ciudad, y otros puntos de la península, de





La forma del templo romano es el resultado de la combinación de los tipos griego y etrusco. La columnata exterior (en la parte posterior convertida en pilasstras) y la *cella* única son un préstamo griego, en tanto que la plataforma elevada, a la que se llega subiendo un amplio tramo de escalones, y el pórtico profundo son características etruscas.

un botín abundante de obras de arte helenísticas, con las que formaron su gusto los expertos de fines de la República, tanto en la capital como en las provincias. El intento de Augusto por auspiciar un renacimiento del orgullo local en las ciudades de la península no consiguió alentar una nueva expansión del arte itálico, que, por ello, sólo contribuyó con las ideas adoptadas por los romanos en tiempos antiguos, ya por entonces unidas a elementos griegos. Por ejemplo, en cuanto al trazado de las ciudades, tanto las ideas griegas como las etruscas tuvieron su influencia en el sistema romano de organización urbana. En Etruria predominaron los bloques rectangulares limitados por calles que se cortaban en ángulo recto —una disposición hallada en centros como Marzabotto y Capua—, estructura tal vez copiada de las colonias griegas de Italia meridional, aunque los requisitos formales de la ciudad etrusca, derivados muchas veces de consideraciones religiosas, parecen haber dejado su impronta en las urbes romanas. De manera semejante, el templo romano suma rasgos de los diseños griegos y de los etruscos; en cambio, las casas romanas —al menos las descubiertas en Pompeya— tienen precedentes samnitas.

Fue muy común considerar al arte romano como un conjunto derivado de los modelos griegos, una versión provinciana de la cultura helenística, carente de originalidad. Si para otra cosa no valiera, una exploración del mundo de los antecesores y contemporáneos de Roma en Italia serviría para demostrar que etruscos, umbros, samnitas y otros pueblos también desempeñaron su papel en la formación del estilo romano; es decir, que una mayor comprensión futura de los grupos itálicos tal vez ayude a identificar con exactitud la contribución de estos pueblos. Por paradójico que parezca, cuanto más se percibe la influencia itálica en Roma, tanto más original se muestra el arte romano: como en otros aspectos de su cultura, la capacidad de asimilación romana, antes que connotar una debilidad, es una de sus mejores cualidades.

Glosario

Aldea lacustre poblado construido sobre plataformas sostenidas con pilotes a orillas de un lago y no, como se pensó en otra época, rodeado por el agua. Los restos hallados en Italia datan del **neolítico** y de comienzos de la **Edad del Bronce**.

Aleandría Ciudad costera de Egipto que se convirtió en el centro intelectual y literario del mundo griego tras la caída de Atenas. Era la capital del Egipto de los Tolomeos, el primero de los cuales, Tolomeo Soter (366-283 a. C.) fundó allí la Biblioteca y el Museo que tan famosos fueron.

Aliados, guerra de los (91-88 a. C.) Rebelión de los aliados (*socii*) itálicos de Roma contra su autoridad. Fue aplastada por una inmediata acción militar y por la concesión, según la *Lex Iulia*, de la ciudadanía romana a todos los pueblos itálicos; así quedó unida toda la península, por primera vez, en un estado único. Esa misma concesión se hizo a los etruscos, que aceptaron, y por tanto el fin de la Guerra de los Aliados señala el fin formal de la existencia de Etruria como pueblo independiente.

Anatolia Comarca del Oriente Próximo que corresponde a la actual Turquía, inmensamente rica en material arqueológico desde el **paleolítico** hasta los tiempos romanos.

Annio de Viterbo (1432-1502) Monje dominico cuyo entusiasmo por los etruscos le llevó a falsificar una cantidad de inscripciones. Su obra principal, *Commentaria super opera diversorum auctorum de antiquitatibus loquentium*, se publicó en Roma en 1498 y contiene supuestas citas de autores antiguos inventadas por Annio mismo.

Apenina, cultura Nombre dado a la cultura predominante en Italia central y meridional durante la **Edad del Bronce**, aunque en realidad el pueblo apenino casi no usó el bronce. Eran sobre todo labriegos y pastores, aunque hay ciertos testimonios de actividad comercial. En general, no cremaban sino que enterraban a sus muertos.

Arameo Rama septentrional de la familia lingüística semita, escrita con grafía **fenicia**; se habló en todo el Oriente Próximo durante la Edad del Hierro.

Ariadna En la mitología griega, hija del rey Minos de **Cnoso**; se enamoró de Teseo cuando

el joven llegó a Creta para matar al Minotauro. Tras ayudarlo para salir del laberinto después de dar muerte al monstruo, abandonó la isla junto con el héroe, quien la abandonó en la isla de Naxos. Allí la encontró el joven dios **Dioniso**, que la hizo su mujer, un episodio muy popular entre los artistas de épocas modernas, como los músicos Monteverdi o Richard Strauss.

Arquíloco (680-640 a. C.) Poeta lírico griego nacido en Paros; sólo se conservan fragmentos de su obra. Sus poemas se caracterizaron, al parecer, por un espíritu de sátira aguda y mordacidad amarga. Arquíloco es uno de los escritores antiguos que **Annio de Viterbo** invocó como fuente, tras falsificar una cantidad de fragmentos adicionales que intentó presentar como auténticos.

Astarté Principal deidad femenina de los fenicios, que sumaba los papeles de diosa madre y de la fertilidad y fue llamada Tanit en **Cartago**. En general, se la comparó con la diosa griega Afrodita (diosa del amor físico), pero a veces se la identificó con la diosa madre oriental Cibeles y —sobre todo en el oeste— con Hera o la Juno romana. En las **tablillas de Pyrgi**, halladas en el templo de fines del siglo VI a. C. dedicado a ella, se la relaciona con la diosa etrusca **Uni**.

Augusto (63 a. C.-14 d. C.) Primer emperador romano, que en la práctica asumió el poder el 31 a. C., tras derrotar a Antonio y Cleopatra en la batalla de Accio, aunque su jerarquía se formalizó el 27 a. C. Como patrono imperial de las artes, protegió a poetas como **Virgilio** y Horacio, a la vez que iniciaba un programa masivo de construcciones en Roma y en las provincias. Para poner énfasis en la paz y en la vuelta a la vida sencilla, subrayó la virtud de los orígenes pastoriles itálicos de Roma.

Baleares, islas Archipiélago situado al este de la costa española; las islas mayores son Mallorca, Menorca e Ibiza. Los pueblos autóctonos de la **Edad del Bronce** parecen haber tenido lazos con las culturas contemporáneas de Cerdeña; estas islas sirvieron como nexo entre España y el Mediterráneo oriental.

Bandinelli, Baccio (1493-1560) Escultor florentino cuya obra, en gran parte, muestra la típica preocupación renacentista por los temas y estilos clásicos; hizo la copia del **Laocoonte** que se llevó a Florencia, donde la obra ayudó a crear un interés en el arte antiguo.

Bianchi Bandinelli, Ranuccio (1900-1975) Distinguido arqueólogo italiano que desempeñó un papel importante en la revaloración del arte de Etruria y del de Roma y de sus conexiones con el arte de los contemporáneos itálicos. En los años de la segunda posguerra estuvo a cargo de la reorganización de los museos italianos y de los monumentos dañados.

Bucchero Tipo de cerámica etrusca común entre los siglos VIII-IV a. C., de color negro o gris, con un acabado brillante; hay dos variedades: *bucchero pesante* (de paredes gruesas) y *bucchero sottile* (de paredes finas). A menudo las vasijas están decoradas con diseños moldeados o aplicados en relieve y unas pocas veces con improntas de sellos cilíndricos. La manera imaginativa de variar la forma de los vasos, el uso de la decoración tridimensional aplicada y la ausencia de figuras o dibujos pintados contrastan con los estilos contemporáneos de la cerámica griega.

Candelabrum Candelabro de bronce que tenía, sujeta a un trípode, una vara vertical en cuyo extremo se extendían brazos horizontales, a los que se fijaban las velas o antorchas. A menudo hay una figura decorativa u otra ornamentación en el centro de los brazos.

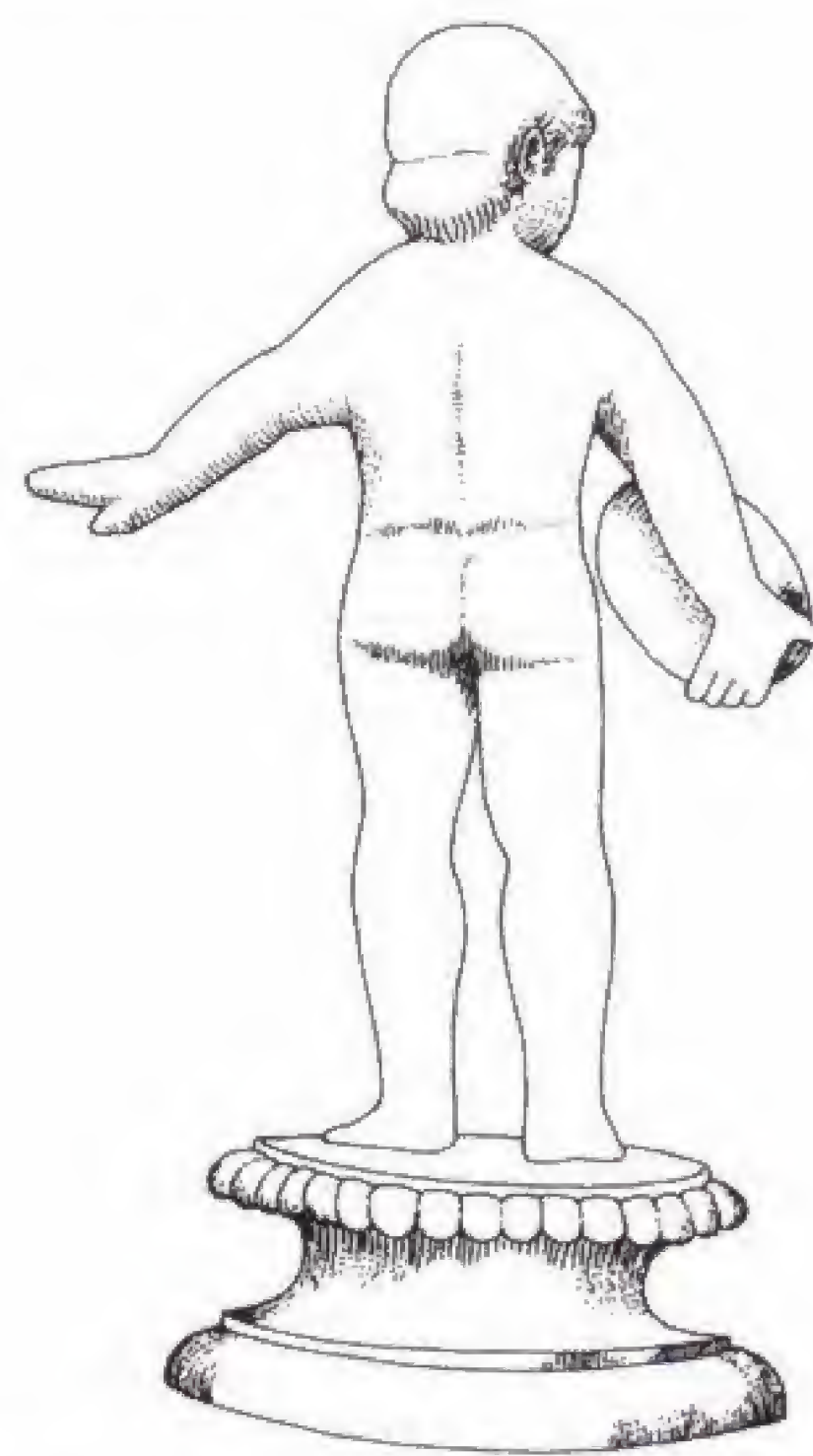


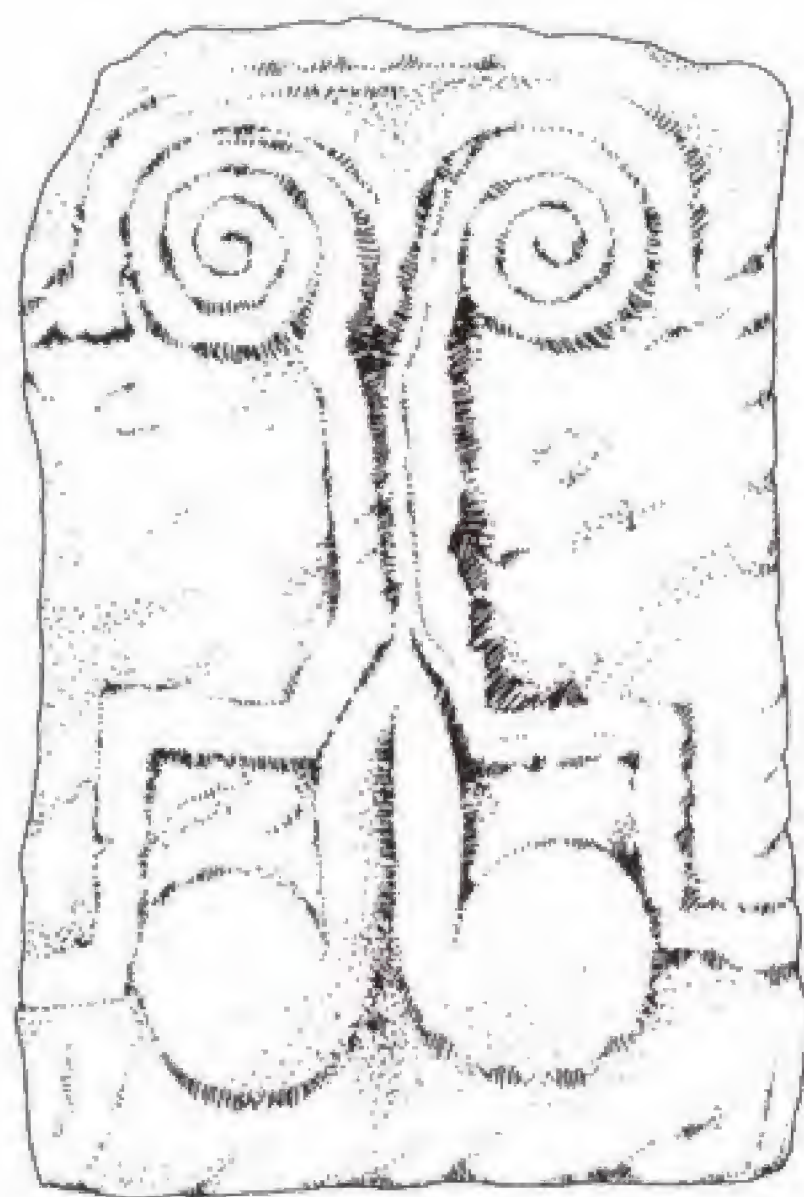
Figura de bronce que remata un candelabrum

Canope o urna canópica Tipo de urna funeraria hallado en Chiusi, en el que la tapa tiene la forma de una cabeza humana, que quizá

presentaba al difunto. En algunos casos también el cuerpo de la urna muestra formas humanas —brazos y manos— y muchas de ellas estaban asentadas en una silla de respaldo redondeado. El vocablo canope se deriva de las urnas egipcias de ese mismo nombre, que se usaron para guardar los órganos del difunto momificado; en sus tapas mostraban imágenes de las divinidades asociadas con cada uno de los órganos. Sin embargo, en el caso de las urnas etruscas es casi seguro que las cabezas no pertenecen a ninguna deidad.

Caronte (griego), **Charun** o **Charu** (etrusco) Aunque asociado con el mundo de ultratumba tanto en la mitología griega como en la etrusca, las dos figuras se diferencian por su carácter e imagen. El griego Caronte es el barquero sombrío y taciturno que lleva a las almas de los muertos a través del río del mundo subterráneo hasta el Hades; en cambio, el etrusco Charun tiene el aspecto de un demonio feroz, generalmente armado de un martillo, que atormenta y tortura a los difuntos en cuanto llegan a su reino.

Cartago Colonia fenicia fundada sobre la costa norte de África (a unos 14 km de la actual Túnez) en el 814 a. C. Cuando los fenicios se rindieron a Nabucodonosor, en el 574 a. C., y fueron absorbidos después por el imperio persa, tras la derrota de Babilonia (539 a. C.), los cartagineses se constituyeron como nación independiente en el oeste. La rivalidad que sostuvieron con los griegos y con los etruscos en el comercio generó una serie de conflictos durante los siglos VI y V a. C. Por último, resultaron vencidos por los romanos tras la Segunda Guerra Púnica, en el 202 a. C. Aun cuando ya no representaba ninguna amenaza para ellos, los romanos la arrasaron hasta los cimientos en el 146 a. C.



Bloque de piedra tallada proveniente de Castelluccio

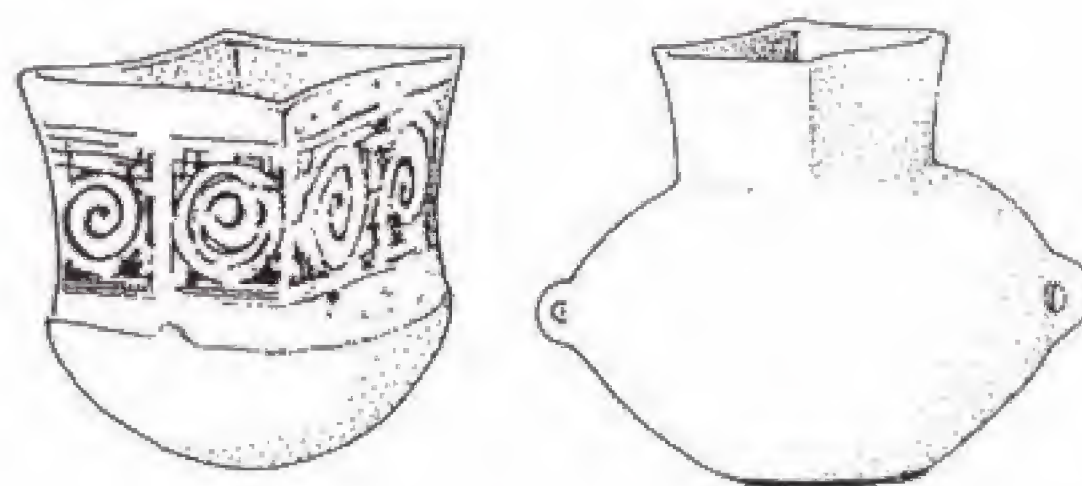
Castelluccio Lugar en que hubo una **necrópolis** en Sicilia Oriental; ha dado su nombre a una cultura local de principios de la Edad del Bronce. Entre sus productos más característicos se encuentra una serie de placas de hueso con relieves, comparadas con objetos similares hallados en Grecia y datados en el mismo período, lo que sugiere alguna relación con el Mediterráneo oriental.

Catón, Marco Porcio (214-149 a. C.) Político e historiador romano, famoso por su austeridad. Entre sus obras se cuenta un manual sobre el cultivo de la tierra, *De Re Rustica*, que se conserva, y *Origines*, obra perdida que trataba de la historia de los romanos y de otros pueblos itálicos; partes de ella fueron «descubiertas» (es decir, inventadas) por Annio de Viterbo.

Cella Parte interior cerrada de un templo, en la que se colocaba la estatua de culto de la divinidad.

Cellini, Benvenuto (1500-1571) Escultor y orfebre florentino, conocido por su vivaz autobiografía. Restauró la Quimera de Arezzo, para la que hizo las patas delantera y trasera izquierdas, cuyos originales se habían perdido.

Cerámica de boca cuadrada Vasos de cuerpo circular cuya boca se ensanchaba en una forma cuadrada mientras la arcilla estaba húmeda aún. Dio su nombre a una cultura de Italia septentrional, que apareció allí hacia el 4000 a. C. y perduró unos mil años, en los que atravesó distintas fases.

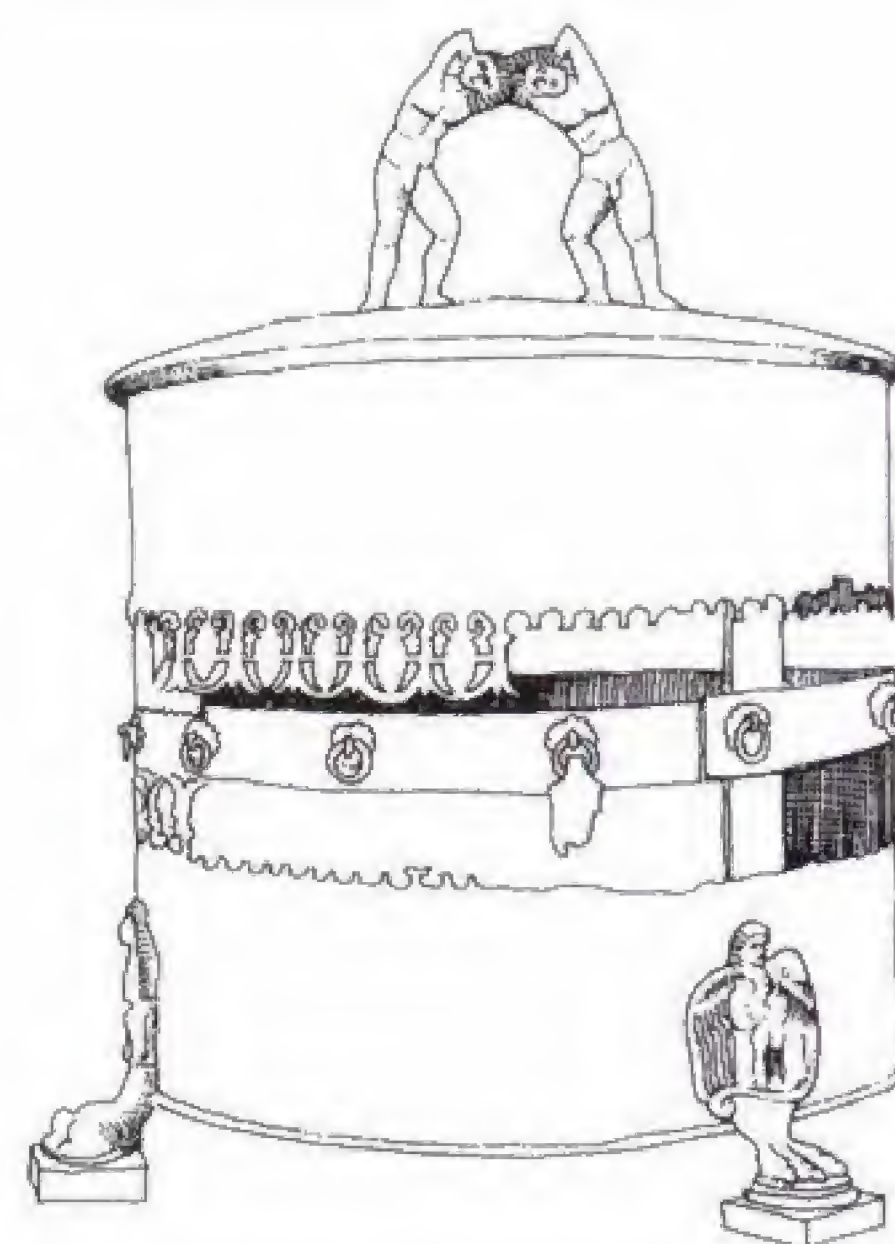


Piezas de cerámica de boca cuadrada

Cícladas Archipiélago del centro del Egeo situado al este de la costa de Grecia; fueron centro de una cultura ya en el período **neolítico**, cuando la civilización conocida como cicládica produjo gran cantidad de estatuillas de mármol, muy estilizadas y de gran belleza de forma y de textura. Las canteras de mármol excelente de estas islas las convirtieron en un centro de la escultura durante las épocas arcaica y clásica, dos milenios después.

Cista Caja de forma cilíndrica, hecha de metal (hay piezas de madera revestida de metal) y cubierta con una tapa que a menudo lleva pe-

queñas figuras humanas u otro tipo de decoración. Las cistas se ornamentaban con diseños incisos que, como en la famosa cista Ficoroni, representan temas mitológicos.



Cista de bronce procedente de Praeneste

Claudio (10 a. C.-54 d. C.) Emperador romano del 41 al 54 de nuestra era. Era un erudito que de pronto se vio convertido en emperador; entre sus obras —todas perdidas casi por completo— se contaban una historia de los etruscos, una historia de Cartago y una autobiografía. Se interesó por la gramática y durante su reinado agregó tres letras al abecedario latino, aunque apenas si sobrevivieron, las tres, a su reinado.

Cnoso El mayor palacio de los **minoicos**, en el centro de la costa norte de Creta, excavado por sir Arthur Evans desde 1899 hasta 1935, aunque recientemente se volvió a excavar el sitio. El conocimiento técnico y la inventiva artística, revelados por los descubrimientos de Cnoso y de otros centros minoicos, sitúan a esta cultura muy por delante de cualquier otra contemporánea del Mediterráneo, aunque en gran parte fue un legado de Micenas. El palacio de Cnoso era un edificio de varias plantas, muy decorado y continuamente ampliado desde su primera construcción, hacia el 2000 a. C., hasta su destrucción definitiva, ocurrida en torno al 1400 a. C.; se conservan los elementos básicos de su planta baja. Frescos, estatuillas y otros objetos hallados en el palacio nos brindan una pintura precisa de la vida minoica cortesana.

Constantino (272-337) Emperador de Occidente desde el 306 y más tarde (324) de todo el mundo romano; adoptó el cristianismo como religión oficial del Estado y trasladó la capital del imperio a Bizancio, cuyo nombre cambió por el de Constantinopla.

Consualia Fiestas dedicadas a Consus, dios romano de la tierra, y relacionadas con los rituales de las cosechas. Se celebraban en Roma

dos veces al año, el 21 de agosto, tras la cosecha misma, y el 15 de diciembre, después de la siembra de la cosecha siguiente. Según la tradición, las instauró **Rómulo** y en la primera celebración se produjo el rapto de las sabinas.

Cuestor Magistrado romano que se ocupaba de los asuntos financieros; cobraba los impuestos estatales, controlaba las cuentas y los gastos de fondos públicos que se aplicaban a la construcción de monumentos, a la celebración de ceremonias públicas y a la financiación de campañas militares. El equivalente samnita fue el *kvaistor*.

Cúpula falsa Sistema de techado con hileras de piedra, cada una de las cuales se colocaba solapada sobre la anterior, hasta que el orificio superior era lo bastante pequeño como para ser cubierto con una sola piedra. De este modo el peso se ejerce hacia abajo y no se necesitan contrafuertes para controlar la carga lateral. Los ejemplos más famosos del Mediterráneo se encuentran en Grecia (las tumbas **micénicas** llamadas túmulos), pero el mismo sistema de construcción se usó en las **nuragas** de Cerdeña.

Delfos Santuario de Grecia central que fue uno de los templos más sagrados del mundo griego y donde estaba el famoso oráculo de Apolo. Además de las de los helenos, el dios recibía consultas de extranjeros, muchos de los cuales mantenían sus propias capillas y tesoros en el santuario, donde se depositaban las donaciones destinadas al dios; entre aquellos fastuosos tesoros estaba el dedicado por Cerveteri, la única ciudad etrusca representada permanentemente en Delfos.

Dempster, Thomas (1579-1625) Etruscólogo escocés. Enseñó en las universidades de París, Bolonia y Pisa y escribió una obra en siete volúmenes sobre los etruscos *De Etruria Regali*. Cuando se publicó, un siglo más tarde y en Florencia (1723-1724), estimuló notablemente el interés en la arqueología etrusca.

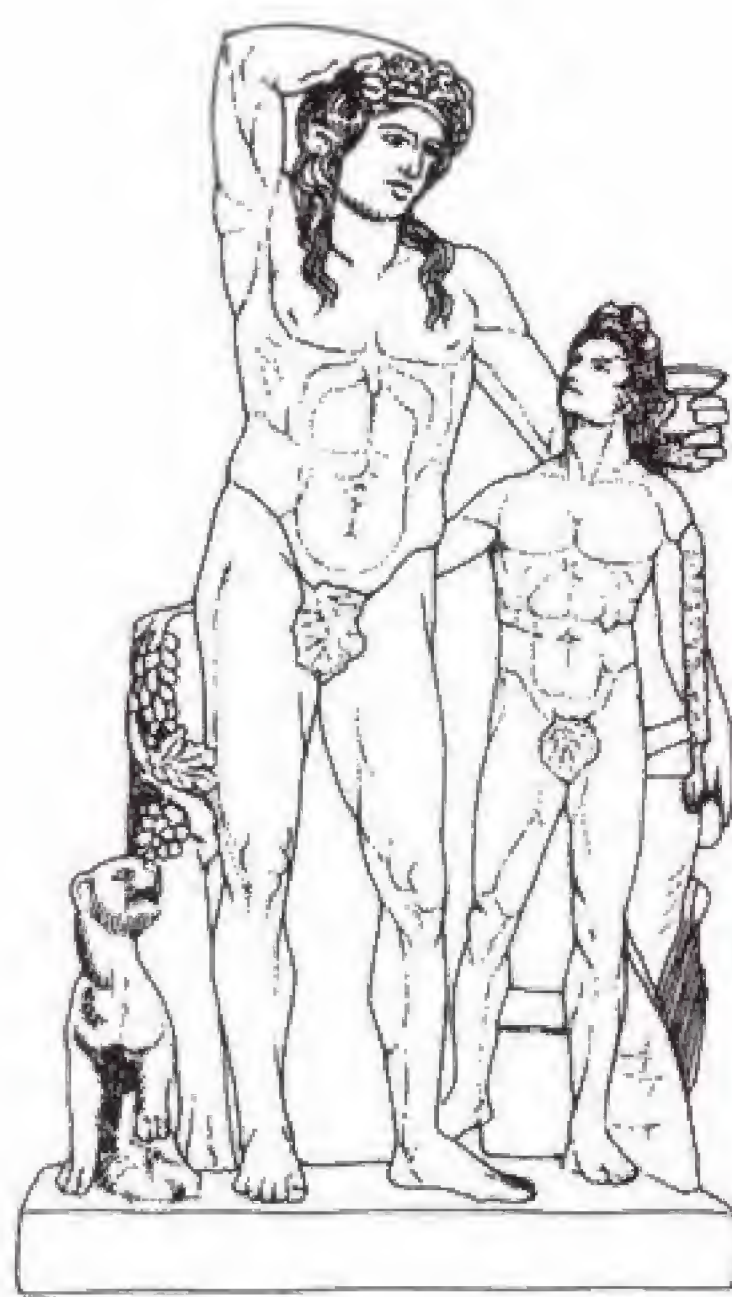
Dennis, George Viajero inglés del siglo XIX; escribió sobre los etruscos una obra titulada *Cities and Cemeteries of Etruria*, editada en 1848; en ella describió su viaje a través de Italia central, donde era cónsul de su país, en busca de distintos centros etruscos y antigüedades. En este libro, cuya última (y mejor) edición apareció corregida y revisada en 1883, a una descripción detallada y erudita del material se suman una humanidad y un humor insuperables en la historia de la etruscología. En muchos casos, su relato nos transmite información sobre objetos y centros que después desaparecieron o resultaron destruidos; a pesar de que sus conclusiones quedaron inevitablemente anticuadas, aún se trata de una obra digna de

ser leída por el encanto y la agudeza con que están presentadas. Además de estas virtudes, el libro nos transmite una descripción realista —y a veces aterradora— de los inconvenientes de los viajes por Etruria en el siglo XIX.

Diodoro Sículo (floreció en 60-30 a. C.) Historiador griego nacido en Sicilia; se conservan 25 de los 40 volúmenes de su *Biblioteca histórica*, una obra cuyo objetivo era contar la historia del mundo mediterráneo desde los tiempos mitológicos hasta la época de Cicerón. Aunque como historiador es impreciso y se muestra muy supeditado a sus fuentes, su trabajo tiene gran valor para la historia de Sicilia.

Dionisio I Tirano de Siracusa del 405 al 367 a. C. Conocido por su crueldad y espíritu vengativo, entabló una guerra constante y victoriosa contra los **cartagineses**. Su hermano Dión fue amigo del filósofo **Platón**, que le visitó dos veces en Siracusa, la segunda en 367 a. C. para ser tutor del hijo del tirano, Dionisio II, que gobernaría desde el 367 al 343 a. C.

Dionisio de Halicarnaso (floreció en 30-8 a. C.) Escritor y erudito griego que fue a Roma para enseñar retórica. Su obra *Antigüedades romanas*, escrita en esa ciudad, se conserva en parte; es un relato de largo aliento y un tanto confuso de la historia romana desde sus tiempos arcaicos hasta la Primera **Guerra Púnica**. En la historia de la etruscología ocupa el sitio del primer erudito que aseguró que los etruscos eran un pueblo autóctono, o sea nativos de Italia, y no provenientes del exterior de la península.



Dioniso y un sátiro

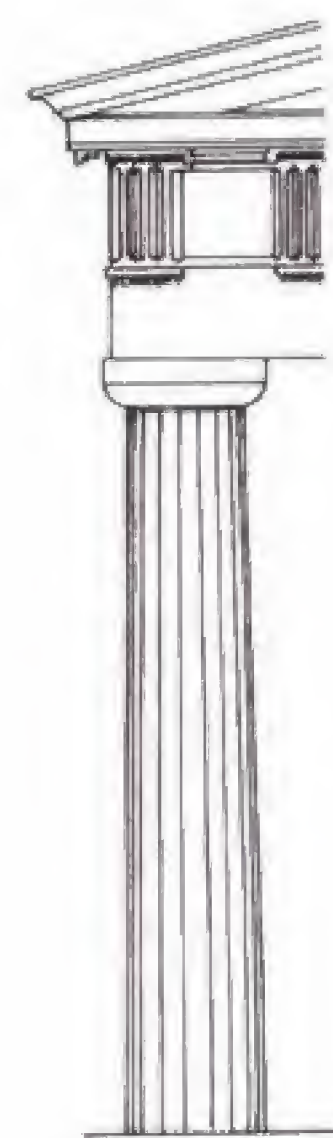
Dioniso, Baco para los romanos. Dios de la fertilidad, especialmente representada por la vid y, por tanto, dios del vino y de las emociones. Dioniso era la figura central de varios cultos en todo el mundo grecorromano, algunos

de los cuales eran muy conocidos por sus excesos orgiásticos: en el 186 a. C. el Senado romano prohibió la celebración de las fiestas llamadas *Bacchanalia*. En la mitología etrusca aparece con el nombre de *Fufluns*.

Dodecápolis Liga etrusca de doce ciudades, probablemente de carácter religioso y no político. Sus integrantes eran los doce centros más importantes del momento y, por tanto, cambiaron durante el curso de la historia etrusca. Además de esta Dodecápolis de Etruria, los escritores antiguos hablan de otras dos ligas, una de Campania y otra de Italia septentrional, en el valle del Po, pero la composición de estas últimas es más desconocida que la de la liga etrusca.

Donatello (hacia 1386-1466) Escultor florentino de principios del Renacimiento, algunas de cuyas obras parecen influidas por el arte etrusco; es famoso por el carácter intenso y directo de sus esculturas.

Dórico Orden arquitectónico griego. Es el más antiguo y sencillo de los tres órdenes de la arquitectura griega (los otros dos son el jónico y el corintio); no fue del gusto de los romanos, aunque una forma derivada de él, el orden toscano, aparece en la arquitectura romana.



El orden dórico

Edad del Bronce En la península itálica, la introducción del bronce se produjo hacia el 1800 a. C., aunque la técnica de trabajo del bronce había llegado a Sicilia algo antes, hacia el 2000 a. C. Sin embargo, la primera cultura que usó con asiduidad el bronce fue la del pueblo **terramara**, hacia el 1500 a. C. La Edad del Bronce se diluyó hacia fines del segundo milenio a. C., a medida que las nuevas técnicas de trabajo del hierro se extendían hacia el oeste; el bronce siguió siendo una mercancía importante para los pueblos de principios de la **Edad del Hierro**, como los villanovenses.

Edad del Hierro En Italia la Edad del Hierro empieza hacia el 1000 a. C., con la llegada de la técnica de fundición desarrollada por los **hititas**. Como expresión cultural, en general se usa para describir a los pueblos itálicos durante el período anterior al desarrollo de los romanos, aunque esto es un tanto equívoco: el uso del hierro como materia prima para utensilios, armas y demás continuó, de hecho, hasta el siglo XIX y la Revolución Industrial.

Edil Magistrado romano que, entre otras cosas, controlaba los pesos y medidas, se ocupaba del cuidado de calles y edificios y del orden público y la decencia. El equivalente samnita era el *aidilis*.

Eneida Poema épico escrito por **Virgilio**; describe en doce libros los viajes del príncipe troiano Eneas: tras huir de Troya, Eneas por fin llega a Italia donde funda una nueva Troya en el Lacio.

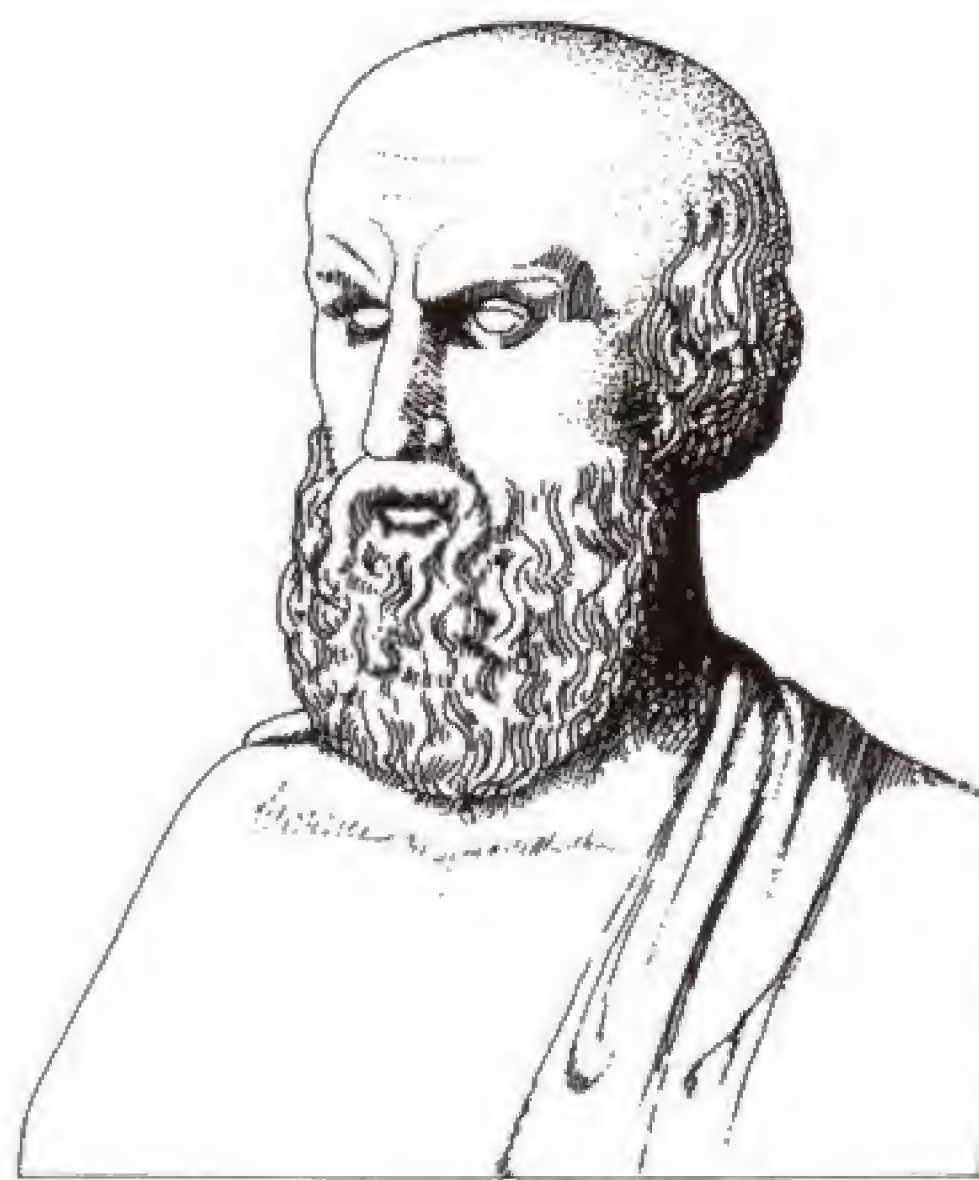
Eolias, islas Archipiélago de origen volcánico, al noreste de la costa de Sicilia. Hace pocos años se excavaron varios poblados **neolíticos** y también algunos centros de la **Edad del Bronce**. Los más importantes están en Lípári (que también cuenta con un excelente museo), Filicudi y Panarea.

Escarabeos Sellos de piedra con la forma del escarabajo llamado pelotero, provienen de Egipto, época del Reino medio (hacia 2050 a. C.); para los egipcios, la bola de excrementos que arrastra el escarabajo pelotero es símbolo del sol y, por tanto, este animal tiene un puesto preponderante, por su valor religioso, en el arte egipcio. Los escarabeos casi siempre llevan en su parte inferior una inscripción jeroglífica que identifica el período al que pertenecen, lo que les da un valor extremo cuando hay que hacer dataciones.



Escarabeos de Faienza provenientes de Cartago

Esquilo (hacia 525-456 a. C.) Poeta trágico griego del que se conservan siete obras. Visitó Sicilia dos veces, atraído por la riqueza y la cultura de la corte de **Hierón** de Siracusa, para quien escribió la obra *Las mujeres de Etna* (perdida). Volvió a Atenas y regresó a Sicilia en el 458 a. C., donde murió, cerca de Gela porque, según la conseja, un águila le aplastó la cabeza dejando caer una tortuga sobre su calva.



Esquilo

Estela Losa de piedra en posición vertical o columna; a menudo tiene una inscripción o está decorada con relieves. Las estelas se usaron muchas veces para señalar las tumbas.

Eugubinas, Tablas Siete tablillas de bronce halladas en Gubbio en 1444, con una inscripción en umbro. Cinco de ellas están escritas con caracteres etruscos y dos con letras latinas.

Fasces Símbolo de la autoridad suprema en el Estado romano, probablemente su origen se remonta a la época de los reyes etruscos. Es un haz de varas de olmo o de abedul que rodea un hacha y está atado con un lazo rojo. Se convirtió en uno de los símbolos del fascismo, movimiento político italiano del presente siglo.

Felsina Nombre etrusco de Bolonia.

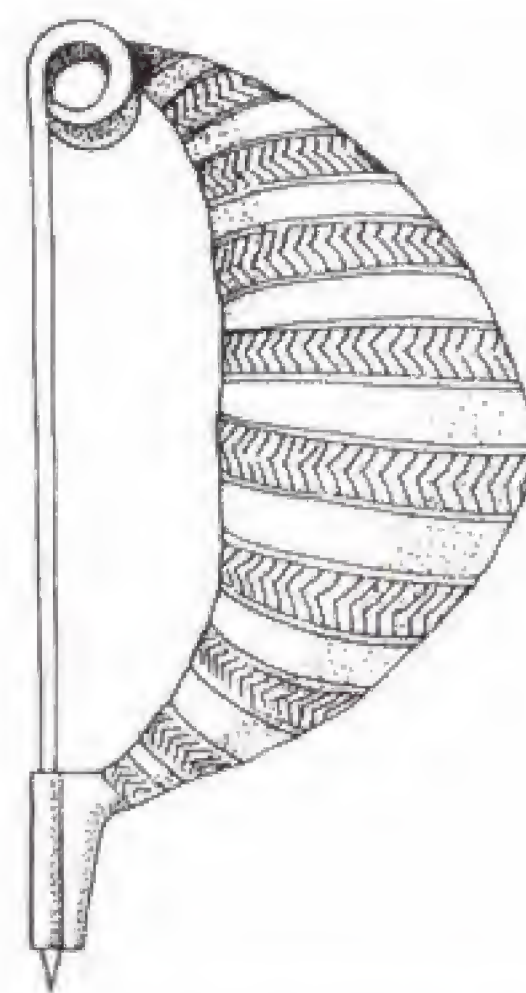


Estela fenicia proveniente de Cartago

Fenicios Importante pueblo de mercaderes de principios del primer milenio a. C.; ocupó las llanuras costeras de los actuales países de Líbano y Siria y sus ciudades principales fueron Tiro y Sidón. Sus contactos comerciales se extendieron por Asia y por el oeste llegaron hasta África, donde fundaron la colonia de **Cartago**. Es posible que llegaran incluso hasta las

costas de Gran Bretaña. El alfabeto fenicio fue tomado por los griegos y, a través de ellos, llegó hasta la tradición cultural de Occidente. No se conserva literatura alguna de los fenicios, pero este pueblo sobrevivió en los relatos ácidos de sus enemigos mortales, los griegos y los romanos. Los descubrimientos recientes de **Pyrgi** arrojan luz sobre sus contactos con los etruscos.

Fíbula Broche para sujetar distintas prendas, muy semejante a los imperdibles actuales. Las fíbulas más antiguas están fechadas hacia el 1300 a. C. y en el curso de los siglos siguientes hubo una gran variedad de modelos. Las usaron con frecuencia los etruscos, quienes las adornaron con incrustaciones muy elaboradas.



Fíbula de bronce proveniente de Capena

Focaea Ciudad griega situada sobre la costa de Asia Menor, al norte de Esmirna (hoy, Izmir). Se cree que no se fundó hasta el siglo VIII a. C.

Foro Plaza principal de las ciudades romanas; servía de centro administrativo y, a la vez, de plaza de mercado. En Roma el más antiguo de los foros era el Foro Romano, centro de la vida política, y otros sirvieron como mercado el Foro Boario o mercado de animales, el Foro Holitorio, o mercado de verduras, y otros. En tiempos del Imperio, algunos emperadores —**Augusto** y Trajano entre ellos— propiciaron la construcción de otros foros que fueron monumentos públicos y testimonio de la grandeza imperial.

François, vaso Uno de los más famosos de todos los vasos griegos arcaicos, hecho hacia el 570 a. C. por el ceramista Ergótimos y el pintor Clitias; se encontró en el siglo XIX cerca de Chiusi. Se exhibe en el Museo Arqueológico de Florencia.

Ghiberti, Lorenzo (1378-1455) Escultor y orfebre florentino de comienzos del Renacimiento, cuyas obras más importantes son las puertas norte y este (más tarde llamadas «Puertas del Paraíso») del Baptisterio florentino. Fue

uno de los primeros renacentistas que se interesó por coleccionar obras de arte antiguas y su colección contenía joyas incisas y esculturas.

Gjerstad, Einar Arqueólogo sueco contemporáneo; ha escrito una gran cantidad de obras importantes, aunque controvertidas, sobre la historia y la arqueología de la Roma arcaica.

Gorgonas En la mitología griega, son tres monstruos femeninos, cuyos cabellos son serpientes y cuya mirada convierte en piedra a quien la sufra. Dos de ellas, Esteno y Euriale, son inmortales; en cambio, Medusa, la tercera, fue decapitada por Perseo, quien regaló la cabeza a Atenea. La cabeza de gorgona, o *Gorgoneion*, se usó en el arte griego como elemento decorativo, tal vez en un principio como medio de conjurar el mal, aunque más tarde se convirtió en un tópico. En el arte etrusco aparece en los vasos de *bucchero*.



Cabeza arcaica de la Gorgona Medusa

Helánico (hacia 490-405 a. C.) Historiador griego que introdujo una cronología sistemática en el estudio de la historia griega. Sus obras incluyen libros de genealogía, mitología y la historia del Ática.

Helenístico Término general que se aplica al mundo griego después de la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.); con frecuencia se dice del arte del período que va entre ese acontecimiento y el fin de la República romana (31 a. C.).

Herodoto (hacia 484-420 a. C.) Historiador griego cuya narración de las guerras médicas está enriquecida con innúmeras digresiones y anécdotas, lo que lo convierte en uno de los autores antiguos que con mayor facilidad se leen. Sus largos viajes y su gran poder de observación le permitieron volcar, sobre pueblos y culturas, impresiones que la investigación moderna ha confirmado, en términos generales.

Hidrias ceretanas Grupo de unas 30 hidrias o vasijas para el agua, halladas casi todas en Cerveteri (cuyo nombre latino era Caere, de allí el adjetivo ceretano). Datan de fines del siglo VII a. C. y todas provienen del mismo taller y quizá de las manos del mismo artista. La mayoría de los expertos consideran que las produjeron

en Cerveteri artistas griegos inmigrantes, aunque algunos aseguran que fueron importadas de Asia Menor.

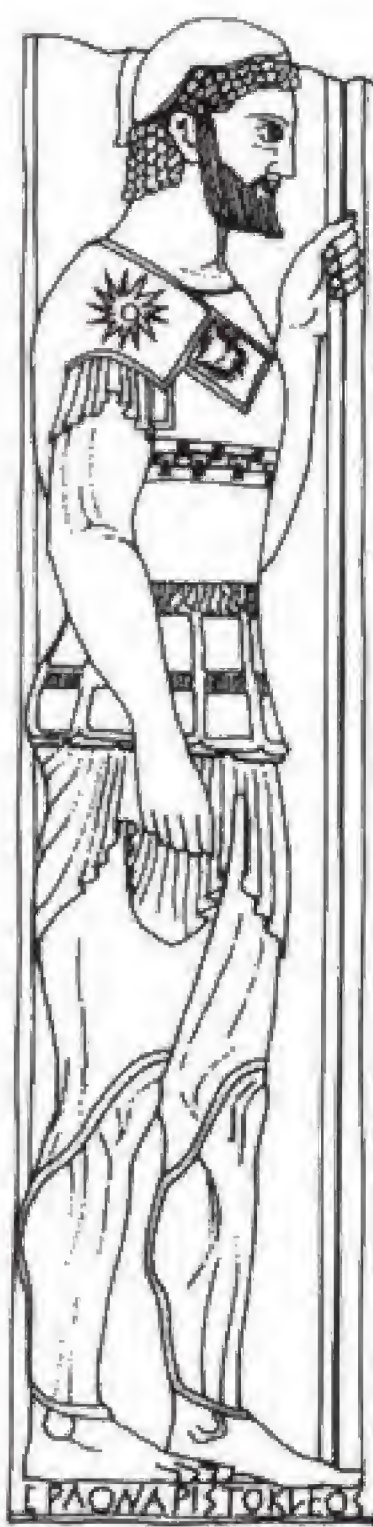
Hierón I Tirano de Siracusa (478-466 a. C.) y jefe de la flota griega que derrotó a los etruscos en la batalla de Cumas (474 a. C.); su corte fue un centro cultural que atrajo a figuras eminentes, como **Esquilo** y **Píndaro**, aunque **Diodoro Sículo** nos lo describe como «un codicioso y violento... hombre para el que la honestidad y la nobleza de carácter eran por completo ajenos».

Hititas Pueblo que dominó la mayor parte de Anatolia durante el segundo milenio a. C. Tras la caída de su imperio, hacia el 1200 a. C., la técnica de la fundición del hierro, inventada por ellos y mantenida en secreto, llegó al mundo mediterráneo.

Homo erectus (también llamado *Pithecanthropus*) Antepasado extinguido del hombre; vivió hace unos 500.000 años.

Homo neanderthalensis Antepasado del hombre que apareció hacia el 150.000 a. C. El hombre de Neanderthal tenía el cerebro de igual tamaño que el hombre actual y fue la primera forma de la raza humana que enterró a sus muertos con ofrendas fúnebres. Este tipo humano siguió existiendo hasta el 35.000 a. C., aproximadamente, época en la que lo sustituyó el hombre moderno.

Hoplita Soldado griego de infantería que llevaba un equipo completo de armas; luchaba en una formación cerrada a la que se denominó falange. Se estima que el equipo completo de las armas de un hoplita dispuesto para la batalla podía pesar alrededor de los 35 kg.



Monumento de un hoplita ateniense

Ilíada Poema épico compuesto, en su forma final, hacia el siglo VIII a. C. por el poeta al que tradicionalmente se llama Homero. Trata de los acontecimientos que precedieron a la caída de Troya, a fines de la Edad del Bronce, en especial a las rencillas entre Aquiles y Agamenón; contiene referencias reiteradas, aunque no conscientes, al mundo de la Edad del Hierro, en el que fue compuesto.

Indoeuropeo Familia de lenguas que se originaron en las estepas asiáticas y, hacia el 2000 a. C., avanzaron hacia el oeste hasta Europa y hacia el este hasta India. El resultado fue que casi todas las lenguas europeas modernas y el **sánscrito** y otras lenguas indias relacionadas con él comparten su origen. Sir William Jones descubrió este nexo en 1786 y desde entonces se sucedieron los intentos de reconstruir la lengua de los «indoeuropeos» originales y de definir los grupos raciales y culturales nacidos de esa expansión; sin embargo, en general no ha habido demasiados avances y el término se aplica para clasificar las lenguas derivadas.

Inhumación Sistema de enterramiento opuesto al de la cremación; se hacía en una tumba abierta en tierra expresamente para ese fin o en un sepulcro, que podía ser una cámara natural —una cueva— o una construcción especial.

Itifálico Se aplica a la figura masculina con un órgano sexual exageradamente largo. En el arte primitivo representaba la fertilidad, al parecer.

Jarras de pico Vaso profundo, a menudo aparece en enterramientos; quizá provenga del norte y oeste de Europa y se haya expandido hacia el este; data del 2000 a. C., aproximadamente. Piezas de un tipo hallado en los Pirineos y en el suroeste de Francia también se encontraron en Cerdeña y se fechaban hacia principios del segundo milenio a. C.

Jenofonte (hacia 430-hacia 354 a. C.) Historiador griego. Entre las obras conservadas de este autor, están las *Helénicas*, una historia de Grecia que comienza en el 411 a. C., el punto en que termina **Tucídides**; *Anábasis*, un relato de sus aventuras en Persia, y obras sobre equitación, caza y dirección del Estado. Es uno de los autores citados por **Annio de Viterbo**, que falsificó «citas» adecuadas.

Juvenal (?60-130? d. C.) Poeta satírico romano, sobre cuya vida poco se sabe. Sus 16 sátiras están entre las más mordaces y fantasiosas de la historia del género; ejercieron una influencia profunda en más de un satírico moderno (Swift, Johnson y otros). Su tema principal es la degeneración de la sociedad romana, causada por la presencia de demasiados forasteros en la ciudad, según su opinión; por esto,

ataca a griegos, judíos y asiáticos con igual veneno. Otros objetivos de sus sarcasmos son los homosexuales y, en su poema más extenso, las mujeres.

Lanzi, Luigi (1732-1812) Arqueólogo y lingüista italiano, uno de los primeros eruditos que abordó el estudio serio de la lengua etrusca. Mucho más científico en su enfoque que la mayoría de sus contemporáneos y antecesores, en 1806 publicó en Florencia *De' vasi antichi dipinti volgarmente chiamati etruschi*, donde trata de diferenciar las piezas griegas de las etruscas en la cerámica hallada en tumbas de Etruria.

Laocoonte Famoso grupo escultórico helenístico tardío, representa al sacerdote troyano y a sus dos hijos mientras una serpiente de mar los ahoga; se descubrió en 1506, en las ruinas de la Casa Dorada de Nerón y causó una impresión honda en los artistas del Renacimiento.

Lares Nombre latino de los espíritus de los muertos que velan por sus descendientes. En todas las casas romanas había un santuario dedicado a ellos, el *Lararium*; sobre ese altar se les hacían ofrendas y, además de la práctica doméstica, cada pueblo o ciudad también rendía este culto a sus propios espíritus guardianes. Su influencia era siempre benéfica, a diferencia de las de las *Larvae*, espíritus maléficos de los muertos que no podían descansar en paz.

Lawrence, David Herbert (1855-1930) Escritor inglés cuya obra *Etruscan Places* (publicada en 1932) es un relato de las visitas a ciudades y museos etruscos; resulta más valiosa como diario de viajes que como guía fidedigna sobre el tema.

Liber Linteus Texto escrito en trozos de lino que después se cosen; el texto de la momia de Zagreb es uno de los ejemplos que se conservan.

Lidia Reino del centro de Asia Menor, cuya capital en la época clásica fue Sardis. Según Herodoto, los etruscos emigraron desde estas tierras.

Livio (59 a. C.-17 d. C.) Eminente historiador romano, de cuya *Historia de Roma* se conservan 35 libros. Los libros 1 a 10 tienen gran valor para el estudioso de la Italia arcaica, porque abarcan hasta principios del siglo III a. C. Aunque no hay que fiarse demasiado de ellos y están basados, en gran medida, en las leyendas tradicionales que suelen servir para la glorificación de Roma a expensas de sus contemporáneos —y víctimas—, nos transmiten las ideas romanas acerca de sus orígenes; además como prosista, Livio es una de las figuras más importantes de la literatura latina.

Lucano (39-65 d. C.) Poeta épico latino. Nacido en España, llegó a Roma en su niñez; cuando era aún muy joven, su brillantez intelectual le abrió las puertas de la corte de Nerón; más tarde, algunos desacuerdos con el emperador le indujeron a unirse a una conspiración contra el César; el fracaso de la conjura le llevó a suicidarse. Su obra más importante, *Farsalia*, es un poema épico sobre la guerra civil entre Pompeyo y César.

Lucumone Palabra etrusca que significa rey o príncipe.

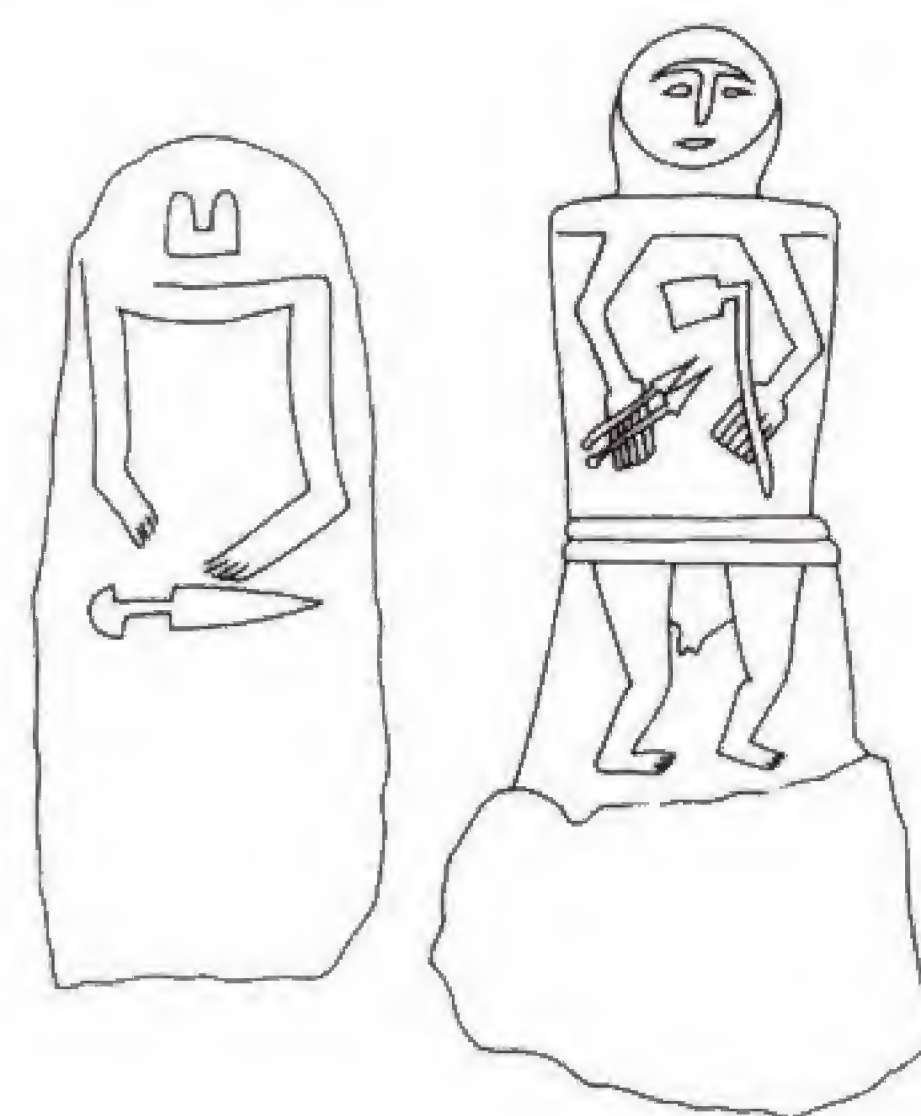
Magna Grecia Nombre que se aplica al conjunto de las colonias griegas de Italia meridional y de Sicilia.

Marco Aurelio (121-180 d. C.) Emperador romano desde el 161 de nuestra era hasta su muerte; autor de *Meditaciones*, escritas en griego y divididas en 12 libros. Estoico desde su juventud, conservó a lo largo de toda su vida la fe en el poder de la razón y una confianza absoluta en la providencia.

Mater Matuta Antigua diosa itálica de la aurora (de allí su nombre) y también del parto. En Roma tenía un templo en el Foro Boario, donde se celebraba la *Matralia*, o fiesta de las madres, el 11 de junio.

Mecenas (muere 8 a. C.) Asesor y amigo personal de Augusto, protector de Virgilio, Horacio y otros poetas; afirmaba que descendía de una familia de reyes etruscos.

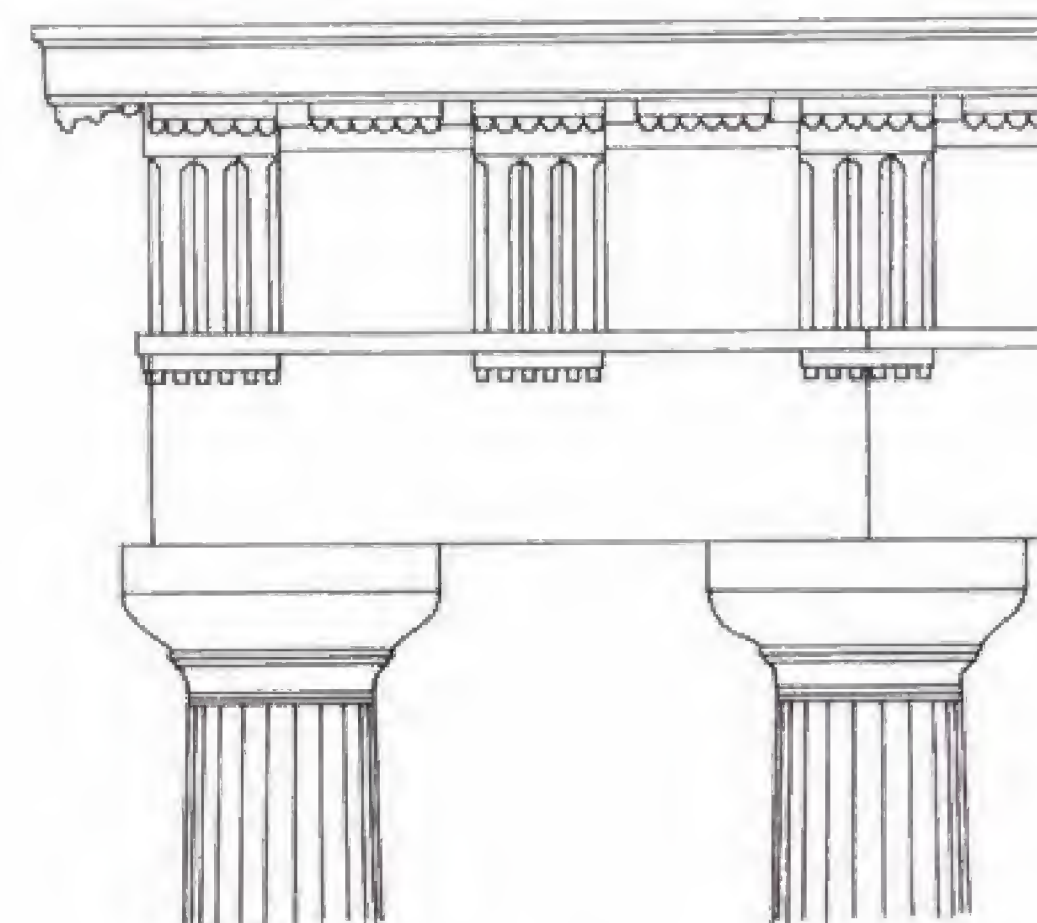
Menhir Monolito en el que, en el caso de los menhires estatua, se tallaron atributos humanos: brazos, piernas y a veces rasgos faciales. También llevan a veces ropas y armas. La mayoría de las piezas de Europa occidental datan del neolítico, pero en Liguria se encontraron algunos menhires estatua de la Edad del Hierro.



Menhires estatua del valle del Magra

Menrva Diosa etrusca equivalente a la Minerva romana y a la Atenea griega.

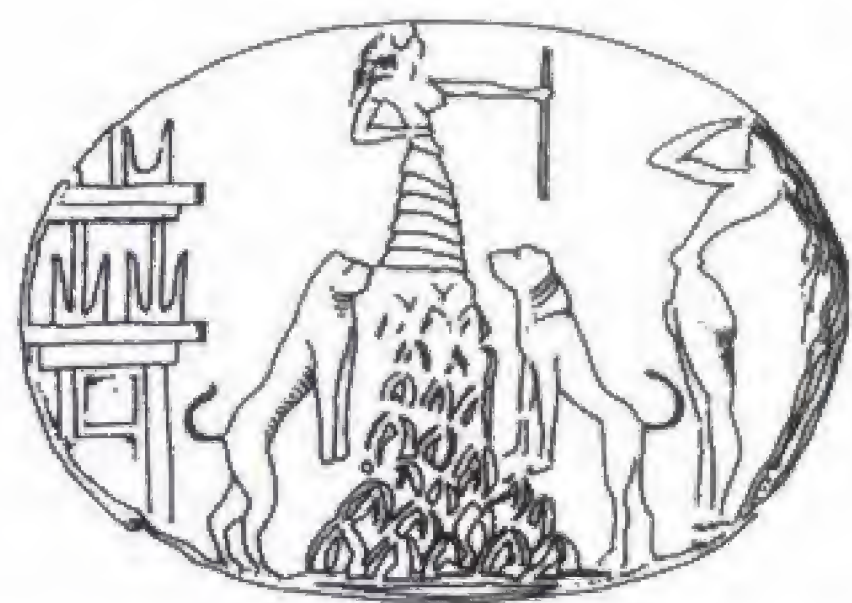
Metopa Bloque cuadrado de piedra o terracota que formaba parte del friso de un templo dórico. A menudo estaba decorado con pintura o con relieves, aunque en tiempos romanos se usó como detalle ornamental en sí mismo, sin ningún añadido.



Metopa dórica

Miguel Ángel Buonarrotti (1475-1564) El más famoso de todos los escultores y del Renacimiento; su obra muestra el influjo notable de las antiguas estatuas descubiertas en Roma y en otros lugares en los años de su vida. Colaboró en la restauración del Laocoonte.

Minoicos y micénicos Culturas de Creta y Grecia; florecieron en la Edad del Bronce. Los minoicos, así denominados por sir Arthur Evans por Minos, el legendario rey de Cnosos, aparecieron en Creta hacia el 2500 a. C. y el período más brillante de su cultura se inicia hacia el 2000 a. C. con la construcción de grandes centros urbanos, dominados por palacios, en Cnosos, Mallia, Faistos y Zakro. Su religión se caracterizaba por el culto a una diosa madre y su arte muestra una imaginación, variedad y amor por la belleza únicos en este período y notables en cualquier contexto. Los micénicos aparecieron en el sur de Grecia hacia el 1600 a. C. y heredaron el control del Egeo de manos de los minoicos, cuando esta civilización se derrumbó, hacia el 1400 a. C.; a diferencia de sus antecesores, muestran mayor interés por la autodefensa: sus centros más importantes eran ciudades fortificadas, como la propia Micenas o Tirinto y Argos. En el momento culminante de su cultura, desde el 1400 a. C. hasta el saqueo de Troya, hacia 1250 a. C., los micénicos comerciaron en todo el Mediterráneo y establecieron un emporio comercial en Tarento, al sur de Italia. El fin del poder micénico coincide con la ola de migraciones que puso fin a la Edad del Bronce mediterránea, hacia el 1100 a. C.; sin embargo, el recuerdo de ese poderío sobrevivió en *Ilíada* y en muchos mitos griegos.



Diosa madre en una joya minoica incisa

Necrópolis Literalmente, ciudad de los muertos. Zona situada, por lo común, junto a las ciudades y reservada para enterramientos. La situación de estas zonas fuera de las murallas de la ciudad es típica de los pueblos más antiguos y notable en el caso de los etruscos, más espléndidos en la construcción de las ciudades de los muertos que en las de los vivos. Ejemplos especiales se encuentran en Tarquinia y Cerveteri.

Neolítico Etapa final de la Edad de Piedra, cuando el hombre ya había logrado la domesticación de animales y el cultivo de la tierra, pero aún dependía de la piedra para hacer sus herramientas y armas. En Italia el neolítico comienza hacia el 5000 a. C.

Nerón (37-68 d. C.) Emperador romano desde el 54 al 68 de nuestra era, año en que fue asesinado.

Nuragas Torres construidas con bloques de piedra; se edificaron en Cerdeña desde mediados del segundo milenio hasta mediados del primero a. C. y dieron su nombre a la cultura nurágica. Los ejemplos más cercanos en el tiempo son complejos del tipo fortaleza, a menudo rodeados de casas.

Odisea Poema épico atribuido, como *Ilíada*, a Homero; trata de las andanzas de Ulises durante su viaje de regreso, tras el sitio de Troya, hacia Ítaca, su isla natal. Aunque muchos de los episodios son mera ficción, los estudiosos de todos los tiempos trataron de seguir el recorrido de Ulises e identificar las comarcas y los pueblos que visitó.

Orientalizante Se aplica a una etapa de la evolución del arte griego, que va aproximadamente desde el 725 al 600 a. C. En este lapso la pintura y la escultura griega estaban dominadas por estilos y motivos de origen oriental (por ejemplo, la esfinge). A menudo se usa también para aludir a un desarrollo estilístico similar del arte de la Italia de principios de la Edad del Hierro, por ejemplo el del pueblo de Este.

Paleolítico Época antigua de la Edad de Piedra, en la que aparece el hombre y empieza a fabricar sus herramientas; comenzó hace unos dos millones y medio de años. El primer testimonio de la presencia del hombre en Italia

data de fines del mesolítico o período medio de la Edad de Piedra, que constituye una transición hacia el **neolítico**.

Palilia Festival romano anual que se celebraba el 21 de abril para conmemorar la fundación de Roma; recibió su nombre de Pales, la diosa itálica de los pastores y ganados.

Pallottino, Massimo (1909-) Eminente arqueólogo italiano contemporáneo, conocido por sus trabajos sobre los etruscos y otros pueblos de la Italia arcaica.

Pelásgicos Término usado por los escritores clásicos para referirse a los habitantes preindoeuropeos del Mediterráneo y también para ciertos pueblos que vivían en Asia Menor durante la época clásica, incluidos los asentados en Lemnos. **Herodoto** y **Tucídides** conectaban a los pelásgicos con los etruscos pero, si tenemos en cuenta la confusión que rodeó a este término incluso en tiempos antiguos, la información no es demasiado útil.

Peloponeso, guerra del Largo y prolongado enfrentamiento (431-404 a. C.) entre Atenas y sus aliados, por una parte, y el resto de Grecia, por otra. La derrotada fue Atenas y Esparta asumió una supremacía temporal. Es el tema de la *Historia* de **Tucídides**.

Phlyax Nombre de un tipo de pieza teatral cómica. En los vasos griegos pintados en el sur de Italia durante el siglo IV a. C., aparecen algunas escenas de este tipo de piezas, donde se da una versión grotesca de temas heroicos; algunos estudiosos han tomado los detalles de esas pinturas como testimonio del teatro de esa época; otros, en cambio, opinan que no se trata de verdaderas representaciones teatrales.

Pigorini, Luigi Antropólogo italiano del siglo XIX; también se dedicó al estudio de la prehistoria, campo muy influido a comienzos del siglo XX por sus ideas, hoy rebatidas. El museo romano de prehistoria y etnología lleva su nombre.

Píndaro (518-438 a. C.) Poeta lírico griego. Nació cerca de Tebas pero se educó en Atenas y sus ideas reflejan las de la aristocrática sociedad ateniense de su tiempo. En 476-474 visitó Sicilia, donde pasó una temporada en la corte de **Hierón** de Siracusa y compuso poemas para conmemorar sus victorias, entre ellas la de la batalla de Cumas.

Piranesi, Giovanni Battista (1720-1778) Arquitecto y grabador veneciano conocido por sus aguafuertes de antigüedades romanas.

Platón (hacia 429-347 a. C.) Uno de los ma-

yores filósofos de la historia. En el 399, tras el juicio y ejecución de su maestro Sócrates, abandonó Atenas y durante sus viajes se detuvo en Italia y en Sicilia, donde hizo amistad con Dión, hermano de **Dionisio I** de Siracusa. Volvió a la isla en el 367 a. C., en calidad de tutor de **Dionisio II**, pero no consiguió convertir al tirano de Siracusa en el rey filósofo que había descrito en *La República* y regresó a Atenas en el 360 a. C.

Polibio (hacia 203-hacia 120 a. C.) Historiador griego. Relató el ascenso de Roma al poder y los acontecimientos de las **Guerras Púnicas**, material que **Livio** utilizó como fuente; aunque su estilo no es elegante, lo compensan su imparcialidad y su precisión.

Pozzo Palabra italiana que alude a un enterramiento, casi siempre de una urna que contiene las cenizas de un muerto en el fondo de un pozo vertical. Fue un método usado por los villanovenses.

Púnicas, guerras Contienda entre Roma y la colonia púnica (es decir, **fenicia**) de **Cartago**. En el curso de la primera de ellas (264-241 a. C.), esta última ciudad tuvo que ceder Sicilia y Cerdeña a los romanos; en la segunda (218-201 a. C.), aunque Aníbal logró varias victorias tras cruzar los Alpes, los cartagineses sufrieron la derrota final en el 202 a. C., en la batalla de Zama. La llamada Tercera Guerra Púnica del 146 a. C. no fue más que una expedición romana que hizo lo que había ido a hacer: arrasó por completo la ciudad de Cartago. Para Roma, las Guerras Púnicas representaron un momento decisivo en la conquista y control del Mediterráneo.

Pyrgi, tablillas de Tres hojas de oro halladas en 1964 en Pyrgi, uno de los puertos de la antigua Cerveteri, dos escritas en etrusco y una en **fenicio**. Han sido muy valiosas para el estudio de la lengua etrusca y de las relaciones entre Etruria y **Cartago**.

Reithia Diosa de la salud adorada por el pueblo de Este. Se encontró un templo dedicado a ella en las afueras de Este, en Fondo Boratella, además de figuras votivas.

Rómulo Según la tradición, fundador de la ciudad de Roma; él y su hermano Remo fueron abandonados en el Palatino y amamantados allí por una loba.

Sánscrito Lengua introducida en la India por los arios, un pueblo que emigró hacia allí en el segundo milenio a. C. Es un idioma **indoeuropeo** y, una vez reemplazado por las lenguas que hoy se hablan en India, se usó para la literatura y las ceremonias sagradas.

Servio (fines del siglo IV d. C.) Gramático romano. Fue maestro de gramática y de retórica en Roma y escribió un comentario sobre **Virgilio**, en el que encontramos abundantes notas sobre las referencias históricas, mitológicas y de antigüedades. Aunque no las tenemos en su forma original, existen dos versiones que conservan mucha información de gran valor, a pesar de que en ocasiones demuestran que no había mucho rigor metodológico en la erudición de fines del Imperio.

Servio Tulio Según la tradición, el segundo de los tres reyes etruscos de Roma, sucesor de **Tarquino Prisco**; la mayoría de los relatos romanos dicen que era latino de nacimiento y que lo adoptó Tarquino Prisco, con cuya hija Tanaquil se casaría. Las fechas habituales de su reinado, 578-535 a. C., se han discutido mucho, tal como la mayoría de los datos del período romano arcaico. Según otro relato, aceptado en la historia de los etruscos del emperador **Claudio**, Servio Tulio era de origen etrusco, se llamaba Mastarna y llegó a ser rey después de una serie de acontecimientos —entre ellos, el asesinato de Tarquino—, pero la mayoría de los investigadores actuales rechaza esta versión alternativa.

Sila (138-78 a. C.) Político romano que, junto con Mario, su adversario encarnizado, dominó la vida política de Roma a principios del siglo I a. C. Tras la **Guerra de los aliados**, se desató entre ambos una contienda civil que se prolongó hasta la muerte de Mario (86 a. C.) y vio su fin con la victoria completa de Sila y la masacre de sus adversarios. Las ciudades de Etruria septentrional, sobre todo Chiusi, Volterra y Arezzo, habían apoyado a los seguidores de Mario y, por consiguiente, las tropas de Sila las sometieron a represalias feroces. El propio Sila se proclamó dictador e impuso una constitución ultraconservadora; no obstante, ésta no sobrevivió a su retiro, en el 79 a. C., un año antes de su muerte.

Sileno Primitiva deidad de los bosques, al parecer originaria de Asia Menor. A menudo está junto a **Dioniso**, como mentor y compañero; se lo retrató como un hombrecillo viejo, calvo, barrigudo y casi siempre borracho.

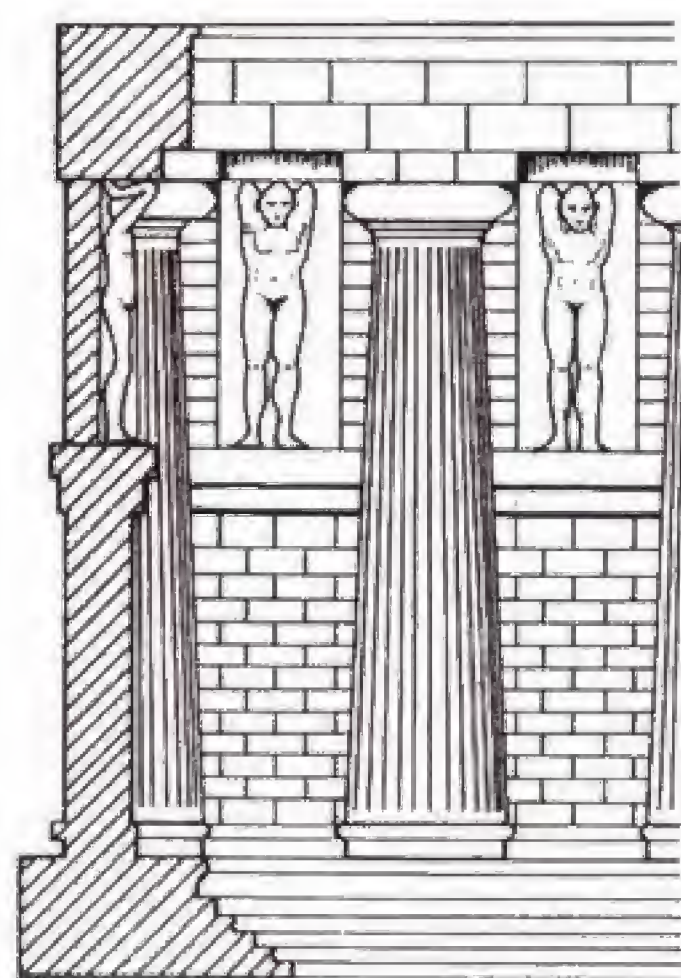
Sítula Vaso en forma de cubo hecho de cerámica o de bronce. El término se usa para aludir a una cultura de principios de la **Edad del Hierro** en la que se producían sítulas de bronce con decoraciones muy elaboradas. Este pueblo se asentó en el norte de Italia, su centro más importante estaba en la actual ciudad véneta de Este y su territorio se extendía hasta Austria, por el norte, y hasta Eslovenia, por el este. En los últimos años, los investigadores han empezado a estudiar las conexiones entre el pueblo sítulo y los etruscos.

Stentinello Aldea neolítica cercana a Siracusa y productora de un tipo de cerámica del mismo nombre, que se encuentra en varios puntos de Sicilia oriental y se fecha entre el 4000 y el 3500 a. C. Está decorada con motivos incisos y moldeados y con complejos diseños de líneas.

Tarquino Prisco, Tarquino el Soberbio Primero y tercero de los tres reyes etruscos de Roma. Las fechas tradicionales del reinado del primero son 616-579 a. C. y se corresponden con el comienzo de la influencia etrusca en Roma; su nombre confirma la tradición de que llegó a Roma de Tarquinia, aunque la tumba de una familia llamada Tarcna se encontró en Cerveteri; entre las novedades que se le atribuyen, está la instauración de juegos y la construcción de un sistema de desagüe en Roma. Su sucesor, **Servio Tulio**, fue asesinado por Tarquino el Soberbio, quizá hijo o nieto de Prisco, que iba a reinar desde el 534 hasta el 510 a. C., fecha de la expulsión de los etruscos. Entre sus realizaciones, se incluyen la edificación del Templo del Capitolio y el drenaje del **Foro Romano**, conseguido con la construcción de la Cloaca Máxima. El dominio etrusco en Roma llegó a su fin a causa de una rebelión provocada porque Sexto, hijo de Tarquino el Soberbio, violó a Lucrecia. Hay que señalar que gran parte de la narración tradicional se basa, sin duda, en relatos con poca o ninguna base verdadera y, aunque las líneas generales tal vez sean aceptables, los detalles casi nunca lo son.

Tavoliere Llanura del norte de Apulia, en torno a la actual ciudad de Foggia; en esta planicie se descubrieron muchas aldeas neolíticas fechadas hacia el 4000 a. C.

Telamón Figura de hombre usada en lugar de una columna para sostener el cornisamento o nivel superior de un edificio.



Templo de Zeus, Agrigento, con sus telamones reconstruidos

Terramara Montículo de tierra de un tipo hallado en el valle del río Po; marca el punto en

que existió una aldea de mediados de la **Edad del Bronce**. Las terramaras dieron su nombre a la cultura representada por esos villorrios, que llegó al norte de Italia desde regiones transalpinas hacia el 1500 a. C. y se caracterizan por la cremación de sus muertos y una artesanía del bronce de alta calidad.

Thapsos Centro de fines de la **Edad del Bronce**, dedicado al comercio, y cementerio cercano a Siracusa, que floreció entre 1400 y 1200 a. C. Los hallazgos indican que, probablemente a través del intercambio comercial, hubo contactos con **Micenas**.



Vasijas provenientes de Thapsos autóctona (derecha) y micénica

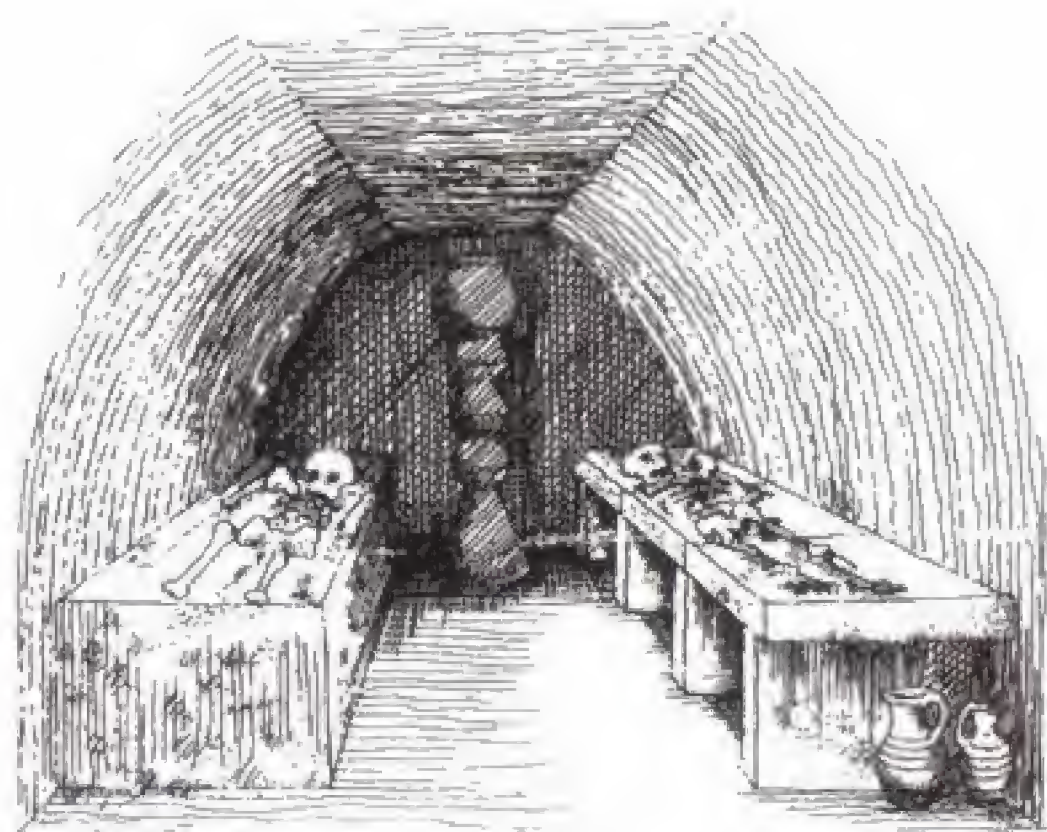
Tinia Dios etrusco, equivalente del Zeus griego y del Júpiter romano; **Uni**, **Menrva** y **Tinia** fueron las tres divinidades máximas de la religión etrusca.

Tintinnabulum Crótalo —campana diminuta— por lo común de metal.

Trozzella Tipo de vasija producido por la cultura autóctona de Apulia. Tiene largas asas verticales decoradas con pequeños discos aplicados, que parecen ruedas: la palabra *trozza* significa rueda en el dialecto pullés. El cuerpo cilíndrico de la vasija en general está decorado con dibujos geométricos.

Tucídides (hacia 460-399 a. C.) Historiador griego. En *Historia de la guerra del Peloponeso* muestra una gran precisión y una comprensión profunda de los problemas primordiales que provocaron el enfrentamiento entre Atenas y sus enemigos; además, en casi toda la obra mantiene una imparcialidad admirable. Su enfoque intelectual y analítico hace un contraste fuerte y deliberado con el estilo de **Herodoto**, mucho más discursivo.

Tumba de cámara Lugar de enterramiento que consta de una habitación construida de piedra o cavada en una cara rocosa natural y que se utilizaba durante algún tiempo con esos fines.



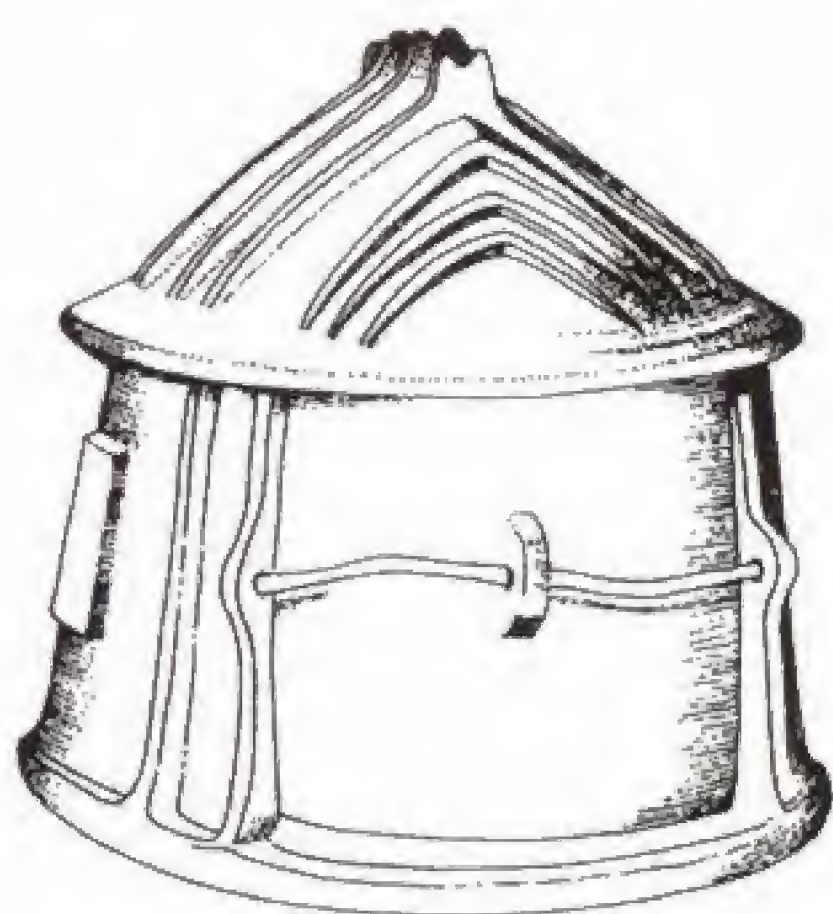
Interior de una tumba de cámara de Monterozzi

Umbrosabélico (a veces llamado oscumbro) Nombre del grupo de lenguas **indoeuropeas**, todas estrechamente relacionadas, que hablaron muchos pueblos de comienzos de la **Edad de Hierro** en Italia central. La más septentrional de ellas es el umbro, los dialectos sabélicos se localizan en la región central y el osco se habló en el sur. Todas tienen relación directa con el latín.

Uni Diosa etrusca, equivalente de la griega Hera y de la romana Juno; véase **Tinia**.

Urna bicónica Tipo de **urna cineraria** común en las tumbas villanovenses; su base se estrecha en un pie y está cubierta con una tapa alta, lo que sugiere la forma de dos conos unidos por la base.

Urna cabaña llamada oicoforme Variedad de **urna cineraria** con la forma de una cabaña redonda u oval, casi siempre de arcilla y algunas veces de bronce; en ella se guardaban los huesos y las cenizas de los muertos. Es muy común en la zona que rodea a Roma, aunque se han encontrado ejemplares en los poblados itálicos de principios de la Edad del Hierro.



Urna oicoforme previllanovense

Urnas cinerarias Expresión general que se aplica a receptáculos usados para conservar los huesos y cenizas de los muertos después de la cremación. Las distintas culturas usaron urnas de distintas formas. Véase **urna bicónica**, **canope**, **urna cabaña**.

Vanth Diosa etrusca que, junto con Charun, representa la muerte y el carácter inevitable del destino. Se la pintaba con dos grandes alas y con una expresión tranquila pero implacable, en contraste con la figura mucho más violenta de Charun.

Ver Sacrum Primavera sagrada, costumbre itálica por la que los niños nacidos en determinados años cuando mayores debían partir de su ciudad natal para fundar otra nueva; de este modo se aseguraba la difusión de la cultura y se evitaban problemas de superpoblación. Aunque sobre todo las tribus itálicas la practicaron, también existió esta costumbre en Roma: la última celebración se hizo durante la Segunda Guerra Púnica y los niños nacidos en el 217 a. C. abandonaron la ciudad en el 195-194 a. C.

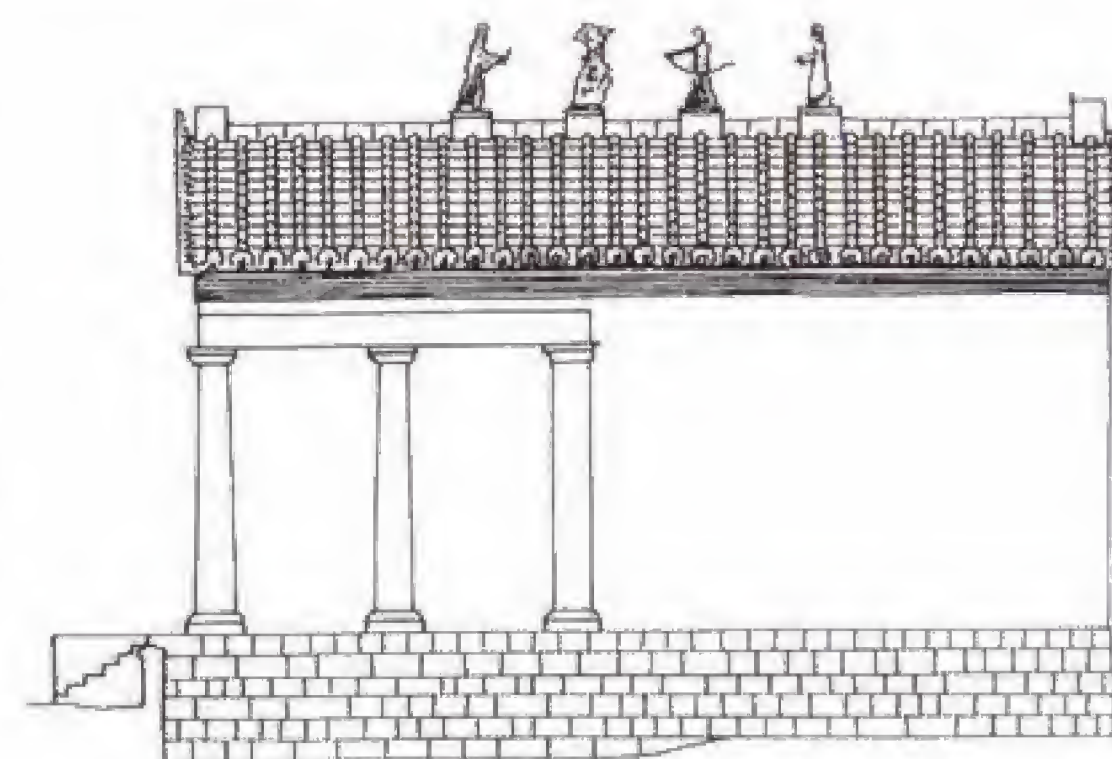
Vesta Diosa latina del hogar y de su fuego. Aunque es equivalente a la deidad griega Hestia, desempeña un papel mucho más importante que ésta. Además del culto que se le rendía en el hogar de cada casa, también el Estado adoraba a Vesta en el templo redondo que se alzaba en el centro del **Foro Romano**. Sus seis sacerdotisas eran las Vírgenes Vestales.

Villa Giulia Villa rústica del papa Julio III, construida entre 1551 y 1553, según proyecto de Vignola. Hoy se ha convertido en museo que contiene antigüedades prerromanas del sur de Etruria, de Umbría y del Lacio: entre sus piezas más importantes, están las halladas en las tumbas de Praeneste y las estatuas de terracota provenientes de Veii.

Virgilio (70-19 a. C.) Uno de los mayores poetas latinos, de gran influencia en el desarrollo de la literatura occidental. Sus dos primeras obras, las diez *Églogas* (o *Bucólicas*) y los cuatro libros de *Geórgicas*, reflejan su interés por el mundo de la naturaleza y su creencia de que la mejor vida es la que lleva el labriego. En *Eneida*, su trabajo final y más complejo, Virgilio se enfrentó con la tarea de dar a Roma un poema épico digno de estar junto a *Ilíada* y *Odisea* y, a la vez, de responder al espíritu patriótico de la nueva Roma de Augusto. Aunque no vivió

para terminarla, y hasta pidió en su testamento que se destruyera, *Eneida* es un estudio conmovedor de la naturaleza del destino del hombre y de la responsabilidad personal.

Vulca Escultor etrusco, único mencionado por los escritores romanos, que cuentan que se le hizo ir a Roma desde su ciudad natal, Veii, para que hiciera las estatuas y decoraciones de terracota para el Templo de Júpiter alzado en el Capitolio. En general se le atribuyen las estatuas de terracota halladas en Veii, fechadas a fines del siglo VI a. C., que se exhiben en el Museo de Villa Giulia.



Templo de Apolo en Veii; reconstrucción con las estatuas de Vulca

Vulcano Dios romano e itálico del fuego y de la forja; se le identificó con el dios griego Hefesto.

Winckelmann, Johannes (1717-1768) Se le ha llamado Padre de la arqueología; fue uno de los primeros eruditos que basó sus estudios del arte antiguo en los objetos mismos y no en los comentarios de los autores antiguos. Su obra cumbre, *Historia del arte antiguo*, publicada en 1763, es una investigación de la naturaleza del arte de egipcios, griegos, etruscos, romanos y otros pueblos de la antigüedad y un estudio cronológico detallado del arte griego. A pesar de la gran cantidad de descubrimientos casi cotidianos que se hacían en Herculano y Pompeya y que Winckelmann incorporó en su trabajo, sus conclusiones resultaron desmentidas por los hallazgos de los dos últimos siglos. A pesar de esto, su obra tuvo un valor inmenso, porque demostró la importancia del análisis detallado de los objetos artísticos en sí mismos.

Zagreb, texto de la momia de Es la inscripción etrusca más extensa que se conserva; originalmente, estaba escrita en un **Liber Linteus** que se usó más tarde para fabricar las vendas de una momia. Al parecer es un calendario litúrgico.

ORIGENES DEL HOMBRE

54

La Italia Preromana (II)

folio